

HARLEQUIN®

Tiempo para ti™

# BIANCA®



370 ptas. / 2,22 € - Argentina: $2,70 - México: $11.00

# Seducción por venganza

Susan Napier

Seducción por Venganza

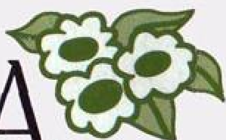
Susan Napier

6° Serie Multiautor “Pasión”



HARLEQUIN®

Tiempo para ti™



BIANCA®

370 ptas. / 2,22 € - Argentina: $2,70 - México: $11.00

# Seducción por venganza

Susan Napier

**Seducción por Venganza (2000)**
**Título Original: The Revenge Affair (1999)**
**Serie Multiautor:** 6º Pasión
**Editorial: Harlequin**
**Sello / Colección: Bianca Nº 1107**
**Género: Contemporáneo**
**Protagonistas: Joshua Wade y Regan Frances**

***Argumento:***

*Joshua Wade estaba convencido de que Regan planeaba estropearle la boda. ¿Por qué si no había accedido a organizarla, cuando era evidente que le guardaba rencor? Ella tenía que admitir que había un asunto pendiente entre ambos: una imprudente aventura de una noche.*

*Regan no tenía en mente la venganza, aunque sí tenía una razón oculta para querer acercarse a la futura familia de Joshua. Sin embargo, no podía revelar sus planes, ni siquiera después de que Joshua le confesara que su compromiso matrimonial era una mentira y lo que realmente quería era verla a ella luciendo su anillo de compromiso.*

## Capítulo 1

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Regan se pasó las sudorosas palmas de las manos por la ropa negra clásica y respiró profundamente para combatir la sombra de duda que había invadido durante el viaje la rebelde confianza que tenía en sí misma.

¡Después de haber llegado tan lejos, no podía echarse atrás!

Salió del alfombrado ascensor al lujoso pasillo de mármol, su delgado cuerpo tenso. Todo estaba tranquilo y en silencio, como si el bullicio de las calles de Auckland, abajo, no existiera.

Regan miró a su alrededor y arrugó sus negras y rectas cejas con gesto de desaprobación. No había nada cálido ni acogedor en el formal descansillo de los tres apartamentos que ocupaban el cuarto piso del edificio. El exuberante follaje tropical, que crecía en macetas esmaltadas, era lo único que rompía la frialdad de aquella intimidante elegancia. Las superficies eran lisas, sólo invadidas por el ojo rojo de la cámara de seguridad en el ángulo donde se juntaban la pared y el techo.

Inconscientemente, Regan cerró las manos en puños, clavándose las uñas en las palmas mientras leía los números dorados sobrepuestos en la pared de mármol en frente del ascensor.

Una discreta flecha la dirigió a la izquierda, donde un corto pasillo conducía a una puerta de madera oscura.

Mientras se acercaba a su destino, se sintió incómodamente consciente de la cámara de vídeo en la pared que había a sus espaldas. No se le había ocurrido que su presencia pudiera ser grabada en vídeo. Inocentemente, había imaginado que, por el bien de ambas partes, el asunto se resolvería con suma discreción.

«Actúa como si se tratara de una cita», se dijo Regan tratando de emular la tranquila actitud de la chica de diecinueve años con quien compartía el piso. Desgraciadamente, no era una idea muy liberadora para una mujer que llevaba cinco años sin salir con un hombre.

Eso estaba muy bien para Lisa y su cínica prima, Cleo, cuya profesión de modelos les había enseñado a considerar a los hombres como objetos intercambiables; pero esa actitud le resultaba a ella completamente extraña en su trato con los hombres. Durante los cinco meses que llevaba compartiendo el piso con Lisa y la alegre Saleena, se había dado cuenta de lo protegida que había sido su

existencia hasta ese momento. Con toda ingenuidad, había creído que el respeto mutuo y los intereses comunes eran la esencia de toda relación entre un hombre y una mujer.

Aquella noche prometía ser una revelación en más de un sentido.

Regan se humedeció los resecos labios. Era consciente de que sabía desenvolverse en sociedad cuando debía representar el papel de perfecta anfitriona o circular entre grupos de amigos o conocidos del mundo de los negocios, pero sabía muy poco de las reglas que gobernaban el entretenimiento íntimo entre un hombre y una mujer.

Entre un hombre y una mujer.

Un delicioso estremecimiento le recorrió el cuerpo al imaginar la escena. Su pálida piel enrojeció al evocar mentalmente las íntimas circunstancias en las que acabaría probablemente la velada.

Por supuesto, sólo si ella quería que acabara así, se recordó a sí misma. Era exclusivamente la «opción de la mujer», le habían asegurado; pero no era lo suficientemente ingenua como para pensar que el hombre con el que iba a reunirse no esperara algo íntimo.

Algo erótico que, se suponía, ella iba a proporcionar.

El valor la abandonó de repente. ¡Dios bendito, debía de estar loca al pensar que podía hacer eso! Era un verdadero fraude. ¿Cómo una mujer que ni siquiera podía despertar la pasión en el hombre al que amaba esperaba representar el papel de sensual objeto de deseo de un perfecto desconocido?

Años de estricta educación moral la golpearon. Aquel era el primer paso hacia una vida de disipación y depravación. ¿Cómo se le había ocurrido arrastrarse tan bajo? ¿No se avergonzaba de sí misma por traicionar sus ideales?

¡No! El amargo recuerdo la hizo recuperar el valor. Echó la oscura cabeza hacia atrás con ademán desafiante, las puntas de su melena le acariciaron los desnudos hombros del vestido sin mangas. El escote le apretó los pequeños pechos al respirar hondamente.

¡No! Los ojos violeta de Regan brillaron con contenido dolor y furia. No tenía nada de qué avergonzarse, no estaba traicionando nada de unas creencias que habían demostrado ser fatuas e inútiles.

Había dejado de ser una estúpida inocente, había dejado de esconder la cabeza en la arena para evitar enfrentarse a la dura realidad de la vida.

Y la realidad era que, hasta el momento, su moralidad no era

propia de la vida moderna.

Muchas mujeres de su edad, mujeres normales de veinticinco años, no verían nada malo en lo que iba a hacer. Regan estaba soltera, era independiente y sólo respondía a sí misma. Lo que hiciera aquella noche no iba a hacerle daño a nadie. Había llegado el momento de ponerse más a tono con las actitudes de la gente de su generación.

¡Tenía que abrazar la revolución sexual!

Esa noche iba a demostrar que Regan Frances era una mujer deseada, apasionada y sofisticada, una mujer sensual que consideraría dar y tomar placer con la ligereza que a los hombres parecía gustarles. Entonces, sólo entonces, podría sentirse realmente liberada de la farsa que había sido su matrimonio y de las humillaciones que había sufrido durante las últimas semanas.

Se detuvo delante de la puerta, consciente de que había llegado el momento de la verdad.

«Considéralo una cita».

¡Qué sorpresa se llevaría Michael si pudiera ver ahora a su dócil y puritana esposa! Con ese pensamiento, apretó el timbre.

Por supuesto, no podía, porque Michael Frances, en vez de mirarla benevolentemente desde el cielo, debía estar quemándose en el infierno.

La puerta se abrió en ese momento y a Regan se le encogió el corazón.

## Capítulo 2

En vez del viril, atractivo y sofisticado hombre que había esperado, Regan se encontró delante de un anciano arrugado tan calvo como una bola de billar.

A pesar de medir sólo un metro cincuenta y ocho centímetros, con aquellos tacones Regan era más alta que él, y ni siquiera su impecable traje podía ocultar un cuerpo débil y seco. Como para compensar la falta de pelo en la cabeza, las cejas canas del hombre eran sumamente abundantes y puntiagudas, lo que confería a su expresión una cualidad de permanente sorpresa.

¡Debía de tener sesenta años por lo menos!

—*Bonsoir, mam'selle*.

Una risa nerviosa se le atascó en la garganta. ¿Era francés de verdad o pensaba que aquel acento extranjero podía atraer a las mujeres?

No se le había ocurrido que la cita pudiera ser con un rico anciano. No era extraño, Cleo presumía de que las citas que su ex novio le procuraba eran siempre con hombres solteros y de buen parecer, hombres demasiado ocupados con sus negocios como para mantener relaciones estables con una mujer; preferían la alternativa que Derek les ofrecía con su informal red de relaciones: mujeres atractivas y sofisticadas que, a cambio de dinero, satisfacían el ego, o la libido, de un hombre.

Consciente de lo flexible que Cleo era, Regan debía haberse dado cuenta de que, para Cleo, un hombre soltero y de buen parecer era sinónimo de hombre rico.

—Eh... buenas tardes —dijo ella por fin con una temblorosa sonrisa cuando, de repente, se dio cuenta de que ni siquiera conocía su nombre.

Con el fin de darse tiempo, Regan bajó la cabeza y revolvió en el interior del bolso de noche en busca de la tarjeta que le habían dado hacía unas horas.

—Derek me ha enviado. Ya sé que llego con un poco de retraso, pero... —le dio al anciano la tarjeta de visita con la dirección escrita en el reverso.

La arrugada mano aceptó la tarjeta; después, el hombre la miró a ella con el ceño arrugado.

—No es usted quien debía venir —dijo él con expresión recelosa, aún bloqueándole la entrada—. Usted no es *mam'selle* Cleo.

A Regan le indignó aquel rechazo. En vez de alegrarse de que se le presentara la excusa de marcharse de allí con la dignidad intacta, su pequeño rostro triangular palideció de enfado y sus ojos violeta se oscurecieron al prepararse para la batalla.

¿Cómo se atrevía ese hombre a rechazarla nada más verla?

Esa vez, no estaba dispuesta a aceptar el juicio masculino que ponía en duda su valor como mujer. Desde la muerte de Michael, se había enterado de que no era sólo quitarle dinero lo que éste le había hecho. ¡Ningún hombre volvería a hacerla sentirse fracasada como mujer!

No ser lo que él había esperado, una pelirroja alta y esbelta con pechos llenos, ojos esmeralda y una piernas largas, no significaba que fuera menos mujer.

—Cleo no podía venir, está indispuesta —dijo Regan fríamente.

—¿Y, por eso, *monsieur* Derek le ha pedido que venga en su lugar?

Regan se mordió las mejillas en un intento de conseguir esa expresión de modelo que Lisa ensayaba constantemente delante del espejo.

—Ha sido una cosa de último momento, Cleo se ha puesto mala y le era imposible salir de casa.

—Entiendo. Y usted es...

—Ev... —Regan se mordió los labios. Había decidido que su nombre era demasiado poco corriente; de querer, se podía averiguar con facilidad quién era—. Eve. Me llamo Eve.

—*Mam'selle*... Eve —la intencionada vacilación sugería que se había dado cuenta de la falsedad del nombre—. Yo soy Pierre.

Al momento, el anciano se hizo a un lado y, haciendo un gesto expansivo con el brazo, la invitó a entrar.

—Desgraciadamente, *monsieur* no ha llegado todavía —dijo el anciano con marcado acento—. Ha llamado para decir que aún está en una reunión y me ha pedido que me disculpe en su lugar por el retraso. Volverá en cuanto le sea posible. Por suerte, según me ha dicho, la cena a la que tienen que ir no empezará hasta bastante tarde. Entre tanto, ha sugerido que se ponga cómoda y se tome una copa mientras le espera.

—¿*Monsieur*? —repitió Regan débilmente al darse cuenta de lo

cerca que había estado de ponerse en ridículo.

¡La cita no era con ese viejo gnomo con edad para ser su abuelo! Pierre no era el hombre con el que tenía que coquetear.

A Regan se le levantó el ánimo al pensar en la promesa de los placeres que le habían sido negados en el pasado por la secreta indiferencia de su esposo.

Con una sonrisa de eufórico alivio, se adentró en la casa.

—Usted es el mayordomo, ¿no? —supuso ella feliz, reprochándose la poca lógica de su equivocación.

Si un hombre de negocios estaba tan ocupado como para no poder elegir a la mujer con la que quería estar, tampoco iba a tener tiempo de abrir la puerta.

—No tengo semejante título —contestó Pierre—. Me limitó a asistir a *monsieur* en los asuntos domésticos.

Entonces, la precedió hasta conducirla a una pequeña escalinata que abrazaba una pared redondeada de ladrillos de cristal por la que bajaron.

—¿Qué es esto, la guarida del león? —murmuró Regan cínicamente.

—*Mais, no*. A *Monsieur* no le gustaría semejante animal doméstico —respondió Pierre sonriendo—. A excepción de algunas especies en peligro, no le gusta que los animales salvajes estén en cautividad.

Regan contuvo una sonrisa traviesa.

—¿Es por eso por lo que no se ha casado?

Pierre arqueó las cejas con gesto de humor.

—*Monsieur* es un hombre sumamente inteligente y civilizado, aunque cierto nivel de animalidad es de esperar en hombres sanos en el punto álgido de su vida —un fugitivo brillo de malicia asomó a los ojos de Pierre—. Desde luego, aún no se considera miembro de una especie en vías de extinción.

Así que... soltero, sano, inteligente, en el punto álgido de su vida y con cierta animalidad. Regan bajó los párpados para ocultar una súbita oleada de anticipación.

Ya no le extrañaba que a Cleo le hubiera sentado tan mal no poder acudir a la cita.

Se había presentado en el piso apenas hacía una hora, sumamente enfadada al descubrir que su prima, Lisa, aún no había llegado a casa, y Regan no tenía idea de dónde estaba:

—Al llegar del trabajo, había un recado en el contestador en el que decía que se iba a una fiesta y que no vendría a cenar —le había explicado Regan, enfadada también porque era el turno de Lisa de cocinar.

—¡No puede haberse marchado! ¡Me aseguró que estaría aquí, tengo que verla! —gritó Cleo—. ¡Es cuestión de vida o muerte! ¿Y Saleena? ¿Está aquí?

Regan sacudió la cabeza.

—Está en su clase de aerobic.

Saleena trabajaba a tiempo parcial en el gimnasio del barrio para complementar la beca de estudios con la que estaba sacándose un título en «Deportes y Tiempo Libre». Al igual que Lisa, era sumamente guapa y divertida, aunque era dos años mayor que ésta, mucho más inteligente y más madura.

Cleo lanzó un grito de frustración.

—¿Puedo ayudarte yo? —Regan suspiró, acostumbrada a la tendencia a exagerar de Cleo, por lo que no la había tomado muy en serio.

—¿Tú? —dijo Cleo lanzando una insultante carcajada justo antes de que, de repente, su exquisito rostro moreno adquiriese una tonalidad verdosa y saliera corriendo al cuarto de baño con las manos apretadas al estómago.

Resultó que lo que Cleo había creído una resaca se transformó en algo mucho peor y acabó necesitando alguien que la sustituyera en una cita que su antiguo novio, Derek, le había preparado para esa noche.

—He llamado varias veces a Derek para decirle que no creía que pudiera ir a la cita, pero no contesta al teléfono —se quejó Cleo—. Y no he podido encontrar a nadie que me sustituya; cosa natural, ya que es viernes por la tarde.

Lanzó un suspiró de frustración y continuó:

—Creía que, con unas pastillas, me encontraría mejor, pero ahora me siento peor. Creí que iba a vomitar en el taxi, por eso le dije al taxista que me trajera aquí, porque creía que Lisa podía sacarme del apuro.

Cleo miró a Regan con expresión de autocompasión y añadió:

—Debería estar allí dentro de media hora y me es imposible moverme. Tenía que acompañar a un tipo a una cena muy elegante

y... ¡Oh, Dios mío!

Mencionar la comida le provocó otra náusea, pero consiguió volver al baño a tiempo.

Cuando por fin salió, con paso tembloroso, Regan le ofreció llamar a un médico. Pero Cleo negó la necesidad de ello.

—Lo único que quiero es tumbarme un rato —contestó Cleo mientras entraba en el cuarto de Lisa y se tumbaba en la cama—. Tengo que avisar a Derek. Su número de teléfono está en la tarjeta que tengo en el bolso, me parece que me lo he dejado en el cuarto de estar. ¿Te importaría llamarle y explicarle lo que me ha pasado?

—¿Por qué no llamas directamente al hombre con el que tienes la cita y le dices que estás enferma? —preguntó Regan sin comprender a qué se debía que a Cleo le preocupara tanto romper una cita con un hombre, teniendo en cuenta que casi nunca salía con el mismo hombre dos veces.

—Porque no tengo su número de teléfono, por eso no puedo llamarle. Sólo tengo la tarjeta de Derek con la dirección de ese tipo escrita en el reverso. ¡Derek me va a matar si le fallo en esta cita! Me ha dicho que podía conseguir una cuenta muy importante con este tipo.

Su antiguo novio trabajaba en publicidad, y estar en buenos términos con él le había proporcionado a Cleo varios trabajos como modelo.

—¿Pero qué puedo hacer? —insistió ella presa del pánico—. ¡No tengo la culpa de haberme puesto mala!

Se pasó la mano por los ojos y miró con expresión beligerante a Regan, que sabiamente se mordió la lengua. En opinión de ésta, la afición que Cleo tenía a las fiestas incluía la ingestión de excesivas dosis de alcohol y muy poca comida, y Lisa empezaba a seguir el mismo camino de su admirada prima.

El silencio de Regan pareció calmar a Cleo, que lo interpretó como conmiseración antes de empezar a explicarle la situación: Derek proporcionaba a Cleo y a algunas de las amigas de ésta citas con hombres solteros y ricos, la clase de hombres que estaban dispuestos a obsequiar a sus bonitas acompañantes caros regalos de despedida si estaban dispuestas a acabar en la cama.

—¡Así que Derek es un chulo! —exclamó Regan agrandando desmesuradamente los ojos cuando la activa vida social de Cleo

adquirió una nueva y sorprendente perspectiva.

—¡Claro que no es un chulo! Lo que pasa es que hace favores a gente que, en su día, pueden estar en posición de agradecérselo con un favor en los negocios. ¡Ninguna de nosotras cobra por ello, así que no te escandalices tanto! Todos somos adultos responsables de nuestros actos.

Tras el susto inicial, Regan empezó a sentir una mórbida fascinación.

—Pero… tú misma has dicho que recibís un regalo caro.

—Sí, pero sólo se trata de alguna joya, nada de dinero —contestó Cleo malhumorada.

¿Qué se sentiría al hacer el amor por puro placer, sin sentimientos?, se preguntó Regan. Y con un desconocido. Alguien sin ideas preconcebidas sobre el atractivo de una mujer ni su capacidad para responder a la pasión, alguien que se daba un revolcón sin hacer preguntas.

La idea empezó a obsesionarla. Después de todo lo que había pasado, ¿iba a continuar siendo una víctima de las mentiras con que Michael, cruelmente, había manipulado su matrimonio? ¿O, por el contrario, estaba dispuesta a aprovechar la oportunidad de destruir el poder que aún después de muerto ejercía sobre ella?

—Una suntuosa fiesta, sexo, y una pulsera o un anillo de brillantes… ¿qué más puede pedir una chica por salir una noche con un hombre? —presumió Cleo, agitando la maciza pulsera de oro que rodeaba su delgada muñeca.

Regan se quedó mirando la pulsera como hipnotizada.

—Pero, ¿cómo puedes hacer eso? Lo que quiero decir es… ¿qué haces si el hombre con el que sales te resulta repugnante?

—No tengo que acostarme con nadie si no quiero, no es obligatorio —respondió Cleo apretando los dientes al reprimir otra náusea—. Derek nunca promete que acabaremos en la cama, eso sería de mal gusto. Además, a veces lo único que quieren es aparecer en algún sitio con una mujer del brazo. Pero la mayoría de las veces el final de la aventura no es tan platónico porque no hay nada malo en dormir con un hombre al que acabas de conocer, pero que te atrae. Y como Derek sólo hace favores a los hombres importantes… bueno, el poder es un afrodisíaco en sí, ¿no te parece?

Cuando conoció a Michael, estaba en la universidad estudiando

Derecho, tenía diecinueve años, era virgen, y no sabía nada del mundo.

Ahora sí.

Ahora se estaba cuestionando un montón de cosas en las que antes jamás se le había ocurrido pensar.

—Además, ¿qué importancia tiene? —gruñó Cleo al tiempo que se levantaba para ir al baño de nuevo—. Escucha, lo único que te pido es que llames a Derek para decirle que estoy mala, ¿de acuerdo? ¡Lo único que quiero es estar sola y poder vomitar todo lo que tengo en el estómago!

Regan la dejó ahogándose en su miseria y fue a por el bolso de Cleo donde ésta tenía la tarjeta de Derek con la dirección del hombre con el que tenía la cita. También encontró en el bolso un paquete de profilácticos que, evidentemente, Cleo consideraba esenciales en sus citas.

Después, consciente de que el tiempo pasaba, se dio una ducha rápida y tomó prestados los cosméticos de Lisa para maquillarse.

Por suerte para su conciencia, Saleena regresó a la casa justo en el momento en que Regan se disponía a salir, y ésta pudo dejarla al cuidado de la enferma.

—Tengo que estudiar para el examen de la semana que viene —protestó Saleena mientras arqueaba las cejas al notar la desacostumbrada sofisticación con que Regan se había arreglado—. Pero no te preocupes, supongo que podré echarle un ojo de vez en cuando para cerciorarme de que no se cuele por el retrete. ¿Adónde vas?

—Tengo una cita —respondió Regan.

—¿En serio? ¡Estupendo! ¿Y con quién?

—No lo conoces —contestó Regan vagamente, sin confesar que ella tampoco lo conocía.

Saleena, a pesar de ser un encanto, tenía la tendencia a mostrarse demasiado protectora en lo que a Regan se refería, consciente de que se había trasladado de una elegante casa en las afueras de la ciudad a un piso en el centro que compartía con otras dos chicas.

—Está bien, que te diviertas. Ah, antes de irte, ¿sabes si Lisa ha hecho la compra para la cena de esta noche?

—No. Pero no te preocupes, después de oír su mensaje, he ido a comprar algo de comida. Ah, a propósito, si Cleo te pregunta algo,

dile que no se preocupe, que ya he hablado con Derek y que todo está solucionado: al parecer, la cita había sido cancelada…

—¿Qué cita? —preguntó Saleena, antes de rectificar al momento—. Oh, ya sé, una cita con uno de los amigos importantes de Derek, ¿verdad? No me extraña que Cleo esté histérica, acaba de perder una de esas joyas a las que tiene tanto aprecio.

—¿Sabes lo de las citas?

—Naturalmente —admitió Saleena—. Incluso trató de meterme a mí en ese asunto, pero yo le dije que no, que muchas gracias pero que no necesitaba que nadie me buscara a un hombre con el que salir, que me las arreglaba yo sola.

Regan se maldijo a sí misma por haber sido tan inocente. Lo que para ella había sido una sorprendente revelación, era algo que todas sus compañeras de piso sabían. Ninguna de ellas estaba casada y todas parecían sexualmente activas, y, sin duda, no veían nada malo en el comportamiento de Cleo.

Pierre la instó a adentrarse en el enorme salón con vistas panorámicas de la ciudad. La estancia estaba iluminada con luces suaves empotradas en las paredes que hacían resaltar la delicada armonía del mobiliario. Los ventanales y la puerta de cristal daban a una terraza semicircular con una pared cubierta de mármol. La mesa de centro también era de mármol, interpuesta entre dos largos sofás de piel de la misma tapicería de los sillones que había esparcidos por la sala. En un extremo de la habitación, unos cuantos escalones conducían a una tarima en la que descansaba una enorme mesa de madera ovalada; más allá, presumiblemente, estaba la cocina. Al otro lado de la estancia, se veía un pasillo curvo cuya más sutil iluminación sugería… los dormitorios.

Regan volvió la cabeza, obligándose a concentrarse en el salón.

—¡Es precioso! *Monsieur* tiene un gusto impecable —dijo ella en tono casi burlón.

—*Merci* —respondió Pierre inclinando la cabeza—. Este apartamento es de una empresa, lo utilizan los ejecutivos y cumple muchas funciones. Fui yo quien contrató a la diseñadora, y le aconsejé y aprobé sus diseños, al igual que supervisé todo el trabajo de decoración.

—¡Usted! —exclamó Regan, incapaz de creer que aquel hombre diminuto y feo fuera capaz de crear semejante belleza.

—Las apariencias engañan —respondió él modestamente, sin darse por ofendido.

«¡Y que lo diga!», pensó Regan al tiempo que la furia volvía a atacarla. Michael se había visto favorecido por la naturaleza con una belleza dorada, rostro infantil, grandes ojos azules, y gesto franco y extrovertido.

¿Quién hubiera podido creer que semejante fachada escondía una lengua mentirosa y un negro corazón, un hombre sin honor? Ella no. Hasta la noche en que estrelló su precioso BMW contra un árbol, Regan se había creído segura en su matrimonio, a excepción de un pequeño problema. Admiraba la dedicación al trabajo de su marido y su ambición. Sólo después de la muerte, cuando empezaron a lloverle recibos sin pagar, fue cuando se dio cuenta de la realidad que se había negado a ver.

Durante los meses siguientes, cuando la terrible situación que las mentiras de Michael habían creado cobró una proporción desmesurada, Regan fue aceptando la dolorosa conclusión de que había estado durmiendo con un desconocido durante los cuatro años que había durado su matrimonio.

Por lo tanto, lo que iba a hacer esa noche no era tan distinto a lo que había estado haciendo.

Pierre se acercó a las puertas curvas de un mueble de madera de cerezo que, al abrirse, mostraron una pantalla panorámica de televisión y el más complejo equipo de música que Regan había visto en su vida. Ocultos en un falso pilar de sujeción, había cintas de vídeo y CDs ordenados alfabéticamente.

Pierre la condujo hasta un sofá, le puso a un lado los mandos de control remoto y le dio un vodka con tónica en un vaso frío que depositó encima de una servilleta en la mesa de centro. Le dijo que el cuarto de baño estaba en el pasillo, a la derecha, y también le explicó que, si necesitaba más bebida o lo que fuera, podía apretar uno de los botones estratégicamente colocados en varios lugares de la estancia y que él se presentaría al momento; en caso contrario, por si lo prefería, le explicó dónde podía servirse ella misma otra copa.

Una vez sola, Regan se bebió el vodka rápidamente con la esperanza de que la relajase. El vodka no surtió el efecto esperado, por lo que Regan decidió servirse otro ella misma. La avergonzaba llamar a Pierre tan pronto por si pensaba que era una alcohólica.

Bebiendo más despacio, ignoró el televisor y puso un CD. Después, acompañada de la música de una balada, volvió a acomodarse en el sofá en aquella espléndida soledad y pensó que podía acostumbrarse fácilmente a ser rica.

Lo más difícil de compartir un piso era la falta de intimidad. Además de ser hija única, durante su matrimonio, Michael pasaba muchas horas en el trabajo, o decía que las pasaba, y Regan se había acostumbrado a tener la casa para ella sola durante la mayor parte del día. Por el contrario, en el piso siempre había amigos que iban a visitar a alguna de las chicas, incesantes llamadas telefónicas y el constante sonido de la música rock que tanto le gustaba a Lisa.

No obstante, tanta actividad le servía de distracción. Y aunque Lisa y Saleena sabían más de la vida, ella era la encargada de dar consejos en aspectos prácticos, como la forma de quitar una mancha de grasa en una blusa o cómo hacer la declaración de la renta. Además, como había estudiado Derecho, a pesar de que no había acabado la carrera, sus compañeras de piso acudían a ella cuando necesitaban consejos legales. Para Regan eso era importante porque se sentía valorada, algo que su destrozada confianza en sí misma necesitaba realmente.

Pierre apareció en el salón disculpándose profusamente en nombre de *Monsieur* y le ofreció una pequeña bandeja de deliciosos canapés y una copa de champán. Como no quería mezclar bebidas, Regan rechazó el champán, pero aceptó encantada el aperitivo.

Su estómago, agradecido, rugió. Apenas había almorzado, sólo un bocadillo.

Apretó el botón oculto bajo la mesa y, cuando Pierre volvió a aparecer, ella le pidió más canapés.

—Estaban realmente deliciosos —dijo Regan disculpando su apetito —. Deben de tener un cocinero extraordinario.

—Soy yo el cocinero. No olvide que soy francés y que los franceses sabemos de cocina. Me alegro de que le haya gustado.

Las baladas llegaron a su fin y Regan se dio cuenta de que llevaba allí más de una hora, aunque no le parecía que hubiera pasado tanto tiempo. Puso música de jazz y subió el volumen.

Después, decidió satisfacer su curiosidad y dio un paseo por el resto del apartamento: un enorme despacho, dos dormitorios sencillos y uno principal, y el baño. Todo tan lujoso como el salón.

Volvió al salón y se sirvió otro vodka con tónica, recordando que Pierre le había dicho que aquel apartamento era de una empresa. Miró a su alrededor, esta vez fijándose más en los detalles, y se dio cuenta de que no había nada personal en aquel espacio. Podía ser la suite de un hotel de lujo o pertenecer a una página de una revista de hogar. No había libros, ni fotografías, ni nada que indicara la personalidad de su ocupante.

Cuando se cansó de examinar la decoración, se quitó los zapatos y se acurrucó en el sofá con la copa en una mano y la bandeja de canapés al lado. Estaba medio adormilada cuando el disco de jazz acabó y, simultáneamente, oyó el ruido de una puerta al cerrarse y el murmullo de una conversación en la distancia.

Bajó inmediatamente las piernas al suelo, se alisó el vestido, y miró en dirección a la puerta. Las voces se hicieron más claras, una era la de Pierre, la otra era más profunda y ronca y tenía una nota de impaciencia.

De repente, Regan se dio cuenta que tenía los dedos de los pies hundidos en la espesa alfombra y buscó desesperadamente los zapatos de tacón. Estaba metiendo un pie en uno cuando un hombre sumamente atractivo bajó por las escaleras.

Era alto y moreno; de anchas espaldas, estrechas caderas y movimientos felinos.

Regan se quedó casi sin respiración.

¡No podía ser el hombre de su cita, era increíblemente perfecto!

## Capítulo 3

—Permíteme...

Hasta que él no se agachó a recogerlo, Regan no se dio cuenta de que se le había caído de la mano el otro zapato.

—Oh, gra... gracias —balbuceó ella, perpleja por el impacto de la aparición de aquel hombre.

De cerca, el recién llegado no era tan guapo, en el sentido clásico de la palabra, como le había parecido de lejos. Pero desde luego era alto, más de metro ochenta, y su traje oscuro, la camisa azul y la corbata acentuaban su cabello oscuro. El pelo, negro azabache, era espeso y bien cortado, y le acariciaba el cuello de la camisa. Regan supuso que debía de tener treinta y tantos años, y se veían algunas canas en sus sienes.

La mirada era inteligente y sus rasgos no carecían de cierto cinismo; tenía el rostro de un jugador de póquer: tenso y observador, sin revelar sus pensamientos.

Los ojos eran de un gris muy claro; la nariz aguileña, los pómulos pronunciados y una mandíbula como tallada en piedra. Para ser un hombre de físico atlético, la piel era sorprendentemente blanca, a pesar de que la incipiente barba le oscureciera el rostro.

Regan notó el rastro de unas cicatrices a la izquierda de su delgada garganta que le subían hasta la mandíbula: las inconfundibles cicatrices de una quemadura. Para dejar tan permanente rastro, la quemadura debía de haber sido grave.

El también había sufrido, aunque sólo exteriormente, pensó.

Regan clavó los ojos en el zapato que él aún tenía en la mano, y vio que también en la mano tenía cicatrices; no obstante, era absurdo pensar que un hombre como aquél necesitara su conmiseración.

—Yo... me los había quitado —explicó ella, refiriéndose a los zapatos.

El sonrió al oír el redundante comentario.

—Ya veo —murmuró él en tono ligero y no carente de humor, en completo contraste con el cinismo de su mirada—. ¿Te estaban haciendo daño?

—No. Es que... me... había tumbado.

El arqueó las cejas y Regan enrojeció visiblemente al imaginarse a sí misma desnuda entre las sábanas de seda negra de la cama del

dormitorio principal.

—En el sofá —añadió ella enfáticamente.

—Por supuesto.

Regan enrojeció aún más si cabía. Podía ser inocente, pero... ¿tan transparente era?

Echó la cabeza hacia atrás y adoptó una actitud de altanera confianza en sí misma.

—¿Te importa?

Sin esperar respuesta, él se arrodilló en la blanca alfombra, rodeó el tobillo de Regan con una mano y le levantó ligeramente el pie.

Regan perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a los hombros de él para no caerse. A pesar del tejido del traje, notó los duros músculos de él.

—¿Qué estás haciendo? Oh...

Le vio calzarle el zapato en el pie descalzo.

—Gracias. No tenías por qué... haberte molestado —farfulló ella con vergüenza.

El echó la cabeza hacia atrás sin hacer ademán de levantarse.

—Ha sido un placer. Tienes unos pies muy bonitos. Y las piernas... —le acarició la pantorrilla con las yemas de los dedos.

Regan se puso rígida al sentir un violento cosquilleo de los pies al vientre. El pecho se le encogió y los latidos de su corazón se aceleraron.

—Gracias —respondió Regan, con la esperanza de que no se la viera tan sofocada como se sentía.

—Siento que hayas tenido que esperar tanto. Espero que no te hayas aburrido.

Entonces, él se puso en pie. Mientras lo hacía, Regan se sintió como si la examinara centímetro a centímetro, y el cuerpo entero le tembló.

—Pierre me ha dicho que te llamas Eve.

Ella asintió, parpadeando nerviosamente. Como era baja, estaba acostumbrada a que los hombres fueran más altos que ella, pero jamás se había sentido tan delicadamente femenina por ello.

Al contrario que Pierre, él no mostró escepticismo alguno.

—Perfecto —añadió él, llevándose una mano de Regan a la boca para rozarla con los labios—. En ese caso, puedes llamarme Adam.

—¿Te llamas Adam? —preguntó Regan al tiempo que se preguntaba

cómo un beso de cortesía en la mano podía hacerla sentir emociones tan eróticas.

—Es uno de mis nombres —concedió él, bajándole la mano, pero sin soltarla—. Así que aquí estamos, Adam y Eve en el paraíso; y esta vez no hay serpiente al acecho.

—Siento que Cleo no haya podido venir —mintió Regan, retirando la mano de la de él despacio, pasándole las uñas deliberadamente por la palma—. Espero que no estés desilusionado.

—No hay mal que por bien no venga —respondió él con gesto insinuante.

—Pareces cansado —dijo Regan de repente, utilizando la verdad como medio de cambiar de conversación.

Había notado el leve tono azulado bajo los ojos de él y la sutil dureza de sus labios, también la mandíbula sugería una buena medida de autocontrol. Sí, era un hombre que ocultaba bien su fatiga, no acostumbrado a dar muestras de ninguna debilidad.

—Ha sido un día muy pesado. Pero no te preocupes, me recupero rápidamente —le prometió él burlonamente. Después, se subió el puño de la camisa y se miró el reloj—. Ya sé que es tarde y que puede que no lleguemos a los cócteles, pero aún llegaríamos a la cena. Si esperas unos minutos a que me cambie...

¡Ese hombre creía que ella se había quejado!

—Oh, no, no he querido decir que... No tienes por qué darte prisa —protestó ella, poniéndole una mano en el codo mientras él se volvía.

La súbita sonrisa de él estaba llena de cinismo al mirarla.

—Tonterías. Has venido aquí con la idea de ir a una fiesta elegante en el restaurante más lujoso de la ciudad y no tengo intención de privarte de ese placer.

Regan ignoró sus palabras. Ese hombre estaba cansado, pero resignado a salir porque era parte del trato y, como hombre de honor, siempre cumplía con sus obligaciones.

—En serio no me importa ir o no —dijo ella con la mano aún en el codo de Adam.

—¿En serio? —por su expresión, estaba claro que no la había creído.

—Además, no tengo mucha hambre —le dijo ella bajando la mano —. Sería un desperdicio ir a un restaurante caro. Me parece que he

comido demasiados de los maravillosos canapés de Pierre.

Fue una confesión.

Hubo una ligera pausa mientras Adam la miraba.

—Así que... ¿te darías por satisfecha si le pidiera a Pierre que nos preparase una cena ligera?

—La verdad es que no creo que pueda comer nada más —confesó ella, había perdido el apetito en presencia de ese hombre—. Aunque no dudo de que tú necesites comer después de un día tan ajetreado.

—Pero te conformarás con hacerme compañía mientras como...

¿Qué creía, que iba a enfadarse porque él quería comer y ella no?

—Naturalmente.

—Luego, podríamos ir a la fiesta...

—Tampoco tenemos que ir si no te apetece salir. A menos que necesites hacer acto de presencia —añadió ella apresuradamente al verle empequeñecer los ojos, que adquirieron una nueva e inquietante intensidad.

—Entonces... ¿estás sugiriendo que no es necesario que salgamos del apartamento?

La suave voz de Adam hizo que le temblaran las rodillas al darse cuenta de las implicaciones de su impulsivo ofrecimiento. Si no salían, nada ni nadie podría distraerles del verdadero propósito de la velada.

—¿Estás dispuesta a sacrificarte y a no divertirte esta noche sólo porque yo he tenido un día duro hoy? —continuó él en el mismo tono de suave curiosidad.

Regan optó por ser sincera.

—Espero tener todas la diversiones que necesito aquí —confesó Regan.

El lanzó una sonora carcajada.

—Eres tan amable como halagadora, la compañía perfecta después de un pesado día de trabajo. Estoy deseando descubrir qué otras muchas virtudes posees.

Regan se sintió encantada de haber cautivado su interés y de haberle hecho reír. Quizá aquello fuera a ser más fácil de lo que había imaginado. Al fin y al cabo, al contrario que su marido, ese hombre quería que fuese sexy y seductora.

—Si esperabas una mujer virtuosa, creo que vas a sufrir una desilusión —dijo ella con un parpadeo coqueto.

Adam le puso los dedos en la barbilla y Regan abrió mucho los ojos.

—No, no lo creo.

Adam le pasó la yema del dedo pulgar por los labios, obligándola a abrirlos y a probarlos. Regan jadeó quedamente cuando la punta de su lengua saboreó la salada textura de esa piel.

El malinterpretó el respingo.

—No te preocupes, no voy a estropearte el carmín de labios, ya no te quedaba.

La tolerancia de su humor indicaba que estaba acostumbrado a mujeres que vivían de su aspecto físico.

—La culpa es de los canapés —Regan lanzó una ronca carcajada para disimular su embarazo—. Me los volveré a pintar mientras tú hablas con Pierre sobre la cena...

—No, no te molestes —la presión del dedo de Adam en los labios la acalló—. Me gusta el contraste entre el elaborado maquillaje de tus ojos y la suave y rosada inocencia de tu boca. Además, no me gusta el sabor del carmín de labios.

Adam apartó el pulgar y ella se balanceó ligeramente, casi segura de que iba a besarla. Pero en vez de eso, Adam añadió con indulgencia:

—¿Por qué no me sirves una copa mientras yo voy a decirle a Pierre que prepare algo de cena? Whisky con hielo: el escocés de dieciocho años, por favor.

A Regan le temblaban las manos mientras preparaba la bebida. Se ordenó a sí misma tranquilizarse. Tenían toda la noche por delante, no había que apresurarse. Él era un hombre civilizado que antes de nada quería relajarse después de un duro día de trabajo; después, deseaba que una compañera le procurase diversión sin pedir nada a cambio. Tal y como Cleo había dicho, aquello no era prostitución.

Cuando se apartó del bar, el estómago le dio un vuelco al ver a Adam de vuelta, sentado en el sofá con las piernas abiertas y la cabeza apoyada en el respaldo mirando al techo. Se había quitado la chaqueta y la corbata, sólo llevaba la camisa azul con el botón del cuello desabrochado. Cuando ella se le acercó, vio oscuro y rizado vello por la apertura de la camisa.

Los cubitos de hielo repiquetearon contra el cristal del vaso que Regan tenía en la mano, y él volvió la cabeza hacia un lado para

contemplar su avance.

Adam no hizo ademán de alargar el brazo para tomar el vaso y, tras un momento de vacilación, Regan se adentró en el espacio entre aquellas largas piernas antes de inclinarse y ponerle el vaso directamente en la mano.

Adam flexionó los dedos alrededor del vaso, atrapando momentáneamente los de Regan; y cuando ésta alzó el rostro con gesto inquisitivo, vio que él no le miraba el rostro, sino el escote del vestido donde los pequeños senos estaban atrapados voluptuosamente.

En postura tan provocativa, Regan se sorprendió al sentir que los pezones se le contraían y empezaban a empujar el tejido del vestido con cada inhalación, como si quisieran llamar la atención de Adam.

—No llevas sujetador —dijo Adam expresando en voz alta su descubrimiento.

Con la mano libre, le acarició el escote, cuidándose de no rozarle la piel. Después, liberando la mano de Regan, bebió un sorbo de whisky.

Privada de la excusa para plantarle sus modestos encantos en la cara, Regan se apartó. Lo único que Adam habría necesitado hacer para acariciarle los pechos desnudos era deslizar los dedos por el escote.

—Soy tan menuda que casi nunca necesito llevar sujetador —declaró ella.

—Lo mejor suele venir en pequeñas dosis —murmuró Adam al tiempo que le acariciaba los brazos, las caderas y las piernas.

—¿Medias o pantys? —preguntó él.

Regan se humedeció los labios con la lengua.

—Medias.

—Y… ¿liguero de encaje?

Regan se ruborizó. Era un tópico ridículo; sin embargo, el liguero la había hecho sentirse terriblemente sexy. Se lo había comprado para celebrar el segundo aniversario de su boda en un vano intento por inyectar un poco de excitación en su cama de matrimonio. Por supuesto, entonces no sabía que Michael reservaba toda su energía sexual a su rubia amante.

Manteniéndole la mirada, Adam, por encima de la falda, le pasó las manos por los muslos hasta encontrar la línea del liguero.

—¿Algo más?

Regan sólo podía sentir esa mano en la pierna.

—¿Qué?

—¿Te he preguntado que si llevas algo más?

Regan se humedeció los labios.

—¿Aparte del vestido, quieres decir? —preguntó ella con voz ronca.

—Me refiero a debajo del vestido —clarificó Adam retirando la mano.

Los ojos de ella se agrandaron mientras asentía con la cabeza. ¿Qué clase de mujer no llevaba braguitas?, pensó Regan.

—¿De encaje negro?

Regan volvió a asentir con la cabeza, incapaz de hablar. Adam bebió otro sorbo de whisky.

—¿Te las quitarías si te lo pidiera?

Regan se quedó sin respiración mientras un fuego abrasador le quemaba el cuerpo.

—¿Quieres decir... aquí? ¿Ahora?

Adam ladeó la cabeza.

—¿Te sorprende lo que te he dicho?

Absolutamente.

Regan se puso furiosa. Hasta el momento en que Adam había lanzado semejante desafío, estaba convencida de que lo estaba haciendo muy bien.

Regan encontró insultante la sonrisa burlona de él. No le sorprendería que ese hombre se hubiera dado cuenta de que la máscara de sofisticación escondía a una mujer nerviosa.

¡No! No iba a dejar que se le notara lo mucho que le había consternado la indecente proposición. ¿No era a eso a lo que había ido: a jugar, a experimentar, a explorar? ¿A celebrar su liberación de la tiranía de las mentiras que habían cerrado la puerta de su sexualidad?

Consciente de estar jugando con fuego, Regan sintió un súbito deseo de derrumbar ese insultante paternalismo masculino. Por ridículo que pareciese, a pesar de la amenaza sexual que Adam suponía, ahora tenía menos miedo que antes.

Adam quería ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar, ¿no? Bien, había llegado el momento de demostrarle que era su igual en aquel

juego.

Sin mediar palabra, Regan deslizó las manos por debajo de la falda del vestido y se llevó los pulgares a ambos lados de las braguitas.

El rostro de Adam adquirió, de repente, una expresión seria. Al momento, con un movimiento rápido, le puso la mano a Regan en el brazo para impedir que continuara.

—Perdona, estaba bromeando. Te pido disculpas por mi falta de delicadeza —dijo él fríamente—. No me gustaría estropear la velada adelantando placeres que es mejor saborear lentamente. El alcohol y la presencia de una mujer sensual son una mezcla explosiva que, momentáneamente, me ha quitado la razón, además de los buenos modales.

Adam volvió a su whisky antes de volver a mirar a Regan con solemnidad.

¡Ya, quitarle la razón! No le había quitado la razón nadie, lo que había hecho había sido ponerla a prueba.

Regan se sintió tentada de ignorar la disculpa y seguir adelante con el desafío; sin embargo, Adam la había calificado de mujer sensual y eso la predisponía a perdonarle. De haberla llamado «hermosa» no le habría creído, pero para ser una mujer sensual no se necesitaba parecer una modelo. La belleza era algo superficial, mientras que la sensualidad era algo interior y, para Regan, mucho más deseable.

Con desgana, Regan sacó las manos de debajo del vestido y se las pasó por las caderas, acariciándose delante de él como cualquier mujer sensual haría: invitando a un hombre a compartir la feminidad de su cuerpo.

El la contempló, pero esa vez en su expresión había un frío respeto.

—¿Por qué no me imitas? —murmuró Adam.

—Gracias —respondió ella.

El sofá era lo suficientemente largo para que Adam cupiera tumbado, y lo suficientemente ancho para celebrar en él una orgía.

—Me refería a la bebida —explicó Adam alzando el vaso.

—Oh. Yo... ya tenía un vodka con tónica por aquí...

—No te molestes en buscarlo, sírvete otro —le aconsejó Adam con el aire de un hombre que nunca había necesitado controlar sus

gastos.

Regan pensó que ya había bebido todo el alcohol que su cuerpo toleraba, pero un vaso daría algo en que ocuparse a sus nerviosas manos.

Se levantó del sofá, consciente del balanceo de caderas que le imponían los tacones.

—¿Quieres que te sirva otra copa a ti también?

—No, gracias —respondió Adam vaciando su vaso—. A propósito, sirves unos whiskies muy pequeños.

Regan encogió los hombros.

—Mi padre era demasiado aficionado al whisky y… —se mordió los labios, enfadada consigo misma por el desliz.

Sabía que el matarratas barato que había deshecho el higado de su padre tenía poco en común con el suave, caro y aromático alcohol que Adam saboreaba.

—¿Y tu marido?

El cuerpo de Regan se puso rígido y palideció por la acusación.

—¿Mi qué?

Adam le agarró la mano izquierda y luego la levantó para que ambos pudieran ver el círculo pálido que el anillo le había dejado en el dedo. Inmediatamente después, Adam le soltó la mano como si tuviera una enfermedad contagiosa.

—¿ Estás casada?

Regan vaciló. ¿Qué clase de hombre era ése?

—¿Y si contestara que sí?

Los claros ojos grises se endurecieron hasta parecer frío acero.

—Educadamente, te acompañaría a la puerta y dejaría de tener tratos con Derek. El conoce mi opinión al respecto: no me acuesto con las mujeres de otros hombres. No soporto la mentira ni el engaño. Así que, si estás casada, dímelo ya; te aseguro que no soy un buen enemigo.

A Regan le dejó perpleja la cruel fuerza de la declaración. Era un hombre de férrea voluntad con dinero y poder, y no dudaría ni un momento en utilizarlos como armas para defender sus propios intereses.

—No estoy casada —declaró ella con voz ronca.

Desgraciadamente, Adam no se conformó con la respuesta.

—Pero lo estabas. ¿Divorciada?

—Viuda. Mi... marido murió en un accidente de automóvil.

Se hizo un momentáneo silencio.

—Lo siento.

Regan alzó la barbilla con gesto desafiante.

—No tienes por qué sentirlo.

Adam empequeñeció los ojos.

—¿No?

Regan se pasó una mano por el cabello, nerviosa y desafiante al mismo tiempo.

—No puedes ni imaginarte la clase de hombre que era —dijo ella con una cínica sonrisa—. Y preferiría que no te molestases en intentarlo.

—¿Hace cuánto ocurrió?

Regan le lanzó una mirada de frustración. Imaginó lo que él debía estar pensando, se estaba preguntando si ella estaba allí debido al trauma psicológico asociado a su matrimonio.

—Lo suficiente.

Ocho meses. El tiempo suficiente para descubrir por qué Michael había insistido en ser él quien manejara la economía familiar. Había gastado todos sus ahorros, se había metido en deudas, había hipotecado la casa y había tomado prestado dinero; y como esposa y heredera, era ella quien había tenido que hacerle frente a la situación tras su fallecimiento. Tras un prolongado proceso jurídico, el abogado de Regan le había informado que quedaba poco por heredar.

Y hacía sólo dos semanas que había descubierto porqué.

Hacía dos semanas que recibió la visita de la lacrimógena amante de Michael, una mujer voluptuosa, y de su hijo de tres años y medio.

El poco respeto que le quedaba por su marido se desvaneció en ese momento, cuando se reveló la verdad: durante todo el tiempo que habían estado casados, su marido había llevado una doble vida. Una doble vida que ella, sin saberlo, había ayudado a financiar.

Bien, esa noche se iba a vengar.

Esa noche iba a dejar de ser una dulce y comprensiva mujercita, se iba a tragar su orgullo e iba a hacer lo que se esperaba de ella.

Esa noche iba a ser ella quien utilizara a alguien, iba a ser una pecadora.

## Capítulo 4

—Así que no echas de menos a tu marido?

«Como un tiro en la sien», quiso responder Regan.

—Echo de menos... ciertos aspectos del matrimonio... —contestó ella con una sonrisa sugerente. Después, se dio media vuelta y volvió a la barra, consciente de que los ojos de Adam estaban fijos en ella.

Con la copa en la mano, volvió al sofá y, al sentarse, cruzó las piernas, dejando que la falda del vestido le subiera hasta medio muslo.

—¿Quieres que te haga eso yo? —preguntó Regan cuando Adam se llevó una mano al cuello para masajearse los tensos músculos.

—¿Sabes dar masajes?

—No soy masajista profesional, pero estoy segura de que podría relajarte los músculos.

—Creo que sentir tus manos en mi cuerpo aumentarían la tensión en vez de relajarla —contestó él con una débil sonrisa que hizo que Regan temiera deshacerse.

Regan se aclaró la garganta. Al fondo, notó vagamente la presencia de Pierre, que iba de la cocina a la mesa.

—Y bien, ¿qué sueles hacer normalmente para relajarte después de un día de trabajo en la oficina? —preguntó Regan.

Por la expresión de él, Regan se dio cuenta de que iba a contestar con una broma.

—Verás... me resulta muy relajante coquetear con una cálida y receptiva mujer.

—En ese caso, pronto te encontrarás completamente satisfecho y con todos los músculos del cuerpo flácidos —respondió ella.

La sonrisa de él fue lobuna.

—Ya he empezado a derretirme. ¿Y tú qué haces para relajarte, Eve?

—¿Yo? Leo, coso, cocino... —entonces, bajó los párpados lentamente—. Y hago el amor.

—Interesante. Para mí, el sexo tiene el efecto contrario —murmuró Adam—. No me siento relajado cuando estoy dentro del cuerpo de una mujer. Es más, me agito, me pongo tenso y cada músculo del cuerpo parece que se me va a romper. Claro que... es posible que a las mujeres les pasen cosas muy diferentes.

¡Regan esperaba que no! Contuvo el impulso de arrojarse a los brazos de él y exigirle que le hiciera una demostración ahí mismo e inmediatamente.

Pero se conformó con encogerse de hombros.

—Los hombres y las mujeres no se diferencian tanto…

—Cielo, si de verdad crees eso, me parece que te saltaste la asignatura de Biología en el colegio —le interrumpió Adam con humor.

En realidad, la madre de Regan la había obligado a salir de cualquier clase que pudiera contaminarla de educación sexual aunque se revistiera con el nombre de Biología.

—Elegí Letras en lugar de Ciencias —apuntó ella vengativa—. Además, me refería a una similitud en términos de necesidades sexuales y deseos.

—Iguales, pero distintos —confirmó él—. Supongo que mis fantasías sexuales son diferentes a las tuyas.

—¡Lo que no quiere decir que las tuyas sean mejores que las mías!

Adam estalló en carcajadas.

—Si te enseño las mías, ¿me enseñarás tú las tuyas?

El silencio de Regan le instó a continuar:

—¿Alguna vez, de pequeña, jugaste a los médicos y a las enfermeras?

—Era hija única.

—¿Y? Seguramente, había algún pequeño conquistador en el vecindario que te sugiriese meteros en el armario más cercano para poder auscultarte, ¿no?

—Si lo hubiera hecho, habría acabado degollado.

—¿Tan agresiva eras?

—Era sumamente angelical —respondió Regan primorosamente—. Pero mi madre no dejaba de vigilarme en lo que a los siete pecados capitales se refería.

—Así que tu madre no te dio la oportunidad de ser otra cosa —sugirió él con una percepción incómodamente aguda.

—Estoy segura de que aún tengo mi halo por aquí, en alguna parte.

—Aunque supongo que algo apagado —bromeó Adam.

—Bueno, de vez en cuando le saco brillo —contestó ella, encantada de su nueva habilidad para dar contestaciones rápidas.

—¿Y también te cepillas las alas?

—Nada de alas, pero tengo un tridente escondido en otro vestido.

—Ah, una mujer con peligrosas contradicciones. Ahora me doy cuenta de que, en vez de haberte besado la mano al entrar, debería haberte cacheado para asegurarme de que no tuvieras ningún arma oculta.

Regan abrió los brazos, ofreciéndose gentilmente.

—Hazlo ahora si quieres, no te haré pagar por ello.

—¿Ni aunque te lo rogara?

Cuando Regan lanzó una carcajada, los ojos de él fueron hasta la plataforma, donde, en la mesa de comedor, Pierre estaba dejando una botella de champán en una cubitera de hielo.

—Creo que Pierre ya ha servido la cena. ¿Vamos?

Había dos elegantes servicios, uno junto al otro, en un extremo de la mesa ovalada. La luz de una vela iluminaba la superficie de la madera. También había un jarrón con rosas rojas como complemento de los manteles blancos individuales.

Adam se disculpó, con pretexto de irse a lavar las manos, y siguió a Pierre hasta la cocina. Cuando volvió, Regan seguía de pie detrás de la silla a la cabecera de la mesa. Cuando él se aproximó, ella retiró la silla y le invitó a sentarse.

—¿Usurpando mis obligaciones de caballero? —murmuró él, aceptando la cortesía con una perezosa sonrisa.

Regan tomó la blanca servilleta que Adam tenía al lado del plato, la desdobló y la puso encima de las piernas de él.

—Al decirle a Pierre que no iba a necesitarlo más esta noche, pensé que era yo quien iba a servirte.

—Me ha parecido que podía apetecerte que te mimaran —dijo Regan, abriendo el puño para, con gesto ligero, dejar una diminuta prenda encima de la servilleta de Adam.

El bajó la mirada y a Regan le encantó ver semejante expresión de sorpresa.

—¿Has perdido algo, Eve? —Adam levantó la diminuta prenda de encaje negro.

—No, nada de eso —contestó ella.

Los ojos de Adam se clavaron en sus caderas y Regan colocó las nalgas en el asiento de la silla con provocativa lentitud.

—¡Juguetona! —la suave acusación estaba llena de admiración masculina mientras observaba la actuación de ella.

Por debajo de la mesa, Regan apretó el muslo contra el de él, excitada por su propio atrevimiento. Era tan maravilloso ser atrevida que se preguntó por qué no lo habría intentado años atrás.

Adam balanceó la prenda de encaje en su dedo.

—¿Qué es esto? ¿Un aperitivo de la «Nueva Cocina»?

Los ojos de Regan se oscurecieron al verle dejar caer las diminutas braguitas en el plato para luego, con el tenedor, examinarlas.

—Admito que tienen un aspecto muy apetitoso —dijo él al tiempo que comenzaba a enrollarlas con el tenedor como si de espagueti se tratara.

—¡Adam, no!

Adam dejó de girar el tenedor y la miró.

—¿No llevas braguitas comestibles?

—¡Por supuesto que no!

La escandalizada negativa provocó la sonrisa de Adam.

—En ese caso, supongo que tendré que conformarme con lo que haya preparado Pierre —Adam apartó el tenedor del plato y luego se metió las braguitas en un bolsillo.

Por fin, levantó la tapadera de una bandeja, mostrando unas verduras exquisitamente preparadas.

—¿No quieres un poco?

—No, gracias —ella lo observó mientras se servía una generosa ración de verduras—. ¿Eres vegetariano'

Adam negó con la cabeza mientras servía champán en dos copas.

—Le he pedido a Pierre que preparase algo que pudiera digerirse fácilmente. Sé que se considera la comida como el preludio de la seducción, pero a mí no me gusta hacer el amor con el estómago lleno. ¿Tú que opinas?

A Regan casi se le cayó la copa de champán que el le ofreció.

—Yo... la verdad es que nunca había pensado en eso.

—¿Quieres decir que, por lo general, sigues tus instintos naturales? Me gusta eso en una mujer —Adam se llevó un bocado a la boca—. Mmmm... está muy bueno. Toma, prueba un poco.

Le ofreció un trozo de zanahoria con el tenedor y, automáticamente, Regan se inclinó hacia delante.

—¿Te gusta? —preguntó Adam tentándola con más verdura.

La salsa estaba algo dulce y tenía una exquisita combinación de especias.

—Delicioso —admitió Regan.
—¿En serio no quieres comer nada?
—Bueno… quizá un poco —respondió Regan tras decidir que aquella noche no iba a negarse ningún tipo de tentación.
Mientras comían, Adam mantuvo la conversación en tono ligero, tocando temas entretenidos que no amenazaban con entrar en nada personal; pero la expresión de sus ojos era sumamente personal y, cada vez que el se llevaba comida a la boca, más consciente era Regan de que él era un hombre y ella una mujer, y de que Adam tenía sus bragas en el bolsillo.
Desacostumbrada a ser el centro de la atención masculina, Regan se encontró cada vez más excitada por la atmósfera cargada de tensión sexual. El cuerpo entero le temblaba de nerviosa anticipación. Notó la extraordinaria flexibilidad de las muñecas de él al inclinar la botella de champán para servirlo en las copas, las sensuales arrugas que se formaban en sus mejillas cuando reía y la contracción de los músculos de su mandíbula cuando meditaba en algo.
Era tan consciente de los gestos de Adam que, cuando éste finalmente se llevó la servilleta a los labios para limpiarse, lo único en lo que Regan pudo pensar era en lo que se sentiría al sentir esos labios contra los suyos.
Lo descubrió cuando él, de repente, tiró la servilleta al lado del plato y, con un brusco e impaciente movimiento, la levantó de la silla y la sentó encima de él.
—Ahora ya puedes cumplir tu promesa —gruñó él.
—¿Qué promesa? —jadeó Regan echando la cabeza hacia atrás, reconociendo su vulnerabilidad ante la fuerza viril de ese hombre.
—Esta… —respondió Adam al tiempo que deslizaba una mano por debajo del vestido de ella, por encima de las medias, para poder acariciar la sedosa piel de sus muslos.
Subió los dedos casi hasta tocar el centro de su feminidad, y a Regan un calor abrasador empezó a consumirla tras aquella imaginaria penetración.
Instintivamente, Regan juntó las piernas, su grito se ahogó en la boca de él.
Adam la besó de tal forma que Regan temió estallar en mil pedazos. Aquello no era un ligero coqueteo, sino una violenta seducción. Por fin, Regan se abandonó al placer. Adam introdujo la lengua en su

boca al tiempo que le acariciaba todo el cuerpo con las manos, apretándola contra sí.

A pesar de todo, se controlaba, y Regan necesitaba más, mucho más; por tanto, se entregó con pasión a aquellos besos devoradores, utilizando lengua y dientes para animarlo a ser más duro, más atrevido...

Adam se negó a cooperar, y ella le acarició una mejilla, pasando los dedos por la incipiente barba hasta la garganta; allí, empezó a desabrochar botones para acariciar el áspero vello de su pecho. Bajo la mata de vello, la piel era suave y caliente, y Regan dobló los dedos para deleitarse con la masa de músculos que sentían sus dedos.

Adam lanzó un gruñido, hundió los dedos en la carne de los apretados muslos, y se abrió paso a la fuerza hasta acariciar el suave vello que protegía la feminidad de Regan.

El interrumpió el beso y Regan echó la cabeza hacia atrás. Entonces, la mordió en la garganta y la chupó, dejando rojas huellas.

—Estás increíblemente caliente —murmuró él con voz ronca—. Estás tan caliente...

—¿No era eso lo que querías?

—Lo que quiero de una mujer y lo que obtengo de ella no siempre es lo mismo —respondió Adam moviendo el pulgar que tenía debajo de la falda de Regan mientras veía cómo los ojos violeta de ella oscurecían de placer—. Pero puede que seas única en eso. No vas a tener que fingir nada conmigo, ¿verdad, Eve?

Las últimas palabras fueron pronunciadas en tono triunfal.

—Tú también estás caliente —contestó ella.

Adam bajó la cabeza y le lamió la boca.

—Caliente y duro —concedió él con un ardiente susurro, moviendo las caderas para que Regan pudiera comprobar la verdad de sus palabras.

Adam continuó besándola, excitándola con los controlados y delicados movimientos de su pulgar. Sólo cuando la sintió relajar las piernas, consintió Adam en apartar la mano para subirla y cubrirle con ella el pecho. Después, empezó a juguetear con los pezones.

—Adam... —la protesta de Regan fue un suave gemido al tiempo que juntaba los muslos fuertemente en un intento por calmar el vacío que ahora sentía.

—Eve... Creo que ha llegado el momento de irnos al dormitorio,

ahora que todavía podemos andar —dijo Adam, haciéndola levantarse para luego ponerse él en pie—. Preferiría acabar esto en una cómoda y amplia cama, ¿no te parece?

¿Acabar aquello? ¿Y si ella no quería que acabara nunca? ¿Y si no quería dejar de sentir esa gloriosa sensación?

—¿Vamos? —insistió él al tiempo que la empujaba en dirección a la habitación.

A pesar de lo confusa que estaba, Regan recordó recoger el bolso de noche que había dejado en el sofá camino de la habitación.

Las sábanas de la cama eran de seda negra, el perfecto marco para una seducción. Adam empezó a vaciarse los bolsillos del pantalón, dejando el contenido encima de un alto sinfonier. Se desabrochó los botones de la camisa que aún le quedaban abrochados y después apretó un interruptor que iluminó la habitación contigua, una habitación que Regan no había visto hasta ese momento.

—No te molesta que me dé una ducha antes, ¿verdad? —Adam se quitó la camisa y la tiró encima de un sillón, las braguitas de encaje de ella aún en el bolsillo.

Los pezones del pecho de Adam eran marrones oscuros y coronaban un pecho musculoso cubierto por una mata de vello negro salpicado de gris. Las cicatrices que marcaban su garganta acababan justo encima de la tráquea y el resto de su cuerpo... era perfecto.

Cuando Adam empezó a desabrocharse el cinturón, los ojos de Regan, inevitablemente, se clavaron en el bulto de su erección bajo el caro tejido negro de los pantalones.

El la sorprendió mirándolo.

—Te pediría que me acompañaras a la ducha, pero me temo que con una sola caricia de tus manos enjabonadas me dispararía como un cohete —admitió Adam con franqueza—, y tengo un plan mejor en mente. Además... si te gusta jugar en el agua, podemos hacerlo más tarde en el jacuzzi, ¿te parece?

Adam se acercó a la puerta del baño; antes de entrar, se volvió y arqueó una ceja.

—¿Me vas a esperar?

¡Cómo si lo dudara!, pensó Regan.

Regan se quedó en medio de la habitación preguntándose qué hacer. ¿Debía desnudarse o querría él hacerlo? Al regresar de la ducha, ¿esperaba verla tumbada en la cama desnuda o vestida con

postura provocativa? Parpadeó confusa y, rápidamente, buscó con la mirada algo con lo que distraerse. Fue entonces cuando vio su imagen en el espejo. ¿Era ella realmente?

Sus cabellos negros estaban revueltos y tenía el rostro enrojecido. Se llevó una mano a la garganta y luego se la pasó por la parte delantera del vestido, por los pechos y por las caderas. Después, se levantó el vestido hasta donde le acababan las medias, donde empezaba a vérsele la piel blanca de los muslos. Flexionó una rodilla y se miró de costado. No quedaba rastro alguno de la mujer víctima, sólo se veía una vampiresa. Nunca se había visto tan sexy.

Se bajó el vestido y se acercó a la cómoda. Con el resto del contenido normal de los bolsillos de Adam, había una caja pequeña y alargada de terciopelo azul.

¿Sería su... regalo?

El agua de la ducha seguía corriendo.

Regan dejó su bolso y tomó la caja de terciopelo. La tapa resultaba difícil de abrir y la culpa hizo que le temblaran los dedos al abrirla.

Contuvo la respiración. El brazalete tenía incrustados diminutos y numerosos brillantes. ¡Debía haberle costado una fortuna!

Regan cerró la caja y, rápidamente, la dejó donde la había encontrado. Si eso era lo que Adam tenía pensado darle como pago por esa noche, no quería que supiera que había estado fisgoneando. Pero... era halagador considerarse merecedora de semejante preciosidad.

A excepción del anillo de pedida y del anillo de boda, Michael nunca le había regalado una joya. Los regalos de cumpleaños se limitaban a electrodomésticos y el regalo de aniversario más romántico que había recibido de él fue un libro de cocina.

Pero Regan tuvo que recordarse a sí misma que no había nada romántico en aquel brazalete, no debía caer en la trampa de pensar que pudiera haber algo personal en su relación con ese hombre. Que la pulsera fuera preciosa no quería decir que tuviera un significado especial, ni para ella ni para Adam. No era el regalo de un amante, sino una transacción.

Volvió a agarrar su bolso de noche y lo abrió, decidida a volver a pisar tierra. Echando a un lado la caja de preservativos, sacó una pequeña caja cuadrada y la abrió. Los elegantes gemelos de oro con incrustaciones de jade, de Nueva Zelanda, la miraron

acusadoramente. Le habían costado muy caros, pero había ahorrado durante bastante tiempo para cuando Michael cumpliera los veintiocho años. Nunca pudo dárselo, ya que él murió una semana antes de su cumpleaños.

Pensaba venderlos, pero esa noche se le antojó un gesto de poética justicia.

—¿Qué estás haciendo?

Regan volvió a meter la caja en su bolso y se dio media vuelta.

Se le secó la boca. Adam no estaba completamente desnudo, pero la toalla que se había atado a la cintura le quedaba muy baja. Tenía la piel húmeda todavía, como si, con las prisas, no se hubiera secado bien. Mientras avanzaba hacia ella, la abertura de la toalla se abrió más, mostrando un esbelto y velludo muslo.

—Yo... estaba buscando esto —improvisó Regan al tiempo que le mostraba la caja de preservativos.

El le agarró la mano y le quitó el paquete para dejarlo de nuevo dentro del bolso sin apartar los ojos de los de ella.

—No vas a necesitarlos.

Los ojos de Regan se agrandaron y las aletas de la nariz se le hincharon.

—Pero... tú y yo... —no podía creer que Adam estuviera dispuesto a arriesgarse a que le contagiaran una enfermedad sexual o a dejarla embarazada.

En cuyo caso, ¿qué clase de actividad sexual tenía en mente?

—Prefiero usar los míos —le explicó él.

—Oh —dijo ella con alivio antes de fruncir el ceño—. ¿No te fías de mí? ¿Acaso crees que puedo haberlos pinchado con un alfiler?

—No sería la primera vez que pasa —respondió él en tono ligero.

Regan se dio cuenta de que no era de ella de quien no se fiaba, sino de las mujeres en general.

—Me parece que eres muy pesimista —observó Regan.

—En estos momentos, me siento extremadamente optimista respecto al futuro inmediato. Por ejemplo... tengo plena confianza en tu habilidad para excitarme...

Adam bajó la cabeza y le besó el hombro desnudo.

Un momento después, Regan sintió la toalla de él acariciarle la pierna antes de caer al suelo. Adam se había quedado completamente desnudo, a escasos centímetros de su tembloroso cuerpo. Aparte de

Michael, Regan no había visto a ningún otro hombre desnudo, y mucho menos excitado. Bajó la mirada hasta el pecho de él, pero no se atrevió a bajarla más por si el valor la abandonaba.

Regan alzó los brazos y, tímidamente, plantó las manos en el pecho de él. Adam lanzó un tembloroso suspiro; después, le acarició el hombro con el cálido aliento.

—Eso es… así… tócame… demuéstrame lo buena que eres con las manos…

Besó la garganta de Regan y luego puso las manos sobre las de ella, subiéndoselas y bajándoselas por el torso. Después, apartó las manos para ponérselas en la cara y Regan bajó las suyas hasta colocarlas en las caderas de Adam.

Adam la besó como antes lo había hecho, hasta derretirla. Ahogada en aquella sensación, Regan cerró los ojos y le clavó las uñas en la cintura hasta hacerle reír dentro de su boca.

—Gatita…

Entonces empezó a acariciarle la espalda y, al instante, Regan sintió sus manos en las nalgas, por debajo del vestido; con un movimiento reflejo, ella apretó los glúteos. Adam gimió su aprobación, apretándola, estrechándola contra sí mientras le besaba la garganta.

Después, empezó a bajarle la cremallera del vestido.

—Espero no defraudarte, no son las pirámides de Egipto.

—Ya me lo habías dicho —murmuró Adam mientras le bajaba el vestido por las caderas—. Pequeñas y perfectamente proporcionadas para tu tamaño. Un bocado sumamente tentador.

Hizo que apoyara la espalda en su brazo y se llevó un pecho a su boca para chupar la cresta rosada. Chupó, lamió y mordisqueó un pecho con lujurioso placer. Después, administró el mismo tratamiento al otro. Oleadas de placer sacudieron el cuerpo de Regan. De pronto, sin saber muy bien cómo, se encontró sobre la cama. Se revolvió bajo el peso de Adam y él rió, aplastándola contra las sábanas negras de seda.

—Eres tan maravillosamente apasionada… me vuelves loco —dijo él con voz ronca—. Mírame, no puedo controlarme más. Estás haciendo que pierda la razón…

Los ojos violeta de Regan se llenaron de él, de su dominante virilidad, presa de la pasión que ella había generado…

—Oh, Adam…

Regan sabía que el verdadero regalo de aquella noche era mucho más valioso que los diamantes. Aquel maravilloso y sensual desconocido le había dado confianza en sí misma como mujer.

Regan arqueó las caderas, invitándolo, y le rodeó el cuello con los brazos.

Los ojos de Adam brillaron en el momento en que sucumbió a aquel apasionado desafío.

—¿Te parece que abramos ya las puertas del paraíso, Eve?

## Capítulo 5

—Bueno jovencita, ya no falta mucho.

Regan miró divertida a su jefe, que estaba deseando llegar a su destino.

—¡La próxima a la derecha! —el grito traicionó la benigna apariencia de ese hombre, y Regan volvió su atención a la carretera rápidamente.

Dos meses atrás, no habría tenido la suficiente confianza en sí misma para conducir el Jaguar, pero desde «Aquella Noche», había descubierto en sí misma un espíritu aventurero que le había dado el valor necesario para creer que podía vencer todos los problemas que se propusiera.

«Aquella Noche».

Estaba escrita con letras mayúsculas en su memoria. Su delicioso secreto. Su noche infame.

Se había prohibido a sí misma pensar en eso durante el día, aunque le era imposible no fantasear con Adam por las noches. Cleo no había mencionado nada, y Regan tenía la impresión de haber escapado de aquello sin que nadie se enterase. No obstante, no podía evitar cierta desilusión respecto al hecho de que Adam, evidentemente, no le había pedido a Derek que concertara otra visita con «Eve».

Pero teniendo en cuenta la forma en que se marchó, desapareciendo en medio de la noche mientras él dormía y dejándole un pequeño regalo de despedida, se alegraba de que el gesto no hubiera tenido problemáticas repercusiones.

—¡Aquí! ¡Gira aquí! ¡Ya! ¡Vamos, ya!

Regan vio un dedo delante de la nariz.

—Sí, ya veo la señal —dijo ella en tono suave.

Sir Frank rió quedamente cuando pasaron el cartel que anunciaba el complejo de chalés y muelle para yates de Palm Cove y, saliendo de la autopista, se metieron por una ancha y serpenteante carretera que cruzaba la estrecha y montañosa península bañada por las aguas del golfo Hauraki.

—Disculpa. Lo que pasa es que estoy deseando ver a Hazel para decirle que se han acabado todas sus preocupaciones.

Desde que el médico le explicara que tenía que tener cuidado con

el corazón, Sir Frank había intentado llevar una vida más tranquila sin conseguirlo del todo. Había dejado de conducir, de comer grasas y de fumar sus queridos puros; pero algo más difícil le resultaba fiarse del que conducía su coche. La venta de la gran empresa inmobiliaria en la que había transformado la pequeña compañía que heredó de su padre estaba demostrando ser un verdadero dolor de cabeza; a pesar de que, más o menos, iba a quedarse en la familia, ya que iba a comprarla una empresa de la que era dueño el hombre que estaba a punto de casarse con la nieta huérfana de Hazel.

A los sesenta y seis años, Sir Frank se quejaba de ser demasiado joven para estar inactivo, pero a pesar de haber dejado al frente de Harriman Developments al hombre con quien Carolyn estaba a punto de casarse y de haberse ido a vivir a la propiedad familiar que lindaba con el puerto deportivo de Palm Cove, Regan sospechaba que su inactividad sólo sería de nombre. Sir Frank se pondría a husmear por ahí hasta encontrar otra cosa en la que ocupar su inagotable energía.

—No creo que se hayan acabado del todo —dijo Regan—. No sé hasta qué punto voy a poder ayudar, nunca he organizado una gran boda.

Michael y ella se habían casado por lo civil.

—Hazel sabe lo que hay que hacer, lo único que necesita es alguien que haga las cosas por ella hasta que logre recuperarse. Tú eres un miembro de la familia y lo sabe, por lo que no puede quejarse de que le lleve una total desconocida...

—Sólo soy pariente lejana. Y sigo pensando que debería haberla avisado de que venía —dijo Regan incómoda—. Puede que hubiera preferido que la ayudara un familiar más cercano...

Sir Frank se estremeció.

—Lo último que ella querría es una de esas buitres que lo único que haría es estropearlo todo. Ya no le queda ningún hijo y Carolyn es su única nieta, así que ésta es la última boda en la que podrá desempeñar un papel importante. Lo único que quiero es que no se agote. A su edad, un esguince de tobillo y una muñeca rota son cosas serias. Ha tenido suerte de no romperse la nuca al caer por la colina. Los huesos de las personas mayores son muy frágiles y se rompen con mirarlos, me lo ha dicho el médico.

Refiriéndose a él.

Consciente de que Hazel Harriman era sólo dos años mayor que Sir

Frank, y que éste recriminaría a cualquiera que lo llamara viejo, Regan se mordió la lengua. Sospechaba que el empedernido soltero estaba enamorado de la viuda de su hermano mayor y que iba a aprovechar que Regan ayudara a preparar la boda para ganarse a Hazel.

—Ya le dije que debía utilizar un coche de golf para subir por esas colinas —gruñó él—. Pero es demasiado tacaña para gastar dinero en alquilar uno, por mucho dinero que mi hermano John le dejara. En fin, acabaré teniéndole que regalar uno yo mismo. Creo que voy a hacer que pinten su nombre en él. ¿Crees que le gustaría?

Regan sólo había visto a Hazel Harriman en dos ocasiones, lo suficiente para darse cuenta de que era toda una dama.

—Me parece que sería preferible algo más discreto, Sir Frank —le aconsejó ella.

—Siempre has insistido en llamarme Sir Frank en la oficina, pero no tienes por qué hacerlo fuera de ella. Tu madre se levantaría de la tumba a carcajadas si te oyera llamarme por ese estúpido título.

Regan contuvo una carcajada.

—Mi madre no está muerta —observó ella.

—¡Para mí es como si lo estuviera! —respondió Sir Frank con su acostumbrado desdén—. Está enterrada en vida con esa panda de locos religiosos. ¡Lo que hicieron con la pobre Joanne no tiene nombre, convencerla de que abandonara a su única hija y se fuera a vivir al desierto de Australia!

—No me abandonó, yo ya tenía dieciocho años —dijo Regan.

En realidad, fue un alivio para ella decirle adiós a su madre en el aeropuerto. Progresivamente, la convivencia con Joanne Baker se había vuelto más difícil; sobre todo, cuando Regan se negó a abrazar sus apocalípticas creencias.

—Al menos, debería haber esperado hasta dejarte en la universidad. Y también debería haber seguido manteniendo contacto contigo.

—Le escribió a usted para hablarle de mí antes de marcharse —le recordó Regan.

Al principio, a Regan le avergonzó enormemente que su madre se hubiera aprovechado de un parentesco tan lejano. Los Harriman eran primos lejanos de su madre, y a Regan le sorprendió recibir una carta de Sir Frank en la que le expresaba interés en sus planes de estudiar Derecho y le ofrecía un trabajo en el departamento jurídico de

Harriman Developments durante las vacaciones. El trabajo iba a pagarle el coste de los estudios, el alojamiento, y también iba a permitirle ahorrar un poco.

—Y menos mal que lo hizo; de no haber sido así, tú nunca habrías recurrido a nosotros, ¿verdad? A veces, uno tiene que abrirse paso a empujones en este mundo. ¡Igualito que tu esposo! A Michael no le costó mucho pedirme trabajo… y decirme que quería darte una buena vida.

—Sí, ya lo sé —Regan no pudo evitar que la voz le saliera tensa.

—Vamos, vamos… no era mi intención recordarte malos tiempos —Sir Frank le dio una vigorosa palmada en la mano, sin tener en cuenta que estaba conduciendo—. Ya sé que aún te resulta difícil vivir sin él. En fin, quizá pasar unas semanas en Palm Cove te siente bien.

Regan logró esbozar una rígida sonrisa. La amabilidad de ese hombre aumentó el complejo de culpa que tenía debido al motivo que la había hecho acceder a ayudar en aquella supuesta crisis familiar.

—Estoy segura de que así será —murmuró Regan.

—Deberías haber acudido a nosotros cuando murió—añadió Sir Frank, añadiendo leña al fuego—. Hazel habría sabido cuidar de ti. ¡Ella también lo pasó muy mal cuando murió mi hermano!

—Para mí, es importante saber que puedo abrirme camino yo sola —se defendió Regan.

—Ya lo sé, ya lo sé… eres muy independiente. De todos modos, podríamos haberte ayudado con lo de la casa, la vendiste en muy mal momento.

Desgraciadamente, Regan no había tenido otra alternativa.

—Era demasiado grande para una persona sola.

Sir Frank la creía bien situada económicamente, y ella prefería que siguiera creyéndolo.

—Si no querías vivir allí, nosotros podríamos haberte facilitado un chalé, está a sólo una hora de trayecto de Auckland. No te habría costado mucho ir al trabajo…

—Puede que ya no tenga trabajo cuando el jefe nuevo asuma su puesto —dijo Regan apretando el volante al recordar la auditoría que iba a hacerse en la empresa antes de que se firmara la compra.

—No te preocupes por eso, Wade sabe juzgar a la gente; es duro y exigente, pero también es justo y es un hombre de honor. Examinará tu expediente y se dará cuenta de que estás en el puesto que estás

porque vales.

Regan no conocía al prometido de Carolyn, un hombre de negocios de Auckland con relaciones a nivel internacional, pero Sir Frank le había asegurado que Joshua Wade era muy respetado en el mundo de las finanzas.

—Fred me ha dicho que eres una de las mejores asistentes jurídicas que ha tenido nunca, meticulosa hasta el máximo. En su opinión, tienes muchas posibilidades...

A Sir Frank le había disgustado que Regan dejara la carrera, aunque se había conformado porque lo achacaba a la pena provocada por la muerte de Michael. Entre tanto, se contentaba con que Fred Stevenson tuviera a Regan trabajando a tiempo completo en la oficina.

—Fred casi se enfadó conmigo cuando le dije que te necesitaba unas semanas —continuó Sir Frank—. Pero yo le recordé que era uno de los privilegios de mi rango, y como ya me quedaba poco tiempo en el puesto...

—Le ofrecí que me lo quitara de las vacaciones... —comenzó a decir Regan.

—Tonterías. No podemos permitir que tú pagues por el privilegio de ayudarnos —protestó él—. Además, ofreciste trabajar en la oficina de Palm Cove en tu tiempo libre, así que eso arreglará la situación en los libros.

Regan albergaba esa esperanza.

—¡Ah, casa James!

Casi habían llegado a la reserva natural en la punta del promontorio, donde el camino se bifurcaba: una carretera que conducía al aparcamiento de la reserva y otra que llegaba hasta las puertas de la enorme valla de piedra que rodeaba Palm Cove.

—Impresionante, ¿verdad? Michael nunca te trajo aquí, ¿verdad?

Regan negó con la cabeza.

—No, aunque he visto los folletos publicitarios y los anuncios en los periódicos.

Michael se había cuidado mucho de que ella se mantuviera alejada de todo lo que tuviera que ver con su trabajo en Palm Cove.

Tras cruzar las puertas de la valla, recorrieron una carretera flanqueada por enormes árboles hasta llegar a una casa de madera de dos pisos pintada de blanco. Un porche rodeaba la casa y en el porche

había una mujer mayor de aspecto elegante y amable. Alrededor de la casa, plantas salpicaban un jardín inmenso. La parte posterior de la casa tenía vistas al mar. En la parte delantera, florecían rosas tardías.

Regan paró el coche donde Sir Frank le indicó, a un lado de la casa, delante de un garaje de seis puertas que debía de haber sido un establo en el pasado.

Estiró las piernas al salir del coche, contenta de haberse puesto una falda que no se arrugaba con la fresca blusa de verano color verde. Pero cuando fue a sacar las maletas del coche, Sir Frank la hizo apartarse.

—Beatson las recogerá y meterá el coche en el garaje. El es el que se encarga de todo, y también hace de chofer cuando es necesario.

Regan estaba mirando algo detrás de la casa.

—¿Un mirador en una isla?

Sir Frank rió al ver la expresión de sorpresa de Regan.

—Fue idea de Hazel, le pareció un lugar romántico para almorzar al aire libre. Tuvo que hacer una gran obra para cavar el lago y desviar el río. Bueno, ¿qué te parece si voy a dar la noticia de tu llegada mientras tú te das un paseo por el jardín?

Como Regan prefería no estar presente cuando Sir Frank le diera la noticia a su cuñada, aceptó la sugerencia de buena gana.

El pequeño lago ovalado era una maravilla de la ingeniería. Se subió al muelle, donde había amarradas dos barcas a remos.

El caliente sol de principios de la tarde le daba de lleno en la desprotegida cabeza, y Regan caminó por el espeso césped hasta la fresca sombra de una arboleda que había a un lado de la casa. Los arbustos bajo los árboles, algunos de hoja caduca y otros de hoja perenne, eran una mezcla de plantas exóticas y otras oriundas del lugar. Regan recogió una hoja del suelo y, perezosamente, se volvió para ver la casa desde allí.

Un movimiento en una de las ventanas del piso inferior llamó su atención: la silueta de un hombre hablando por teléfono mientras se paseaba de lado a lado de la ventana. Estaba a cien metros de distancia por lo menos, pero pudo ver que vestía traje y que era alto y moreno. Cuando el hombre se paró en medio de la ventana y alzó el rostro para mirar los papeles que tenía en la mano, ella pudo verle el rostro.

El pánico le heló la sangre.

¡Adam!

El la vio en el momento justo en que ella lo reconoció y, durante un momento, ambos se quedaron inmóviles, mirándose fijamente el uno al otro.

El se asomó a la ventana y Regan comenzó a retroceder, adentrándose en la arboleda mientras rezaba por que no se hubiera dado cuenta de quién era. Con aquella falda, con la blusa de manga corta y los zapatos planos, estaba muy lejos de parecerse a la sofisticada Eve con quien había compartido la cama una noche. Quizá no la hubiera reconocido.

Con el teléfono aún pegado al oído, él gritó:

—¡Eh,tú!

Regan se puso rígida. Continuó retrocediendo. No, no podía ocurrirle eso.

—¡Eh, no te vayas!

Para horror de Regan, él tiró el teléfono y sacó una pierna por la ventana.

—¿Eve?

«¡Oh, Dios mío!».

—¿Eve, eres tú?

Ya estaba en el porche, bajando los escalones.

Regan dio media vuelta y, sin ver por dónde iba, echó a correr en un desesperado intento de poner la mayor distancia posible entre su perseguidor y ella.

Por suerte, Regan era lo suficientemente menuda para poder ocultarse tras cualquier arbusto. Pero mientras penetraba en la arboleda, pudo oír las pisadas de él a su espalda, encaminándose en su dirección.

Cuando casi se dio de bruces contra el tronco de un árbol, se dejó guiar por el instinto y empezó a encaramarse por las ramas hasta quedar oculta de la vista desde el suelo.

—Eve, maldita sea, contesta. ¿Eres tú?

Para desgracia de Regan, él se detuvo casi directamente a sus pies, respirando pesadamente.

—¡Demonios! —murmuró él para sí mismo—. Escucha, quienquiera que seas, te prometo que no te pasará nada. Vamos, sal de donde estés escondida, no voy a hacerte nada.

El guardó silencio hasta que lo rompió el estridente sonido de un

teléfono móvil. Se oyó una furiosa maldición mientras él se sacaba el teléfono del bolsillo de la chaqueta.

—¡Sí! ¿Qué...? No, dejé el teléfono un momento... No, no, claro que no... Sí, tienes razón, tenemos que arreglar eso ahora mismo... —los ojos de Regan, hipnotizados por la presencia de Adam, lo siguieron mientras éste empezaba a volver sobre sus pasos—. Lo siento, volveremos a revisar la cláusula punto por punto…

Regan permaneció inmóvil un rato más después de que él se alejara. Cuando estuvo segura de que estaba a salvo, empezó a descender por el árbol, con más cuidado que con el que había subido.

Plantó los pies en el suelo con un gruñido de alivio y se agachó para quitarse de las ropas las hojas y las ramas que se le habían quedado pegadas. Estaba sacudiéndose la blusa cuando sintió un escalofrío. Al momento, se dio la vuelta temblando.

Un desgarbado y delgado joven con el cabello color paja y gafas de montura metálica la estaba observando.

Nerviosa, Regan se retiró el cabello del rostro y sonrió.

—Hola. ¿De dónde has salido?

El adolescente no sonrió, su mirada era sumamente intensa.

—Hola.

—¿Vives aquí?

El se sacó las manos de los bolsillos de los pantalones cortos y se encogió de hombros.

—No.

El niño se le quedó mirando las arañadas piernas.

—¿Qué estabas haciendo en ese árbol?

—Yo... me había parecido ver un pájaro interesante —improvisó Regan.

¡Qué bajo había caído, ahora incluso mentía a un niño! Aunque a juzgar por la voz quebrada, ya no debía de ser un niño, sino un adolescente.

—¿Qué clase de pájaro?

—No lo sé, por eso quería verlo más de cerca —Regan esbozó otra sonrisa.

—¿No te has dado cuenta de que te estaban llamando?

—No. ¿Me estaban llamando? —preguntó ella con toda inocencia —. Debo de ser dura de oído. ¿Quién me llamaba...? ¿Lo sabes?

Necesitaba tiempo para pensar, para esbozar un plan que la sacara

de aquel apuro.

Los ojos castaños, inocentes, le devolvieron la mirada.

—¿Pequeño o grande?

—¿Qué?

—¿Que si el pájaro que has visto era pequeño o grande?

—Grande —respondió ella con firmeza.

—¿De qué color era?

—Marrón... supongo.

—¿Marrón claro o marrón oscuro?

—Las dos cosas —contestó Regan a la desesperada—. Con manchas.

—¿Estaba volando o estaba encaramado en una rama?

—Estaba volando y se posó en el árbol —respondió ella apretando los dientes.

—¿De qué color tenía las patas?

Regan se lo quedó mirando con expresión incrédula.

—¿Quién crees que soy, James Bond? —bromeó Regan.

—¿Te refieres al ornitólogo o al espía que se llama como el ornitólogo? —respondió el niño.

Y, de repente, Regan se dio cuenta de que aquel desgarbado adolescente era engañosamente inocente.

Regan se cruzó de brazos con gesto defensivo.

—Me sorprende que un chico de tu edad sepa de dónde sacó Ian Fleming el nombre para su personaje.

—Leo mucho.

—Yo, a tu edad, también; aunque no me dejaban leer a Ian Fleming —dijo ella irónicamente.

—¿Cuántos años crees que tengo?

—¿Quieres jugar a las adivinanzas? —Regan suspiró—. Está bien, catorce.

Había añadido un año a su suposición para no herirle el orgullo.

—Quince —le corrigió él de mala gana.

—Oh... bueno... En fin, mi madre pensaba que la Biblia era el único libro digno de leerse, las novelas estaban prohibidas en mi casa.

El delgado rostro del chico cobró una expresión de horror.

—¿No te dejaban leer ficción?

Regan se encogió de hombros.

—En casa, no. Pero tenía unos cuantos libros en mi cajetín del

vestuario en el colegio.
—¡Eso es censura! Deberías haberle dicho a tu madre que no podía violar tus derechos —dijo él, demostrando ser un chico de una generación moderna—. A mí me está permitido leer lo que me plazca.
—Qué suerte tienes. Supongo que tu madre es muy liberal, ¿no?
—No lo sé. Clare vive en América. Mis padres se divorciaron cuando yo nací y me quedé a vivir con mi padre.
—Oh, lo siento.
—¿Por qué?
A Regan le costó contestar un momento.
—Bueno… siento que no tuvieras una madre cuando eras pequeño.
—¿Por qué? ¿No crees que los hombres solos pueden cuidar a los niños tan bien como las mujeres solas?
Regan alzó los ojos al cielo. Tenía la sensación de que aquel desgarbado adolescente podía ganarle en un debate.
—Oye, lo siento, pero tengo que marcharme.
No podía creer el tiempo que había estado charlando con ese chico cuando sabía que Adam estaba por allí. Tenía que averiguar qué hacía en aquel lugar y si le iba a resultar posible evitarlo. Si había ido sólo de visita, podía esconderse hasta que él se marchara.
—Sir Frank y la señora Harriman deben de estar preocupados por mi ausencia —añadió Regan mirando a su alrededor.
—La casa está hacia allá —el chico se sacó una mano del bolsillo y señaló hacia el hombro izquierdo de Regan.
—Gracias.
—Hasta la vista —respondió el chico lacónicamente.
Ella volvió la cabeza.
—¿Piensas que vas a verme?
—Probablemente —el chico se encogió de hombros—. Soy Ryan.
A Regan le sorprendió que le hiciera el honor de decirle su nombre.
—Yo soy Regan. He venido aquí para ayudar a preparar la boda de la nieta de la señora Harriman.
Algo cambió en la expresión de Ryan, pero no dijo nada. Regan hizo un gesto de despedida con la mano y se marchó.
Cinco minutos más tarde, estaba saludando a Hazel Harriman en el cuarto de estar, en la parte delantera de la casa, y disculpándose

por el estado de sus manos.

—¡Dios mío, hija, parece como si te hubieran arañado los gatos! —exclamó Sir Frank, después de que Regan contase que se había salido del camino y que se había caído entre unos arbustos.

—Frank, no la pongas en vergüenza —dijo la alta, delgada y elegantemente vestida mujer que estaba en el sofá victoriano.

Tenía la pierna derecha con el tobillo vendado en una banqueta, y el brazo izquierdo lo tenía escayolado desde la mano hasta el codo. Había una muleta apoyada en un brazo del sofá y una revista de novias encima de la mesa de centro de madera de caoba, donde también se encontraban los restos del té.

La mujer sonrió a Regan.

—No le hagas caso, querida. He diseñado estos campos de tal manera que inciten a la gente a explorar, no a quedarse quietos mirando. Vamos, siéntate. Le pediré a la señora Beatson que te traiga un refresco o un té, lo que prefieras.

—Té, gracias —respondió Sir Frank—. Y pastas de nata y un poco de mermelada de kiwi de ésa que haces tú.

Su cuñada le lanzó una mirada de reproche.

—Té y unas galletas sencillas es lo único que Alice te va a dar —respondió Hazel con firmeza—. El médico le ha enviado tu dieta.

—Creo que me he manchado la falda de resina —dijo Regan, rechazando la invitación a sentarse en el sillón de tapicería color crema—. Quizá sería mejor que fuera a cambiarme...

—Por supuesto, y quizá también quieras darte una ducha bien caliente. ¿Por qué no vas a decirle a Alice que te enseñe tu habitación? Aunque te ruego que nos perdones si la cama aún no está hecha, no esperábamos un huésped más —Hazel lanzó una significativa mirada a su cuñado.

—Lo siento. Créame que la comprendo, señora Harriman. No quiero ser una molestia, así que yo misma podría hacerme la cama si alguien me dice dónde están las sábanas —dijo Regan.

Era evidente que la generosidad de Sir Frank había sido bien recibida, pero Hazel Harriman le estaba recordando que no le gustaba que se entrometieran en su vida.

La sonrisa en esos ojos castaños mostró una auténtica amabilidad.

—Regan, perdona, ahora soy yo quien ha sido una grosera; lo que pasa es que no he podido resistir la tentación de meterme con Frank.

No tienes por qué sentirte mal, sé exactamente cómo es mi cuñado. Debe haberte dado la noticia con la misma antelación que me la ha dado a mí. Frank dice que yo soy autoritaria, pero él no debe de haberse mirado nunca a sí mismo.

—¡Bobadas! —protestó Sir Frank.

—Y Regan, por favor, llámame Hazel y tutéame —continuó la mujer—. Como vamos a trabajar juntas durante las próximas semanas, necesitamos sentirnos cómodas la una con la otra. Por mucho que me cueste admitirlo, necesito tu ayuda: soy zurda y tengo una lista interminable de invitados a los que mandar invitaciones de boda. Y Carolyn está tan nerviosa que, por el momento, le resulta imposible concentrarse en nada.

Regan sintió un gran alivio. Ahora al menos, no tenía que preocuparse de estar molestando a su anfitriona. Ya tenía suficientes problemas con la presencia de Adam por la zona.

—Bueno, ve y dile a Alice que te enseñe tu habitación —añadió Hazel—. Después, que te enseñe la casa para que sepas dónde está todo. Dejaremos para más tarde la charla entre tú y yo. Entre tanto, yo me encargaré de los preparativos de la cena con Alice, ya que contamos con dos invitados más de lo que creíamos.

¡Dios bendito! ¿Estaba Adam también invitado a cenar?

—¿No has dicho que no esperabas más invitados? —preguntó Regan bruscamente—. ¿Quieres decir que tienes algún invitado más, además de mí?

Regan contuvo la respiración hasta que Hazel sacudió la cabeza, sus suaves rizos rubios se movieron.

—No, no tengo invitados que se queden aquí. Con lo de invitados me refería a que Carolyn ha decidido dar una especie de fiesta íntima esta noche. Te vendrá bien conocer a alguna gente de por aquí. Además, recibimos bastantes visitas durante el día. Joshua Wade está hospedado en Palm Court, y viene regularmente a visitar a Carolyn; también está Christopher, el hermano de Joshua.

Más tarde, en su habitación, Regan se preguntó por qué Hazel había intercambiado una mirada tan incómoda al mencionar a Christopher Wade para, inmediatamente, cambiar de tema con el fin de abortar cualquier pregunta sobre aquel sujeto. ¿Era el hermano del novio un problema? ¿Podía tratarse de Adam?

De ser así, no se tropezó con él cuando la estoica Alice Beatson le

dio un paseo por la casa. La habitación en la que había visto a Adam resultó ser una biblioteca, y la cena fue íntima, de cuatro personas. Carolyn se mostró simpática cuando las presentaron, pero se puso algo nerviosa cuando se enteró del propósito de la visita de Regan. Bajo la superficial sofisticación que confería el dinero heredado, parecía demasiado joven para tener ya veinticuatro años. Carolyn tenía una figura preciosa y cabello rubio, y le brillaban los ojos castaños cada vez que mencionaba a Joshua, a quien llamaba «querido Jay», y a las demás personas que iban a acudir a la casa aquella noche.

Un gran porcentaje de ellas eran hombres. Cuando Regan se unió a la fiesta, su ánimo era fatalista. Ahora que se había calmado un poco, supuso que verse frente a frente con Adam sería incómodo, pero no el fin del mundo. Además, Adam era un sofisticado hombre de mundo, y Regan no creía que fuera a ponerla en evidencia.

La pequeña fiesta resultó ser bastante grande. Después de que Hazel la presentara a distintos grupos de amigos, Regan se relajó entre los invitados y tuvo la suficiente confianza en sí misma como para tomar un vaso de ponche sin alcohol. Con la falda negra y la blusa de seda blanca, sabía que iba vestida con más discreción que la mayoría de las jóvenes allí presentes. Lo había hecho intencionadamente.

—Hola, cielo, eres nueva por aquí, ¿verdad? —al apartarse del cuenco con ponche, se vio acosada por un hombre joven y guapo, de pelo negro y unos ojos azules de ensueño—. No puedes ser amiga de Caro; de ser así, nos habríamos visto ya. ¿Eres de por aquí?

—Soy Regan Frances. Estoy hospedada en esta casa —así era como Hazel la había presentado.

—¿En serio? ¡Me alegro! Yo me llamo Chris.

Regan se detuvo delante de la puerta que daba al mirador de cristales.

—¿Christopher Wade?

Él arqueó las cejas.

—Vaya, ya veo que soy famoso. ¿Qué has oído sobre mí? ¿Que soy un hombre brillante? ¿Que tengo ingenio y que soy guapo? Pues es verdad, te lo aseguro.

Ella se echó a reír.

—Sí, ya lo veo.

—Me alegra —él sonrió traviesamente y continuó charlando.

Regan se estaba divirtiendo tanto con aquel hombre que, hasta que no lo tuvo delante de los ojos, no vio el brazo que sujetaba un vaso lleno de ponche.

—Tiene el vaso vacío, señora Frances, tome éste. Mi hermano está tan ocupado coqueteando con usted que se ha olvidado de sus obligaciones de caballero.

Regan no se quedó mirando el vaso, sino los gemelos de la camisa: gemelos de oro con incrustaciones de jade de Nueva Zelanda. Por fin, clavó los ojos en aquellos grises.

—¿Su... su hermano? —balbuceó ella.

El sabía cómo se llamaba, debía haber hecho indagaciones. Sabía quién era.

La sonrisa fue letalmente fría. Por fin, Regan vio a Carolyn, agarrada del brazo de él. Al momento, se quedó perpleja.

Propietario de una empresa y bastante mayor que Carolyn. Muy respetado en los círculos financieros, lo que significaba que era millonario...

Jay... J.A... Joshua Adam.

Joshua Adam Wade.

¡Cielos, se había acostado con el prometido de la sobrina nieta de su jefe! ¡E iba a preparar su boda!

## Capítulo 6

—¿Cuánto tiempo lleváis prometidos? —preguntó Regan con voz estridente mientras bebía ponche.

—Casi dos meses —respondió Carolyn mirando con adoración al hombre que tenía a su lado—. Nos prometimos la segunda semana de febrero, ¿verdad, Jay, cariño? ¡El día de San Valentín!

Regan se atragantó con el ponche. Eso fue sólo dos días después de su encuentro con Adam.

—Lo siento, creo que me he atragantado con la fruta del ponche —dijo ella mientras Chris le daba unas palmadas en la espalda.

¡Al menos, Joshua no estaba prometido cuando le pidió a Derek que le enviara a una de sus chicas para entretenerse!

Pero si ya tenía una relación con Carolyn, ¿por qué no había acudido a ella para satisfacer su libido en vez de procurarse una desconocida? ¿O pertenecía a esa clase de hombres machistas que dividían a las mujeres en dos categorías: las que eran para acostarse y las que eran para casarse?

No, no podía ser eso. A juzgar por las enrojecidas mejillas de la rubia y la forma en que apoyaba el pecho en el costado de Joshua, Regan estaba convencida de que, a pesar de su aspecto inocente, Carolyn no era virgen. Además, Joshua era suficientemente inteligente como para no utilizar esa burda y trasnochada clasificación.

Cuando se atrevió a mirarlo a la cara, le sorprendió ver desdén en sus ojos. Regan enderezó los hombros y alzó la barbilla, rechazando el gesto de desprecio. ¿Acaso pensaba que había ido allí porque esperaba verlo? Sus ojos violeta lo miraron burlones. Como esposa traicionada que había sido, odiaba que él la hiciera sentirse «la otra».

—¿Ya estás mejor? —le preguntó Chris, frotándole la espalda.

Las aletas de Joshua se movieron al mirar a su hermano.

—¿Está acostumbrada a que hombres que acaba de conocer la mimen tanto, señora Frances? —preguntó Joshua en tono socarrón, un tono que la acusaba de tener la costumbre de permitir que se tomaran con ella todo tipo de libertades.

A Regan le tembló la mano con la que sujetaba el vaso, incluso a Carolyn le sorprendió la ferocidad de la sonrisa de su prometido.

Los ojos de Chris echaron chispas.

—Se llama Regan.

—Sé cómo se llama —respondió Joshua siguiendo su tono burlón—. La señora Frances y yo somos viejos conocidos.

¡Viejos enemigos!, pensó Regan apretando los labios.

—Sí, así es —dijo ella sonriendo—. Pero a pesar de lo que quiere que deduzcas tras esas palabras de «viejos conocidos», Chris, el señor Wade sabe perfectamente que no estoy casada, mi marido falleció hace casi un año.

—Diez meses para ser exactos, si la memoria no me falla —dijo Joshua antes de mirarla de arriba abajo—. Y por la ropa, deduzco que aún no sabe si está de luto o no.

Carolyn lanzó una nerviosa carcajada; entre tanto, Regan se debatió entre tirarle la copa de ponche a la cara o no hacerlo. ¿Acaso no se daba cuenta de que una hostilidad tan palpable podía dar lugar a las habladurías?

—¡Dios mío, cómo es posible que te hayas vuelto tan insensible! —exclamó Chris, poniéndole a Regan el brazo por los hombros con gesto protector—. Tú precisamente deberías evitar molestar a alguien que ha pasado por una tragedia en su vida.

Después, Chris se volvió a Regan y le dijo en voz baja:

—Creo que deberías saber que mis padres, el padre de Joshua y su madrastra, murieron en un incendio en nuestra casa cuando Joshua tenía diecisiete años. El sufrió graves quemaduras al salvarnos a mi hermana y a mí, y luego tuvo que abandonar su carrera para luchar por nuestra custodia contra los buitres de los parientes y socios de nuestros padres que querían meterle mano a nuestra herencia. Supongo que eso le hace creer que tiene el monopolio del sufrimiento y que nadie más que él ha sufrido...

—No te he pedido que te disculpes en mi nombre —le dijo Joshua a su hermano—. No tienes por qué dar detalles de mi vida personal...

—No me estaba disculpando por ti, puedes hacerlo tú mismo —le espetó Chris—. Lo que quería era que vieras lo mal que sienta que se viole la vida privada de uno en público. Es hora de que alguien te haga a ti lo que tú haces a los demás.

Regan se dio cuenta de que no era ella el único motivo de aquella confrontación, sino más bien la excusa.

Los músculos de la mandíbula de Joshua se tensaron.

—Cállate, Chris.

—¿Por qué? ¿Me vas a quitar mis rentas? Ya no soy un niño al que se le puede sobornar para que lleve la vida que tú le ordenas. Soy diez años mayor de lo que tú eras cuando tomaste las riendas de la empresa de nuestro padre. Soy doctor, amigo mío, y me gano la vida sin ayuda de nadie.

¿Doctor? Regan no habría imaginado que ese joven con su traje de diseño de color blanco fuera otra cosa que un frívolo playboy.

—He dicho que te calles. Este no es el momento ni el lugar para esta discusión.

Chris alzó las manos en un gesto de desdeñosa rendición.

—Muy bien, hermano, lo que tú digas. Al fin y al cabo, tú eres el jefe. El cabeza de familia. El hombre que toma decisiones en nombre de los demás; aunque, por supuesto, por nuestro propio bien. Y da por sentado que todos seguiremos sus planes...

—¡Calla, Chris! —sorprendentemente, fue Carolyn quien interrumpió esta vez. Los ojos le brillaban demasiado y los labios le temblaban—. Se supone que esto es una fiesta, y quiero que todo el mundo esté contento y lo pase bien. Por favor, no me estropeéis la noche...

Muy efectiva, pensó Regan. Se preguntó si Carolyn ensayaba delante del espejo.

—Creo que Regan y yo vamos a ir a dar un paseo fuera —dijo Chris tomándole la mano sin pedirle permiso—. O puede que la lleve al lago para enseñarle el mirador a la luz de la luna.

Regan se dio cuenta de que no era sólo Joshua quien hacía lo que quería en su familia. Sabía que, hubiera lo que hubiese entre ellos, ella no quería verse involucrada.

Regan se soltó de la mano de él.

—Gracias, pero me mareo en las barcas.

Se hizo un breve silencio, que Joshua rompió.

—Estoy seguro de que el buen doctor podrá darte la medicina adecuada para evitar que vomites.

Regan apretó los dientes. Si creía que iba a poder arrojarla a los brazos de Chris para así contener la amenaza que ella representaba, estaba muy equivocado.

—Prefiero mantener el equilibrio sin necesidad de recurrir a los productos químicos.

—¿En serio? —Joshua arqueó las cejas con gesto de incredulidad, y

Regan hizo lo posible por no sonrojarse al verse obligada a recordar el alcohol que ingirió la noche que pasaron juntos haciendo el amor durante horas y horas...

Perdió la batalla contra la oleada de calor que la invadió.

—Este lago es muy tranquilo —protestó Chris—. Además, sólo lleva unos minutos cruzarlo hasta el mirador.

—Vamos, Chris, déjala —Carolyn, inesperadamente, acudió en ayuda de Regan—. ¿Es que no ves que, educadamente, está rechazando tu sugerencia?

—Y lo estaba consiguiendo, así que no veo por qué has tenido que meterte tú en esto —le espetó Chris.

—En ese caso, ¿por qué no aceptas sus disculpas y la dejas en paz?

—Porque estaba dispuesta a que la persuadieran. A algunas mujeres les gusta que los hombres les insistan.

Carolyn dejó de apoyarse en el brazo de Joshua y se plantó las manos en las caderas.

—Eso depende de qué hombres. Yo diría que un hombre de verdad es aquél que está dispuesto a aceptar que una mujer dice en serio lo que dice —respondió Carolyn.

Regan tuvo que revisar su opinión sobre la joven.

Carolyn echó la cabeza hacia atrás, su largo cabello brillándole sobre los hombros.

—Además, tú no quieres remar hasta el mirador, lo que quieres es molestarnos a Jay y a mí...

El guapo rostro de Chris se oscureció.

—No pretendas saber lo que intentaba hacer...

—Quizá seáis vosotros dos los que debierais salir fuera a dar un paseo —murmuró Joshua, pero ni Carolyn ni Chris parecieron oírle, ya que continuaron discutiendo.

Por fin, Joshua se dirigió a Regan, aislándola de los otros dos.

—Hace un rato, al entrar aquí y saludarle, Frank me ha sugerido que viniera a saludarte ya que, al parecer, vas a pasar algún tiempo en la oficina de Palm Cove, donde voy a estar yo también para familiarizarme con el trabajo aquí. Así que... dime, ¿cómo es que una universitaria que ha dejado los estudios sin acabar la carrera tiene un puesto de trabajo tan bueno en el departamento jurídico de la empresa?

—No me he acostado con nadie para conseguirlo, si es eso lo que

estás insinuando —le espetó ella.

Regan contuvo la respiración cuando el jade de los gemelos brilló.

—¿Qué te pasa? Ah, ya veo, te gustan mis gemelos, ¿verdad? Y según mis averiguaciones, son únicos.

¿Averiguaciones? A Regan se le erizó el vello de la piel.

—También es único el hecho de que me los regalara una mujer —murmuró él— A excepción de mis hermanas, las mujeres casi nunca me hacen regalos, y mucho menos joyas caras. Como hombre acomodado, se espera de mí que dé, no que reciba.

¿Acaso no tenía vergüenza?

—¿Cómo tienes el descaro de llevarlos puestos acompañado de Carolyn? No lo comprendo —susurró ella con enfado.

Joshua se encogió de hombros; aparentemente, no le preocupaba la proximidad de su prometida.

—No me conoces, ¿verdad? No conseguí mantener mi familia unida y librarme de los buitres que casi destrozaron la empresa de mi padre siendo amable e inocente. Esta noche, se me estaba haciendo tarde y me he vestido a toda prisa, así que he agarrado lo primero que tenía a mano...

A pesar de su lógica, Regan no le creyó del todo.

—Sabías que cabía la posibilidad de que yo estuviera aquí esta noche —le acusó ella.

El la miró con cinismo.

—Digamos que me parecía demasiada coincidencia que me estuvieras espiando; sobre todo, teniendo en cuenta que no querías hablar conmigo.

—¡No te estaba espiando! Estaba dando un paseo por el jardín, nada más. Si crees que me he alegrado de verte, estás completamente equivocado.

Joshua apretó los labios.

—¿Y por qué saliste corriendo? Es la segunda vez que desapareces; pero ahora que sé quién y qué eres, y no te va a resultar tan fácil volver a esquivarme. Estoy seguro de que Frank me dará más información si muestro interés por su protegida. Según me ha dicho, eres una pariente lejana.

—Sí. Y cuando tú te cases con Carolyn, también seré pariente tuya —observó ella para hacerle daño.

Ignorando el comentario, Joshua indicó el vaso que Regan tenía

en la mano.

—Ya no te queda ponche. ¿Vamos al bar? —le puso una mano en el codo y luego volvió la cabeza para dirigirse a su novia y a su hermano—. Regan y yo vamos al bar a por otra copa. Carolyn, ¿quieres que te traiga algo?

—Agua o ponche —respondió Chris.

Carolyn le lanzó una furiosa mirada antes de volverse a Joshua con una radiante sonrisa.

—Preferiría una copa de champán.

—¡Típico de ti! Está bien, bebe champán, piensa en ti antes que en nadie, como siempre has hecho, y...

—Creo que deberías tomar algo que no tenga alcohol —intervino Joshua.

En lo que al alcohol se refería, los dos hermanos estaban sorprendentemente de acuerdo, pensó Regan. Miró a Carolyn con curiosidad, preguntándose si tendría tendencia a la adición.

—Está bien, Jay, cariño; si no quieres que beba más...

—No hace falta que exageres tanto —le espetó Chris, lo que dio pie a que reanudaran su discusión.

Al momento, Regan sintió más presión en el codo y se vio puesta en movimiento.

—No quiero beber más —protestó Regan, arrastrando los pies mientras él la guiaba entre los invitados.

—Pues hazme compañía.

Regan trató de volver la cabeza.

—¿No tienes miedo de dejarlos solos sin un arbitro? Podrían acabar matándose.

Una cínica sonrisa apareció en el rostro de Joshua.

—No te preocupes.

Joshua no parecía preocupado. Era una estupidez pensar que pudiera permitirle a alguien que le arrebatara algo.

Por eso, para Regan, era imperativo acceder a los libros de contabilidad de Palm Cove antes de que lo hicieran los auditores de Joshua. Malo era que Michael hubiera robado a su jefe, pero Regan no estaba dispuesta a permitir que la tacharan de ladrona si la descubrían tratando de devolver el dinero que su difunto esposo había robado.

Había creído a Cindy cuando ésta, entre sollozos, le dijo que no

sabía nada del dinero sustraído. Cindy había ayudado a Michael a engañarla a ella, pero no sabía cómo él conseguía el dinero para mantener una doble vida. Se mostró horrorizada cuando, unas semanas atrás, descubrió la evidencia de las actividades delictivas de Michael a la par que una cantidad de dinero en metálico escondida en el garaje. Temiendo las consecuencias que ello podía acarrearles a ella y a su hijo si acudía a la policía, decidió fiarse de la generosidad de la esposa de Michael, que sabía de leyes y que, casi seguro, no querría verse envuelta en un escándalo, como tampoco querría condenar al hijo de su marido a vivir con la vergüenza de la falta de honestidad de su padre durante el resto de su vida.

El hijo que debería haber sido de ella…

Regan estaba profundamente avergonzada de la forma en que Michael había abusado de la confianza de Sir Frank, y estaba decidida a que no lo descubriera nunca. Además del dinero que Cindy había encontrado escondido en el garaje, Regan había tenido que vender todo lo que poseía para poder reponer el dinero sustraído. Ahora, lo único que necesitaba era el momento y la oportunidad para poner su plan en marcha.

—¡Esto no es el bar! —protestó ella cuando Joshua abrió una puerta y la obligó a entrar en una habitación.

Había una lámpara encima de un escritorio, sillones de cuero y estanterías cubriendo todas las paredes de la biblioteca.

Regan se dio la vuelta cuando Joshua se recostó en la puerta cerrada.

—¿Qué es lo que te propones?

—Me ha parecido que te gustaría hablar en privado.

—Pues te equivocas. No tenemos nada de que hablar.

—Quien se equivoca eres tú. Tenemos muchas cosas que aclarar —Joshua se cruzó de brazos—. En primer lugar, será mejor que dejes de coquetear con mi hermano.

Regan se quedó boquiabierta.

—¡Yo no he coqueteado con tu hermano!

—Claro que sí, te he visto inclinarte sobre él mientras hablabas. Y también me he fijado en cómo lo mirabas.

—Estábamos hablando, nada más. Y si me he inclinado sobre él, era porque no podía oírle con la música. Además, no sabía que fuera tu hermano…

—Que no lo supieras no me sirve de nada. Bueno, ya te lo he advertido, mantente alejada de Chris. Y en segundo lugar… ¿Cuánto?

—¿Qué?

—¿Qué cuánto dinero quieres por mantener la boca cerrada?

—¡No sé de qué estás hablando! Además de insultarme, me…

—Te aseguro que no va a valerte de nada hacerte la tonta conmigo. Eres muy lista, tal y como Frank me ha dicho. Sí, una verdadera oportunista. Bueno, ya está bien, ¿cuánto?

—¿Crees que he venido aquí para chantajearte? —preguntó ella, furiosa.

—Es una suposición lógica. Descubriste quién era yo y con quién estaba prometido, y pensaste que estabas en situación perfecta para destruir mi boda a menos que accediera a pagar tu silencio.

—¡Tienes una imaginación calenturienta! —le espetó ella—. Supongo que también crees que empujé a Hazel colina abajo para que me invitaran a venir aquí…

Joshua ladeó la cabeza y la luz iluminó las cicatrices de su garganta.

—Sabes muy bien la imaginación que puedo llegar a tener, Eve —comentó Joshua en tono burlón—. Pero no, no creo que tú empujaras a Hazel. Como ya he dicho, eres una oportunista, te has limitado a aprovecharte de las circunstancias.

—Bien, siento decepcionarte, pero te aseguro que, hasta hace unas horas, no tenía idea de quién eras. Y ahora que lo sé, también te aseguro que me importa un bledo. No tengo ningún interés en ti, ni como Adam ni como Joshua Wade.

Para enfado de Regan, él sonrió maliciosamente.

—En aquel apartamento, te interesaba todo sobre mí.

—¡Siempre hago lo mismo con mis citas de una noche!

—Debes de llevar una vida social muy intensa… y muy cara —Joshua descruzó los brazos y se ajustó los puños de la camisa con los gemelos—. Me dejaste un regalo encima de la almohada, pero no aceptaste el mío. ¿Querías humillarme?

—¡Oh, pobrecillo! ¿Te sentiste humillado? —preguntó ella con sorna.

—Si quieres que te diga la verdad, me gustó el gesto —Joshua se apartó de la puerta y se acercó a ella—. ¿No te gustaba la pulsera? Sé que la viste mientras me duchaba.

Si era una suposición, la forma temblorosa en que ella retrocedió debió confirmarla. Los labios de Joshua esbozaron una breve sonrisa triunfal.

—Verás, ése es mi problema. Lo que hiciste no encaja con la imagen de ambiciosa chantajista que tengo de ti, ¿no? Tenías al alcance de tu mano esos brillantes y te fuiste sin ellos. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te marchaste mientras yo dormía, dejando que me despertara solo? Además de otras cosas, lo que hiciste es de muy mala educación.

Regan retrocedió hasta una silla giratoria y casi se cayó encima.

—Siento haber ofendido tu sentido de la etiqueta.

—No, nada de eso. Lo que creo es que lo hiciste porque ya tenías un plan —Joshua puso las manos en la silla giratoria mientras ella se colocaba detrás—. Al fin y al cabo, ya tenías esos gemelos, ¿no?

—¿Te importaría dejar de perseguirme? —Regan no pudo evitar alzar la voz.

—Lo haré si me dices qué es lo que tramas.

—Nada, absolutamente nada. Esto no ha sido más que una desgraciada coincidencia —Regan miró la puerta.

—Ni lo sueñes, no llegarías —le advirtió Joshua.

Regan se hizo daño en la cadera con la esquina del escritorio.

—¿Cómo te atreves a tratarme de esta manera? Si no abres la puerta, la gente va a empezar a preguntarse qué estamos haciendo aquí y...

—Nadie nos ha visto entrar y, con tantos invitados, no creo que nadie nos eche de menos.

—¿Ni siquiera Carolyn? —fue entonces cuando Regan decidió que la mejor defensa era un buen ataque—. No me parece que estés en posición de criticarme. ¿Qué me dices de tu propio comportamiento? No tendrías motivos para temer un chantaje, si no hubieras hecho nada malo. ¡Acababas de acostarte conmigo cuando le propusiste a Carolyn matrimonio!

Los grises ojos de Joshua se oscurecieron.

—A Carolyn no le debía ninguna fidelidad el día que me acosté contigo —respondió él.

—¡No te hagas el tonto! —gritó Regan—. ¿Qué me dices de la fidelidad emocional? La noche que nos acostamos juntos ya debías de haber hecho planes de proponerle matrimonio.

—No, te equivocas. El día que vine aquí, no tenía idea de que iba a

volver a casarme otra vez.
—¿Otra vez? ¿Has estado casado antes?
—Tengo treinta y seis años, no es de sorprender que haya tenido una relación seria previamente, ¿no te parece?
—¿Qué pasó? ¿La dejaste cuando descubriste que se había casado contigo por dinero? —dijo ella con intencionada crueldad para eliminar la repentina melancolía que la había invadido.
Joshua esbozó una fría sonrisa.
—Sí, así es. ¡Aunque fue un divorcio caro, mereció la pena!
Regan tragó saliva. Además de los sufrimientos que Chris había mencionado, a Joshua también le habían herido en su orgullo, y quizá en el corazón.
—Debiste pasarlo mal.
—La que perdió fue ella, no yo. Ya entonces era rico, pero ahora lo soy mucho más.
—Sin embargo, el dinero no te ha comprado la felicidad —protestó Regan.
Joshua la miró a los ojos.
—¿Qué te hace pensar que estoy hablando de dinero?
—Yo... bueno... estabas diciendo que eras rico y he supuesto...
—Es peligroso hacer suposiciones cuando no se tienen muchos datos. Al parecer, es una mala costumbre tuya. En cualquier caso, en lo que sí te has equivocado es en lo de Carolyn; puedes estar segura de que no la había cortejado cuando me acosté contigo.
—¿Quieres decir que le propusiste matrimonio de forma impulsiva? ¡Pues no te creo! No me pareces un hombre que haga nada impulsivamente.
—No, no soy así. Por eso me preocupa el impulso que estoy sintiendo en este momento —murmuró Joshua serio.
Y Regan se dio cuenta de que, mientras hablaban, Joshua se le había acercado peligrosamente.
Regan se llevó una mano a la garganta.
—¿Qué impulso?
—Será mejor que no te lo diga —dijo él acariciándole la mano—. La mayoría de las mujeres se ponen joyas cuando se visten de noche, pero tú no pareces llevar ninguna.
—Soy alérgica al oro —le espetó ella, pensando que se estaba acostumbrando a mentir con demasiada facilidad.

Joshua arqueó las cejas con gesto incrédulo.

—¿Y también a los brillantes? Ni siquiera llevas reloj.

—Se me ha estropeado y no me ha dado tiempo a llevarlo a arreglar.

La puerta de la biblioteca se abrió de repente y Regan, con sentimiento de culpa, dio un respingo.

—Hola. ¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Hazel Harriman asomando la cabeza por la puerta, mirándolos a los dos con inocentes ojos castaños.

—¿Temes que nos llevemos la plata, Hazel? —bromeó Joshua.

—Pues tened cuidado, ya sabes lo que es Frank para sus adoradas primeras ediciones. Debería haber cerrado la puerta con llave si no quería que nadie entrara aquí, pero no ha querido hacerlo por miedo a ofender a sus invitados. Habría sido como decir que no se fía de ellos.

Hazel abrió más la puerta y entró en la habitación. Era la dignidad en persona con el vestido de terciopelo azul y el collar de perlas.

—¿Estabais hablando de la boda? Joshua, espero que no vayas a querer meter las narices tú también, ya tengo bastante con Frank.

—Jamás se me ocurriría. Estoy encantado de dejarlo en tus manos —respondió él—. ¿No quieres sentarte y poner la pierna en alto un rato?

—No, gracias, llevo toda la noche sentada. Me hace falta un poco de ejercicio, diga lo que diga Frank.

Joshua sonrió.

—Frank quería que Regan y yo nos conociéramos, pero resulta que ya nos conocíamos...

Los ojos de Hazel se iluminaron.

—¿En serio? ¿Cómo es eso?

Joshua abrió la boca, pero Regan no se fió de lo que fuera a decir.

—Nos habíamos visto una vez, y no fue un encuentro precisamente memorable —dijo ella rápidamente—. Por eso es por lo que no me di cuenta de quién era cuando Sir Frank mencionó el nombre del prometido de Carolyn.

—De todos modos, no sois unos perfectos desconocidos, lo que hace que todo sea más fácil —respondió Hazel contenta.

—Desde luego —dijo Joshua.

—Frank quiere que Regan se sienta como en su casa. Sé que se

siente culpable por no haber hecho más por ti cuando Michael murió…

Regan notó que Joshua escuchaba con interés.

—Hazel, Sir Frank hizo más que suficiente por nosotros en vida de Michael.

Pero no había quien hiciera callar a Hazel.

—Es una verdadera tragedia cuando alguien muere tan joven —Hazel suspiró.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

Delante de Hazel, Regan no podía negarse a satisfacer la curiosidad de Joshua, como él bien sabía.

—Un poco más de cuatro años.

—Te casaste muy joven, ¿no?

—A los veinte años —admitió ella.

—A esa edad me casé yo la primera vez —comentó él—. ¿Cuántos años tenía tu marido?

—Era cuatro años mayor que yo. ¿Cuántos años tenía tu esposa? —preguntó Regan para vengarse.

—Veinticuatro. ¿Hijos?

—No —respondió ella con voz cortante.

—¿Por mutuo acuerdo? —insistió Joshua.

—El propósito del matrimonio es ése, el mutuo acuerdo, ¿no? —le espetó ella.

Hazel frunció el ceño.

—Sí, recuerdo un día que Michael pasó por aquí con Frank después de enseñarle una casa a un posible comprador, ese día me dijo que no quería empezar a tener hijos hasta que tú y él tuvierais el futuro profesional asegurado. Además, estaba esperando a que te graduaras, Regan. Bromeando, dijo que quería una esposa de la que sentirse orgulloso, una esposa de la que poder presumir en el club de campo.

No había sido una broma; para Michael, lo más importante era la imagen, las apariencias. A pesar de que ella había querido tener un hijo, Michael se había negado en redondo.

—¿Y qué quería que hicieras tú mientras él presumía de ti en el bar del club de campo? —preguntó Joshua con extraordinaria percepción.

—Si no os importa, preferiría no seguir hablando de eso —dijo Regan mirando a Hazel, que inmediatamente acudió en su ayuda.

—Por supuesto, querida —le dijo Hazel, dándole una palmada en la mano—. No tiene sentido seguir dándole vueltas a algo que ya no tiene arreglo. Es hora de dejar de pensar en el pasado y centrarse en el futuro. Y a propósito de futuro, Joshua, ¿sabes dónde está Carolyn? Tenía que consultarle algo de la cena, pero no la he visto, aunque no me sorprende. Esa chica no me había dicho que fuera a invitar a tanta gente.

—Debe de estar con Chris en el mirador.

—Ah —Hazel se llevó las manos al collar de perlas y empezó a juguetear nerviosa con él—. No sabía que iba a venir, creí que estaba de guardia este fin de semana.

—Me parece que ha cambiado la guardia con otro. Va a pasar la noche aquí, en Palm Cove, conmigo.

—Si quieres, puedo ir a buscar a Carolyn —se ofreció Regan, aprovechando la oportunidad para escapar.

—Vamos todos —interpuso Joshua rápidamente. Al instante, puso en movimiento a las dos mujeres que lo acompañaban.

Regan iba justo delante de él y Joshua le acercó los labios al oído para susurrarle:

—Hablaba muy en serio al decirte que te mantengas alejada de mi hermano, no necesita que le animen mucho para coquetear. Te aseguro que, si buscas problemas, tendrás que vértelas conmigo.

Más tarde, cuando los invitados empezaron a marcharse, Regan buscó a su anfitriona para preguntarle si podía ayudar en algo antes de retirarse a su cuarto.

—No, en absoluto, todo está arreglado. Hemos contratado a bastante gente para que mañana por la mañana ayuden a Alice a limpiar la casa y el jardín. Y no te preocupes, no es necesario que te levantes temprano. Normalmente, los sábados desayunamos a las nueve, pero le he dicho a Alice que mañana nos sirva algo de comer a las once para poder quedarnos en la cama más tiempo.

Cuando Regan se dispuso a subir las escaleras para ir a su habitación, Chris le cortó el paso.

—Te acompañaré hasta tu habitación.

—¡No te molestes, no voy a perderme!

—No, pero podría raptarte una banda de bandidos.

—Me parece que ya estoy delante de uno —respondió Regan cínicamente al terminar de subir la escalinata.

—Deberías saber que, como médico, mi reputación es intachable.

—Pero has bebido demasiado —dijo ella al detenerse delante de la puerta de su dormitorio.

—Reconozco que es verdad —contestó él, llevándose una mano al pecho mientras, con la otra, abría la puerta del cuarto de Regan—. ¿Quieres que entre contigo y mire debajo de la cama para estar seguros de que no hay nadie escondido?

—No podría soportar que te ensuciaras el traje —dijo ella entrando en la habitación y encendiendo la luz.

—Si quieres, puedo quitármelo —Chris comenzó a desabrocharse la chaqueta.

—Buenas noches, Chris.

—Sí, márchate ahora mismo, Chris. Has llegado tan lejos como voy a permitiros que lleguéis —dijo una sombría voz a espaldas de él—. Así que date la vuelta y baja. Están sirviendo café en la terraza, será mejor que te tomes dos o tres tazas.

Chris se volvió al tiempo que lanzaba una carcajada.

—¡Sorpresa, sorpresa! Mira quién está aquí. ¿Vigilándome, querido hermano?

Joshua lo miró con calma.

—Siempre.

Chris hizo una mueca, a pesar de que se dispuso a obedecer.

—Buenas noches, Regan. ¡Cuidado con el ogro!

Confusa, Regan lo vio marcharse. Después, se volvió a Joshua.

—Bueno, buenas noches.

Le cerró la puerta en la cara, pero sólo saboreó su victoria durante unos segundos, porque entonces la puerta volvió a abrirse y Joshua entró en la habitación con furiosa arrogancia.

—¡Podrías haber llamado!

—¿Para qué? Los dos sabemos que no habrías abierto.

—Quizá porque no quería que entraras —dijo ella sarcásticamente, viendo su perfil mientras agarraba un libro que había encima de la cama—. ¿Te importaría no tocar mis cosas?

Joshua volvió el libro con cuidado, acariciándolo, demostrándole que podía tocar lo que se le antojara y cuando quisiera.

¿Incluyéndola a ella?

—Te he advertido que no coquetees con mi hermano.

—¡También dijiste que no necesitaba que le animaran! —observó

Regan—. Sabes perfectamente que no le he invitado a venir, Chris me ha seguido. A pesar de lo que Hazel te haya dicho, yo no soy más que una empleada de la empresa, así que no estoy en posición de insultar al hermano del novio el primer día que estoy aquí. Chris ha sido muy insistente, no podía deshacerme de él sin ponerme grosera. ¿Qué podía hacer?

—Ser grosera, muy grosera —Joshua se acercó a ella, le puso una mano en la garganta y el pulgar bajo la barbilla—. No me gusta que te toque, no me gusta nada...

Regan tragó saliva.

—No deberías estar aquí —murmuró Regan con voz espesa—. La puerta está abierta, cualquiera podría entrar y...

—No estamos haciendo nada malo.

Sin embargo...

Joshua le clavó los ojos en los labios. Regan abrió la boca. El bajó el rostro y le acarició la mejilla con el aliento.

—Di mi nombre.

—¿Qué?

—Quiero oírte pronunciar mi nombre.

—Joshua.

Joshua bajó más la cabeza; después, lanzó un gruñido.

—¡Maldita sea! —le plantó los labios en la frente; después, bajó las manos, se las puso en los hombros y la apartó de sí—. ¡No, no vamos a hacerlo! ¡No voy a permitir que me compliques más la vida!

Perpleja y herida, Regan trató de recuperar la compostura.

—¡Yo tampoco voy a permitir que me compliques tú la mía!

En ese momento, se oyeron unas pisadas en el pasillo y ambos volvieron la cabeza a tiempo de ver a Carolyn pasar.

—¿Carolyn? —Joshua se acercó a la puerta con la velocidad del rayo.

Carolyn se detuvo, sus ojos color miel parecían extrañamente vacíos, ni siquiera notó que su prometido salía de la habitación de otra mujer.

—¿Qué?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él con una ternura que a Regan le llegó al alma.

—No, no me encuentro bien. Estoy cansada y me voy a la cama.

—Pero los invitados aún no se han marchado...

—¡Dios mío, hablas como la abuela! —le espetó ella. Después, se llevó una mano al vientre—. No me encuentro bien, ¿vale?

—¿Tienes ganas de vomitar?

—¡Naturalmente que voy a vomitar! Voy a vomitar mañana por la mañana, cuando me levante, y me sentiré mal durante la mayor parte del día —los ojos de Carolyn se llenaron de lágrimas—. ¡Oh, Dios mío, esto es horrible! ¡Qué desastre! ¡Si hubiera justicia en el mundo, los hombres también pasaríais por esto!

Carolyn reanudó su marcha, camino a su dormitorio. Regan fue a seguirla, pero una férrea mano se lo impidió.

—No, déjala. Lo más seguro es que se tumbe en la cama y se eche a llorar, luego se sentirá mejor.

—Pero ha dicho que no se encuentra bien —Regan recordó sus anteriores sospechas—. Puede que haya bebido demasiado, en cuyo caso necesitará alguien con ella.

—No esté enferma y no está borracha.

—¿Que no está enferma? Pero...

De repente, se dio cuenta de lo que pasaba. Se quedó mirando a Joshua con incredulidad.

—¡Dios mío! —exclamó Regan con voz quebrada—. Por eso es por lo que tenéis tanta prisa por casaros, ¿verdad? Carolyn está embarazada, ¿no? ¿No?

—Sí, está embarazada. Pero Hazel no lo sabe todavía, Carolyn no quiere que lo sepa aún. Así que, por ella, prométeme que no dirás nada.

—No le hacías la corte y no le debías fidelidad, pero te acostaste con ella. ¡Eres un hipócrita, un mentiroso y un obseso sexual!

Esta vez, Regan le cerró la puerta en la cara furiosamente y luego echó la llave.

## Capítulo 7

A las once de la mañana del día siguiente, Regan tuvo la desagradable sorpresa de encontrar al hipócrita y mentiroso riendo y charlando con Hazel y Sir Frank mientras Alice Beatson le servía un plato de huevos revueltos y pastel de salmón.

—Buenos días, Regan —dijo Hazel desde la cabecera de la mesa—. ¡Mira quien ha venido para almorzar con nosotros!

Mientras Sir Frank agitaba su cuchillo lleno de mermelada a modo de saludo, Joshua se puso en pie y rodeó la mesa para sacar una silla justo frente a donde estaba sentado él.

Regan se sentó asintiendo ligeramente.

—Gracias.

—Buenos días, Regan.

—Buenos días —repitió ella apretando los dientes.

Aceptó el zumo de naranja que Alice le ofrecía y un plato con fruta y yogurt.

Después, miró a su alrededor y sonrió con sorpresa cuando la saludaron.

—Hola.

—Hola, Ryan —respondió ella—. ¿Estabas en la fiesta anoche? No te vi.

—No. El lunes empiezo los exámenes y tenía que estudiar.

Mientras se sentaba al lado del chico, Joshua levantó la cabeza.

—¿Os conocíais?

—Más o menos —contestó Regan.

Ese día, el joven se había recogido el pelo en una coleta y llevaba una camiseta marrón que aún le hacía parecer más delgado.

—Ayer nos encontramos por casualidad y cruzamos unas palabras, ¿verdad, Ryan? —con los ojos, Regan le pidió que no le contradijera.

—Sí. ¿Viste alguno más de esos pájaros? —le preguntó Ryan alzando demasiado la voz.

Sir Frank frunció el ceño.

—No es necesario que grites, chico, no estamos sordos.

—Perdón, es que creía que Regan era dura de oído —contestó Ryan con ojos inocentes tras las gafas.

¡El maldito niño!, pensó Regan, lanzándole una mirada asesina a la que él respondió con una maliciosa sonrisa mientras se metía otro

trozo de torta en la boca.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Hazel.

Ryan encogió sus delgados hombros, señalándose las hinchadas mejillas para indicar que tenía la boca llena y que no podía hablar.

—Debe de ser una confusión —dijo Regan apresuradamente—. Estábamos observando unos pájaros, por lo que hablábamos muy bajo y...

—¿Observando pájaros? —Joshua arqueó las cejas; después, miró al chico, que masticaba las tortas—. ¿Desde cuándo tienes esa afición, Ryan? Creía que el espacio cibernético era toda tu vida. En fin, supongo que la flora y la fauna nativas pueden considerarse un progreso comparado con pasarse todo el día delante de un monitor; así, al menos, te da el aire.

—No hay límites para una mente inquisitiva —observó Regan sarcásticamente—. En mi opinión, a los niños debería animárseles a encontrar interés en todo, sin limitarles e inhibirles a que quieran aprender...

Ryan se tragó lo que tenía en la boca para protestar.

—Yo no soy un niño.

—Estaba hablando en términos generales. Tanto si se tiene cinco, como quince, como cincuenta siempre se es el hijo de alguien —contestó ella diplomáticamente, metiendo la cuchara en la fruta con yogurt.

—Sí, pero yo no soy un niño. Un niño es alguien entre el momento del nacimiento y la pubertad —aclaró Ryan.

Regan recordó la discusión del día anterior.

—Según el diccionario, un niño también es el hijo de un ser humano...

—Pero no en la primera acepción de la palabra —le interrumpió Ryan obstinadamente—. Apuesto a que, si miras en el diccionario, verás mi acepción antes que la tuya.

—No apuestes contra él —le aconsejó Joshua a Regan.

—No iba a hacerlo —replicó Regan—. Está bien, tú ganas, eres demasiado pedante para ser un simple niño. Es necesario llegar a los noventa por lo menos antes de poder volver loca a una persona con interminables discusiones de obstinada intensidad.

Regan lanzó a Ryan una dulce sonrisa y añadió:

—Supongo que eso te coloca en algún momento de tu segunda

infancia.

Ryan reflexionó unos segundos, sus ojos empequeñecieron.

—Tú también discutes.

—Porque sé que tengo razón, pero he demostrado ser lo suficientemente madura como para dejar que ganaras... en consideración a tu edad mental. Cuando yo era una niña, me enseñaron a respetar a mis mayores.

Ryan sonrió maliciosamente.

—No me has dejado ganar.

—Si tú lo dices... —dijo ella con indulgencia.

Ryan abrió la boca para protestar.

—Déjalo, hijo. Las mujeres están programadas genéticamente para tener la última palabra siempre. No pueden soportar que un hombre gane una discusión.

—Pero, papá, tú has sido quien me ha dicho que luche por lo que creo. ¡Y creo que tengo razón!

¿Padre e hijo?

A Regan se le cayó la cuchara en el plato, salpicando el mantel de yogurt y fruta.

—Tú y él... ¿sois padre e hijo? —dijo Regan innecesariamente.

Miró a uno y a otro, entonces se dio cuenta de lo que debería haber notado ya. Se parecían enormemente: los mismos ojos, los mismos pómulos prominentes y la misma nariz.

Joshua empequeñeció los ojos, exactamente igual que su hijo hiciera unos momentos atrás.

—¿No has dicho que Ryan y tú habíais hablado ayer?

—¡Sí, pero no de ti!

Joshua sonrió, visiblemente divertido.

—¿Quieres decir que no te diste cuenta de quién era porque no intercambiasteis los apellidos? Vaya, empiezo a darme cuenta de que es una costumbre tuya.

Regan apretó los dientes mientras Joshua se llevaba la taza de café a los labios.

—¿Estás diciendo que eso mismo os pasó a ti y a Regan cuando os conocisteis? —dijo Hazel riendo—. ¡Qué coincidencia, os ha pasado lo mismo al padre y al hijo!

Las miradas de Joshua y Regan se cruzaron, ojos violeta en ojos grises. Imágenes de su tórrido encuentro sexual bailaron entre ambos.

—Espero que no —murmuró Joshua fervientemente.

Regan se dio cuenta de que iba a ruborizarse en ese instante y, rápidamente, pensó en algo que decir para cambiar de tema de conversación.

—Bueno... ¿dónde está Chris?

Mala elección. Hazel bajó los párpados al tiempo que empezó a disolver un terrón de azúcar en su té. Sir Frank miró a la ventana y se quejó del tiempo.

—Todavía está durmiendo —dijo Joshua—. ¿Por qué? ¿Querías verlo?

—No. No, claro que no. Sólo he preguntado, nada más —en su apremio por distanciarse de la pregunta, permitió que Alice la convenciera para tomar un pastel de salmón que no quería—. Como es médico, supongo que trabaja mucho...

Se dio cuenta de que había cometido otro error al ver la dura mirada de Joshua.

—Trabaja mucho y se divierte mucho. No está en la cama por cansancio, sino por haberse comportado como un idiota, como de costumbre.

—El tío Chris se cayó en el canal de camino a casa anoche —explicó Ryan—. Lo vi desde la ventana de mi habitación, estaba gritando. Papá le dijo que dejara de pedir ayuda, que tenía dos opciones: hundirse o nadar. Así que nadó hasta el embarcadero y papá le ayudó a salir del agua.

—¡Dios mío! —Hazel se cubrió la boca.

Regan no supo si mostrar horror o sonreír.

—¡Se lo tiene merecido! —exclamó Sir Frank.

—¡Pero podría haberse ahogado! —Regan creyó ser la única que mostraba compasión—. Sobre todo, en su estado.

—¿Quieres decir estando borracho? —dijo Joshua.

—¿Por qué no le ayudaste cuando te lo pidió? —insistió Regan.

—Porque creó en la dureza del cariño —respondió Joshua lacónicamente—. Además, si se metió en un lío, no vi razón para sacarle del apuro sin que él lo intentara primero solo. Y otra cosa me lo impidió: no quería estropearme la ropa. Llevaba puestas algunas cosas de valor sentimental.

—No le habría pasado nada, el tío Chris fue campeón de natación en su colegio. Y papá le tiró un salvavidas.

—Qué amable —dijo Regan en tono de sorna.
—Le apunté a la cabeza, pero fallé —explicó Joshua.

De repente, Regan no pudo evitar una sonrisa y se mordió los labios. ¿Cómo podía Joshua hacerla reír cuando estaba tan enfadada con él?

—¿Por qué no habrá bajado Carolyn? Sabía que ibas a venir, ¿verdad, Joshua? —interrumpió Hazel mirándose el exquisito reloj con brillantes incrustados.

—Me parece que no le dije la hora exacta en que vendría. Sé que quería que fuéramos a dar un paseo en yate con los Watson este mediodía, pero me temo que tengo trabajo y...

—¿Vas a trabajar en sábado?

—El dinero no descansa, Hazel —replicó Sir Frank—. Wade no puede perder el contacto con el mercado. Joshua, puedes utilizar la biblioteca si quieres.

—Gracias, pero lo tengo todo en casa... gracias a que Ryan es un genio de la electrónica. Si me da tiempo, puede que vaya a ver cómo van las ventas en la oficina.

Hazel no pareció impresionada.

—Oh, cielos, Carolyn se va a llevar una desilusión.

—Quizá cambie de opinión y no quiera ir a navegar cuando vea el viento que hace —dijo Regan.

En su opinión, lo último que podía apetecerle a una mujer embarazada era ir a navegar. ¿De cuántos meses estaba? ¿De tres? ¿De cuatro? Evidentemente, no se le notaba nada.

—No cambiará de idea, le encanta el viento —dijo Sir Frank con orgullo.

—¿Creéis que debería ir a despertarla? —preguntó Hazel vacilante.

La noche anterior, mientras tomaban un jerez, Hazel le había contado a Regan que, últimamente, Carolyn estaba de un humor muy voluble, y muy celosa de su privacidad. De aquellas palabras, Regan dedujo que a Hazel le estaba desilusionando el comportamiento de la hija de su hija, a quien había criado desde la muerte de sus padres en un accidente de avión, por la falta de interés de ésta en los asuntos domésticos.

—Hazel, ¿quieres que vaya yo a ver si está levantada y a decirle que Joshua está aquí? —preguntó Regan.

—Aún no has terminado de desayunar, querida —observó Hazel.

—Sí, ya he terminado —Regan sonrió, empujando la silla hacia atrás e intentando que no se le notaran las ganas que tenía de marcharse de allí—. No suelo tener apetito por las mañanas.

—¿Lo reservas para las noches? —murmuró Joshua, poniéndose en pie al unísono con su hijo mientras Regan se levantaba de la silla.

Fuera la clase de padre que fuese, se esforzaba en inculcarle modales a su hijo. Ryan sólo le llegaba a su padre a los ojos, pero aún estaba creciendo, y Regan sospechó que algún día sería más alto que su padre. También se notaba que se respetaban y se querían.

—Bueno, me alegro de haberte visto de nuevo, Ryan —dijo Regan —. Buena suerte con los exámenes.

—La suerte no debería tener nada que ver con los resultados —dijo el padre—. Pero no hables como si te estuvieras despidiendo para siempre, Regan. ¿Es que nadie te ha dicho que el chalé en el que vivimos en Palm Court es el que he comprado como inversión personal en el proyecto? Además, mi visita aquí está resultando tan fructífera, que he decidido quedarme mientras Frank y yo preparamos el contrato. Puedo ir a Auckland cuando tenga necesidad de ir a mi oficina, y Ryan empieza las vacaciones pronto, sólo tiene que ir a Auckland la semana que viene para los exámenes; después, estará libre dos semanas.

¡Semanas! Regan palideció al instante. Había creído que sólo tendría que soportar la presencia de Joshua durante el fin de semana.

—Papá me ha dicho que puedo ir estos días de exámenes en el helicóptero de la empresa —le informó Ryan.

—¿No es un poco caro? —preguntó ella débilmente.

—Es posible, pero podemos permitirnos ese lujo—respondió Joshua —. No lo considero una extravagancia teniendo en cuenta lo que voy a conseguir a cambio.

—¿Y qué es lo que vas a conseguir a cambio?

—Paz y tranquilidad.

—Además de poder estar más tiempo con Carolyn —añadió Hazel.

—Eso también —contestó Joshua con seriedad.

—Bueno, voy a ir a ver si está bien —dijo Regan, y se marchó de allí a toda prisa.

Cuando llamó a la puerta, no obtuvo respuesta; sin embargo, cuando abrió y asomó la cabeza en la habitación, vio a Carolyn tumbada en la cama completamente despierta.

—Oh, eres tú —dijo Carolyn.

—Tu abuela quería saber si vas a bajar a desayunar —dijo Regan, entrando en el cuarto.

El dormitorio de Carolyn era el doble que el suyo, con una maravillosa vista al lago desde la misma cama. El mobiliario era muy femenino, todo en azul y blanco.

—No tengo hambre —dijo Carolyn.

Con aquel camisón de batista blanco y el pelo recogido en una trenza parecía muy joven, con una belleza natural que no requería maquillaje. Quizá nunca se despertara con el rostro abotagado o arrugas de preocupación, pensó Regan con envidia.

—Deberías comer algo, te sentaría bien...

—¡Nada puede hacerme sentir bien!

—¿Quieres que vaya a la cocina y te traiga una tostada con una taza de té o café?

Carolyn le lanzó una mirada de sospecha.

—¿Por qué te muestras tan solícita?

Regan le dedicó una amistosa sonrisa.

—Bueno, si tienes náuseas, quizá te ayude a asentar el estómago...

El rostro de Carolyn enrojeció en cuestión de segundos.

—¿Qué te hace pensar que tengo náuseas?

—Pues... anoche... dijiste que no te encontrabas bien.

Carolyn lanzó una maldición.

—Te lo ha contado, ¿verdad? —dijo al tiempo que daba un puñetazo en el colchón—. ¡Era un secreto y te lo ha contado!

—No...

—¡No mientas! —gritó Carolyn—. Os vi juntos. ¡Te lo ha contado! ¡Y tiene la cara dura de decir que soy vengativa e inmadura! ¡Le ha contado mi vida personal a una desconocida!

—Carolyn, él no me lo contó... yo lo adiviné. Dadas las circunstancias, y después de que tú dijeras que habías pasado el día con ganas de vomitar... en fin, saqué mis propias conclusiones. Joshua no me dijo nada que yo no hubiera adivinado ya.

—¿Joshua? —Carolyn pareció desconcertada, el sonrojo de sus mejillas empezó a disiparse.

—Sí, ¿a quién te referías tú? No sabía que hubiera nadie más que lo supiera...

—Chris.

—Ah. ¿Es Chris tu médico?

—¡Por supuesto que no! —Carolyn pareció horrorizada—. Aún está haciendo la residencia. Quiere ser cardiólogo.

—Así que nada de cuidar de las mujeres de nuestra especie, ¿eh? —bromeó Regan.

—¡Has dado en el clavo! —exclamó Carolyn con una amarga carcajada.

—Bueno, ¿dónde tienes tú médico, aquí o en Auckland?

—Aún no sé a qué médico voy a ir.

Regan no podía dar crédito a lo que acababa de oír. Se acercó a la cama y se sentó.

—¿Quieres decir que aún no te ha visto el ginecólogo?

—Todavía no ha sido necesario. Sé que no puedo estar de más de tres meses.

—Pero te has hecho la prueba del embarazo, ¿no?

Carolyn apretó los labios.

—La prueba dio positiva, voy a tener un bebé. ¡El médico no va a poder hacer nada al respecto!

—Así que… ¿no pensaste en la posibilidad de abortar?

—No —respondió Carolyn llevándose una mano al vientre—. ¿Por qué crees que estoy metida en este lío? Si hubiera abortado, todos serían mucho más felices.

Por «todos» Regan supuso que se refería a Joshua, y por «lío» llegó a la conclusión de que se refería al matrimonio.

—Eso no lo creo, y estoy segura de que tú tampoco lo crees —dijo Regan con firmeza—. Sólo tienes que ver a Joshua con su hijo para darte cuenta de que la paternidad no es para él ningún problema. Me parece un hombre con gran sentido familiar. ¿Cómo te llevas con Ryan?

—Es buen chico —Carolyn se encogió de hombros—. Es un poco listillo a veces, pero hay que tener en cuenta que es muy maduro para su edad. Tiene el coeficiente de inteligencia de un genio, ¿lo sabías? Va tres años adelantado en el colegio, y Jay dice que lo más probable es que entre en la universidad al año que viene.

—Será un buen hermano mayor.

—Supongo que sí —respondió Carolyn sin entusiasmo.

Regan respiró profundamente.

—Lo importante es que Joshua y tú os queráis; el resto tiene una

importancia secundaria.

Carolyn miró hacia la ventana con expresión apesadumbrada.

—Jay ha sido muy bueno —Carolyn suspiró—. ¿Sabías que se casó con su primera esposa porque ella se quedó embarazada?

—No, no lo sabía.

—Se quedó embarazada a propósito. Chris sólo tenía diez años y las mellizas tenían once; pero como ella sabía que Jay no quería ni oír hablar de matrimonio hasta que sus hermanos fueran mayores, se quedó embarazada para obligarle a casarse con ella, porque sabía que tenía un profundo sentido del honor y jamás permitiría que el bebé fuera ilegítimo. Según Chris, esa mujer era una desalmada egoísta que empezó a presionar a Joshua para que mandara a sus hermanos a un internado en el momento en que estuvieron casados. Y cuando Jay le habló un día del dinero que estaba gastando, a ella se le escapó que no se habría casado con él de no ser rico. Por lo visto, Jay no dijo nada, pero el día que Ryan nació, uno de sus abogados le llevó a Clare los papeles del divorcio, ahí mismo, al hospital.

—¡Dios mío!

—Chris me contó que, a las pocas semanas, Clare se marchó a Estados Unidos y ni siquiera se le pasó por la cabeza pedir la custodia de su hijo, así que supongo que Jay debió darle bastante dinero.

—Pero eso no tiene nada que ver con la situación de ahora, ¿verdad? —preguntó Regan delicadamente—. Quiero decir que tú no te has quedado embarazada a propósito...

—¡No, claro que no! —exclamó Carolyn apasionadamente—. No ha sido culpa mía y no veo por qué debería comportarme como si lo fuera.

Regan frunció el ceño.

—Tú no le estás obligando a nada, ¿verdad? Puede que Joshua tuviese fuertes convicciones respecto a tener un hijo ilegítimo entonces, pero las actitudes sociales han cambiado mucho en eso. No tienes que casarte si no quieres, Carolyn. Estoy segura de que tu abuela comprendería que...

Los ojos dorados de Carolyn mostraron repentina alarma.

—¡Ni se te ocurra decírselo!

—No, claro que no. Pero creo que deberías hacerlo tú antes de la boda.

—Tenía la esperanza de que todo se resolviera de alguna manera —

dijo Carolyn con expresión sombría—. Cuando se entere de lo que he hecho… en fin, le va a sentar muy mal que haya manchado el apellido Harriman.

—¡Tonterías! —dijo Regan, que ya sabía que Hazel no era una esnob—. Creo que, a la larga, le sentaría peor pensar que tenías miedo a decirle la verdad. Lo importante para ella no es que te cases, sino que seas feliz.

Carolyn lanzó un suspiro.

—¡Creía que habías venido para ayudar a preparar la boda, no a estropearla!

Regan dio un respingo.

—¡Jamás haría una cosa así! —pero reconocía que no podía ser objetiva.

—No, supongo que no. No tienes motivos para hacerlo, ¿verdad? —dijo Carolyn, toda inocencia.

¿Qué pasaría si Carolyn le mencionaba aquella conversación a Joshua? Sin duda alguna, él pensaría lo peor.

—Lo único que he hecho es comentar que tienes más alternativas —dijo Regan apresuradamente al tiempo que se ponía en pie—. Sea lo que sea lo que decidas, eres tú quien va a tener que acarrear las consecuencias, así que tenlas en cuenta y decide qué es lo que realmente quieres.

Una expresión de absoluta decisión cruzó el rostro de Carolyn.

—Sé perfectamente lo que quiero —declaró Carolyn sentándose en la cama—. ¿Sabes una cosa? Me parece que me encuentro mejor.

—En ese caso, ¿por qué no bajas a desayunar? Joshua ha venido con Ryan, por eso era por lo que Hazel quería que viniese a ver si estabas despierta.

Carolyn apartó las ropas de la cama y se levantó; después, se estiró letárgicamente.

—Sí, bajaré. ¿Ha venido Chris con ellos?

Regan le contó lo del canal y Carolyn rió con ganas.

—¡Le está bien empleado!

Después, abrió el armario, a rebosar de ropa, y tarareó una canción mientras elegía unos pantalones cortos blancos y una camiseta de rayas.

—Bueno, voy a darme una ducha y enseguida bajo. Dile a Jay que estaré abajo en media hora.

Regan se preguntó si Joshua podría esperarla tanto tiempo.

—Me parece que ha dicho que tenía que trabajar hoy —Regan se vio obligada a advertirle a Carolyn para que no se hiciera demasiadas ilusiones—. Creo que no va a poder ir a navegar...

—En ese caso, tendré que buscarme a alguien que quiera acompañarme, ¿no? —Carolyn no mostró signos de desilusión—. Si quieres, luego podrías acompañarme al puerto para dar una vuelta, ver escaparates y tomar un café en alguno de los bares. Joshua tiene amarrado el yate de su empresa ahí, totalmente preparado para llevar a los clientes a la regata que va a haber la semana que viene en el golfo, así que podríamos subir al barco y tomar algo en cubierta.

—Sí, es posible... —dijo Regan, consciente de repente de los inconvenientes que podía presentar hacer demasiadas amistades con Carolyn.

Joshua estaba hablando por el teléfono móvil cuando Regan volvió abajo, y ésta pudo evitarle permitiendo a Hazel que la llevara a su cuarto de trabajo, donde estaría el lunes por la mañana.

—Porque no quiero que trabajes el fin de semana, ya has hecho más de lo que te correspondía.

El cuarto de trabajo de Hazel resultó ser una espaciosa habitación para coser en el ala soleada de la casa. Había un impresionante equipo informático encima de una mesa de coser, y Hazel, avergonzada, admitió no utilizarla casi nunca. También había un sofá con tapicería floreada, un sillón y un buró lleno de cartas, recibos, papeles de todo tipo, listas, recortes de revista y tarjetas.

—Parece más desordenado de lo que realmente está —dijo Hazel mientras se sentaba en el sillón giratorio.

Después, con el bastón, indicó a Regan que se sentara en el sillón. Regan obedeció y miró a su anfitriona, que dijo:

—Frank se ríe de mí, pero suelo tenerlo todo en orden y archivado cuando puedo utilizar las dos manos.

Procedió a hacer una demostración al momento: le enseñó a Regan que cada departamento del buró contenía el material de un aspecto específico relacionado con la boda.

Debido a que la boda y el banquete iban a hacerse en la casa y en los jardines, durante las próximas semanas habría mucha actividad.

Hazel enseñó a Regan un dibujo con una marquesina a la orilla del lago, era ahí donde se celebraría la ceremonia. Y si llovía, todo estaba

preparado para que la zona entera quedara cubierta. Habían contratado un cuarteto de cuerda para tocar la marcha nupcial y después había una zona destinada a discoteca.

—Sólo vamos a tener doscientos invitados porque Carolyn quiere que la ceremonia sea razonablemente íntima e informal. Inicialmente, habíamos pensado que la ceremonia se celebrara en el mirador del lago, pero al final pensamos que iba a ser mucho problema lo de tener barcas yendo y viniendo todo el tiempo. Así, si el tiempo no es bueno, hay mejor solución.

—Va a ser una boda maravillosa. Es increíble que lo hayas preparado todo en un par de meses —Regan levantó un papel de color verde—. ¿Es ésta la lista de invitados? ¿Tienes un archivo con las personas que han respondido que sí?

—Bueno... aún no hemos recibido ninguna respuesta formal. Tuvimos un problema con la imprenta que ha preparado las invitaciones.

—¿Las han enviado con retraso?

—La verdad es que aún no las hemos enviado —respondió Hazel débilmente—. Joshua ha decidido hacerse cargo personalmente del problema y esperamos tenerlas la semana que viene.

Regan agrandó los ojos.

—Creía que las invitaciones tenían que enviarse por lo menos dos meses antes de una boda para dar tiempo a la gente a responder.

—Sí, pero no hemos podido hacer nada; además, como la lista sólo incluye a la familia y a los amigos más íntimos, he podido decírselo por teléfono. Tampoco me he olvidado de llamar a los que viven en el extranjero, como a las hermanas de Chris, que van a venir de Inglaterra con sus esposos y sus hijos.

—¿Las hermanas de Chris?

—¿He dicho Chris? —Hazel se dio una palmada en el cabello—. Perdón, he querido decir Joshua, aunque también son hermanas de Chris. ¿Sabías que Ryan va a ser el padrino?

—No, no lo sabía. Había supuesto que Joshua se lo pediría a Chris, puesto que me parece que es a quien corresponde serlo.

Hazel enrojeció.

—Bueno, no sé... el novio se encarga de esas cosas —respondió Hazel vagamente.

Sus ojos se animaron visiblemente al ver a su nieta asomar la

cabeza en la habitación para preguntarle a Regan si quería ir con ella a hacer compras porque Joshua se había ofrecido a llevarlas y a invitarlas a almorzar cuando acabara de hacer lo que tenía que hacer.

—¡Claro que va a ir contigo! Vamos, Regan, vete y que lo paséis bien —el entusiasmo de Hazel fue casi una orden.

—No me gustaría romper vuestra intimidad —dijo Regan, que no quería ir—. Podría acompañarte a hacer las compras y luego volver andando mientras tú almuerzas con Joshua…

—Ni se te ocurra decir eso —dijo Joshua, apareciendo como una oscura sombra detrás de su prometida—. Si vas a ayudarnos con la boda, lo menos que podemos hacer es entretenerte mientras estés aquí.

Estaba claro que Joshua Wade no tenía intención de dejarla disfrutar de su libertad en Palm Cove.

## Capítulo 8

—¿Qué estás haciendo?

Regan dio un respingo delante de la pantalla del ordenador.

—Dios mío, Ryan, me has dado un susto de muerte —dijo Regan cuando él se sentó a su lado en una de las sillas de despacho.

Rápidamente, Regan cerró el archivo en el que estaba trabajando y abrió otro.

Ryan se apartó el largo cabello de los ojos.

—Perdona. ¿Creías que era papá?

—No, ¿por qué? —pero Regan no pudo evitar recorrer con la mirada la oficina decorada con fotografías, dibujos y modelos del complejo de Palm Cove.

El equipo de ventas trabajaba en el piso bajo del edificio, y con la afluencia de yates y turistas que el fin de semana habían acudido a la regata, estaban trabajando sin descanso para enseñar a los posibles compradores las propiedades. Tenían tanto trabajo, que habían aceptado que ella les ayudara con el trabajo de archivo y trámites burocráticos por las tardes.

—Porque mi padre se pasa por aquí siempre que vienes tú —respondió Ryan.

Nada más terminar los exámenes, Ryan se había inventado un trabajo para él: crear una página de Palm Cove en Internet. Pasaba horas en la oficina y se había convertido en una especie de mascota para los que trabajaban allí. Para Regan era un problema, ya que tenía que evitar no a un Wade, sino a dos. La insaciable curiosidad de Ryan suponía para ella una amenaza tan grande como la que suponía su padre.

—La verdad es que mi padre siempre sabe dónde estás, aunque nadie lo sepa. Es muy raro, ¿verdad? Es como si te hubiera puesto un micrófono en alguna parte —Ryan le dedicó una maliciosa sonrisa—. Me parece que deberías mirar ese reloj que te ha dado.

Regan se sonrojó al instante. La segunda noche de estar allí, Joshua le plantó un precioso reloj suizo de platino en la muñeca, a pesar de las protestas de ella.

—No te pongas así, no estoy tratando de seducirte con una joya —dijo él, y todo el mundo le rió la gracia, excepto Regan—. Es un préstamo, no un regalo. Es un viejo reloj mío, se lo he llevado al

joyero de aquí para que achicara la pulsera. Hazel es muy puntual y se enfadaría contigo si tú no lo fueras, así que necesitas un buen reloj.

Regan se vio obligada a darle las gracias.

Ahora, Regan se miró el reloj y recordó las últimas palabras de él: «Espero que no seas tan alérgica al platino como lo eres al oro».

—Has dejado huellas por todas partes, ¿lo sabías?

—¿Qué? —Regan salió de su ensimismamiento y encontró a Ryan muy cerca de su archivo—. ¿Dónde?

Inocentemente, Regan miró la alfombra.

—En esos archivos que has estado manipulando. Has dejado huellas que cualquiera que sepa un poco de informática podría seguir.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No lo has hecho muy bien, eso es todo. Pero la idea es buena —dijo Ryan con amabilidad—. Tienes una imprenta que ha descubierto en la liquidación un incumplimiento del contrato original con Palm Cove Developments que implica que tiene que devolver dinero. Pero, si los datos y las fechas no coinciden en los archivos, cuando el cheque llegue, a cualquier experto le va a resultar muy fácil seguirte la pista.

Regan se había quedado sin habla.

—Yo podría hacerlo —dijo Ryan con entusiasmo—. Podría manipular los programas y borrar todo rastro tuyo. O también podría meter un virus que destruyera la información si alguien tratara de entrar en el archivo del contrato original...

—¡No! ¡Ryan, no sabes lo que estás diciendo!

—Sí que lo sé. Llevo días entrando en el sistema y espiando lo que todo el mundo hace —le confió el chico—. La seguridad aquí es nula, y las contraseñas son ridículas.

Ryan le sonrió traviesamente y añadió:

—Estás intentando devolver dinero, ¿verdad? Algo así como Robin Hood a la inversa...

—¡No tengo nada de Robin Hood! —a Regan le horrorizó la admiración que parecía tenerle el chico—. Por el amor de Dios, Ryan, lo que estoy haciendo es deshonesto.

—Sí, pero por una buena causa. Tú no lo robaste, ¿verdad que no? —declaró Ryan con absoluta convicción—. Estás protegiendo a otra persona. Esos archivos en los que estás trabajando los creo Michael

Frances, lo he comprobado. Espero que no se te haya olvidado que debe haber copias...

Regan apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos, casi no podía creer que la hubieran descubierto nada más empezar.

—No, no se me ha olvidado. Las copias están en la oficina en la que yo trabajo. Michael Frances era mi marido —Regan lanzó un suspiro —. Antes de morir, substrajo dinero por medio de dar contratos a imprentas que no existían, y encargaba los posters y los folletos a unas imprentas que se lo hacían más barato.

—¡Muy listo!

Regan alzó la cabeza.

—¡No, eso no es ser listo, Ryan! —exclamó Regan muy seria—. Eso es ser un ladrón. Es completamente inmoral. Y lo que yo estoy haciendo también lo es. ¡Te aseguro que no me hace sentirme orgullosa de mí misma!

—En ese caso, ¿por qué lo haces?

Regan sacudió la cabeza sin saber qué contestar. ¿Cómo podía explicar que era ira lo que la había hecho actuar de una forma tan poco conforme a sus principios?

Ryan le puso una mano en la suya.

—Eh, vamos, no pasa nada. No voy a delatarte. Si te ayudo, lo conseguiremos. Con unas cuantas modificaciones...

No, Regan no podía permitirle que la ayudara a hacer trampas y a mentir, ni a traicionar el cariño de su padre.

—No, no quiero que te metas tú en esto.

—Ya estoy metido en esto.

Eso era innegable. Que supiera lo que ella estaba haciendo le hacía cómplice.

—Lo que deberías hacer es acudir inmediatamente a alguien con autoridad en la empresa y decirles lo que he hecho —se obligó a decir Regan—. Al menos, deberías decírselo a tu padre.

—¡Decírselo a mi padre? ¡Te has vuelto loca! ¿Para qué iba a decírselo? Deja que papá se busque sus propias diversiones.

¿Diversiones? Regan lo miró como si estuviera viendo a un marciano. Podía tener la inteligencia de un genio, pero física y emocionalmente aún era un adolescente. En comparación, ella se sintió como una anciana.

—Me alegro que pienses eso, Ryan, porque es precisamente lo que

voy a hacer.

Regan giró ciento ochenta grados en su silla y el corazón pareció salírsele del pecho al oír la voz de Joshua.

Joshua dobló un dedo, instándola a que se levantara.

—Venga, ya es hora de que dejes de trabajar —después, se dirigió otra vez a su hijo—. Vamos a ir a dar un paseo en barco por el golfo, y como Carolyn frecuentemente me recuerda que Regan aún no ha salido a navegar, la voy a llevar con nosotros. Supongo que tú puedes seguir entreteniéndote por aquí durante una hora más, ya que aún hay gente trabajando. Después, vuelve a casa, ¿de acuerdo?

Ryan no pudo evitar lanzar una mirada triunfal a Regan.

—¡Estupendo! —dijo el chico poniéndose en pie.

—Lo único que tengo que hacer antes de irnos es hablar un momento con el director de la oficina, enseguida termino. WadeCo va a enviar a un auditor para que revise los libros de contabilidad la semana que viene, y quiero ver si el director no tiene ningún problema con eso.

Tan pronto como Joshua salió, Regan se levantó de la silla y agarró a Ryan de la camiseta.

—Prométeme que no vas a hacer nada estúpido respecto a mi… problema, ¿de acuerdo?

Ryan la miró con expresión pensativa, pero no contestó.

—Lo digo en serio, Ryan. Nada de torpes y descaminados intentos de caballerosidad, ¿me lo prometes?

Ryan asintió despacio.

—Está bien, puedo prometerte eso.

Regan le soltó y luego le alisó la camiseta.

—Perdona, pero es que no quiero que te metas en problemas por mi culpa. No se trata de un juego, ¿lo comprendes?

—Sí, claro —Ryan se subió las gafas—. Lo comprendo.

Regan estaba demasiado preocupada respecto a los motivos de la invitación de Joshua como para notar la decisión en la voz de Ryan.

—Supongo que has notado que no me ha preguntado si quería ir en el barco o no. Me pregunto quién más va a ir —comentó ella nerviosa.

Hasta ese momento había logrado mantenerse alejada del lujoso yate de veinticinco metros; en él, Joshua estaría en su territorio y ella más vulnerable.

—Bueno, para empezar, estará la tripulación: cinco personas. Es un barco precioso, Regan, y tiene baño de masaje y sauna. El tío Chris y Carolyn decían que era mejor que un hotel de lujo y habían decidido pasar allí su luna de miel.

Regan frunció el ceño.

—Querrás decir tu padre y Carolyn, ¿no?

—No. El tío Chris y Carolyn estaban… ya sabes, juntos.

—¿Cuándo?

Ryan parpadeó sorprendido.

—¿Es que no lo sabías? Carolyn fue novia de mi tío mucho tiempo, incluso se habían prometido. Pero hace un par de meses, tuvieron una discusión muy grande y, de repente, todo lo que sé es que papá y ella decidieron casarse.

La tensión entre los dos hermanos, la actitud de Carolyn y lo peculiar del comportamiento de Hazel y Sir Frank cuando se mencionaba el nombre de Chris… ahora todo se explicaba.

Cuando Regan salió de la fresca oficina, hacía mucho calor fuera. Trotó al lado de Joshua por la zona de cafés y tiendas en dirección al puerto deportivo. La condujo a lo largo del muelle hasta llegar al punto donde el Sara Wade estaba anclado. Era un barco blanco y muy bonito, con camerinos levantándose dos pisos por encima del nivel de la cubierta.

—Sara era el nombre de mi madrastra —le explicó Joshua mientras, con la cabeza, le indicaba que subiera por la rampa.

Joshua se había quitado la chaqueta y se había metido en el bolsillo la corbata, también se había desabrochado los botones de arriba de la camisa y se había subido las mangas hasta los codos.

—¿Y tu verdadera madre? —preguntó Regan, aún sin poder olvidar lo que le había contado Ryan hacía poco.

—Murió de cáncer de pecho cuando yo tenía dos años, así que no recuerdo casi nada de ella. Mi padre se casó con Sara cuando yo tenía cinco años. Ten cuidado.

Regan se había tropezado mientras subía la rampa.

—Me parece que no estoy vestida para ir a navegar —dijo Regan mirándose los tacones de las sandalias.

Regan esperaba no sentirse demasiado fuera de lugar entre gente con ropa deportiva propia para aquel deporte.

—No te preocupes, a bordo podrás cambiarte y ponerte algo más

cómodo —ella le lanzó una mirada por encima del hombro y Joshua se echó a reír—. Tenemos zapatos con suela especial para cubierta de barco en casi todas las tallas. Estoy seguro de que habrá algunos que te sirvan.

Una vez a bordo, Regan se sintió desorientada al verle tan relajado y de buen humor, en contraposición a la tensión que mostraba siempre en la oficina.

Un hombre de mediana edad de cabellos canos, pero en buena forma física, con pantalones cortos blancos y camisa blanca, apareció a recibirlos. El hombre tenía una gorra de capitán en la mano.

—Bienvenida a bordo, señora.

—No te molestes, Grey, es una amiga, no una cliente. No tenemos que impresionar a nadie —dijo Joshua burlonamente.

El hombre relajó los hombros y sonrió, los blancos dientes destacaron contra la piel morena y curtida por el viento y el mar.

—Qué pena, había estado ensayando mis modales de capitán.

—Esta es Regan. Según me ha dicho, se marea en los barcos pequeños —dijo Joshua maliciosamente.

—En ese caso, no tendrá problemas en Sara Wade —respondió Grey amablemente—. Es tan sólido como una roca.

—¿No se hunden las rocas? —dijo Regan.

—Las rocas con motores de tantos caballos como éste, no —Grey sonrió—. Este barco podría arrastrar al Titanic.

—No le animes a hablar —le advirtió Joshua a Regan—. Este barco es como un hijo para Grey, lleva de capitán aquí toda la vida. Bueno, Grey, puedes soltar amarras cuando quieras. Estaremos abajo, pero puede que traiga a Regan a cubierta más tarde para ver el paisaje.

—Sí, señor.

Grey desapareció y Joshua le dijo a Regan:

—Iremos dando un rodeo para que lo veas todo —Joshua abrió la puerta que daba al camarote principal y dejó la chaqueta y la corbata en la silla más cercana.

Las paredes de madera de caoba, los suelos de madera de cerezo y el mobiliario del enorme salón eran suntuosos, y en la mesa de comedor podía servirse a veinte comensales a la luz de la araña de cristal. La cocina, en forma de U, era más grande y estaba mejor equipada que la de muchos restaurantes. Bajando por una escalerilla, había cuatro dormitorios, cada uno con un cuarto de baño, el

dormitorio principal y la sauna. A pesar de lo confusa que Regan se sentía debido a la proximidad de su guía, se quedó impresionada ante semejante opulencia.

Bajo sus pies, hubo una casi imperceptible vibración cuando el motor cobró vida.

—Le compramos este barco a un millonario americano cuando se vio obligado a venderlo debido a problemas económicos. Lo utilizamos sobre todo para entretener a clientes y a asociados de la empresa, tanto aquí como en el extranjero —le explicó Joshua.

Retrocedieron sobre sus pasos y volvieron a subir la escalerilla. Después, salieron a la popa del barco y, desde allí, Regan pudo ver las terrazas del puerto alejándose mientras salían al golfo. Pero fue lo que no vio lo que la preocupó.

—¿Dónde estás los demás?

—¿Los demás? —Joshua se apoyó en una barandilla, se sacó las gafas de sol del bolsillo de la camisa y se las puso.

—Dijiste que «íbamos» a ir a dar un paseo en barco.

—Y eso es lo que estamos haciendo. He aprovechado la ocasión de que Grey tenía que salir a hacer unos reajustes en el sistema de navegación por satélite y...

—Pero mencionaste a Carolyn y yo supuse que... —se interrumpió al ver la sonrisa burlona de Joshua.

—No es la primera vez que te digo que es peligroso hacer tantas suposiciones en lo que a mí se refiere.

—Lo has hecho a propósito. Has intentado hacerme creer que íbamos a ir con más gente —le acusó ella con voz ronca.

El le dedicó una perezosa sonrisa.

—Se te ve muy nerviosa últimamente, así que por eso se me ocurrió que te vendría bien alejarte de los problemas cotidianos durante un par de horas.

Dado que él era el motivo de los nervios que tenía, las palabras de Joshua no tenían sentido.

—¿Y si quiero volver?

—No se puede volver retroceder en el tiempo, así que lo lógico es ir hacia delante —Joshua apoyó un codo en la barandilla y la miró fijamente—. ¿De qué estabais hablando mi hijo y tú cuando entré en la oficina?

Regan enderezó los hombros. No podía verle los ojos, pero la

seriedad de su rostro la inquietó. Apoyó el vientre en la barandilla y fingió interés en la vista.

Se le acababa de presentar la oportunidad de ser sincera, de evitarle cualquier problema a Ryan con una confesión. Sabía que debía confiar en el sentido de la justicia de Joshua y en la compasión que sabía que poseía.

—Está encaprichado contigo —añadió Joshua.

Regan volvió la cabeza rápidamente, como Joshua sabía que haría.

—¿Ryan? ¡No seas ridículo!

—Cuánta más atención le prestes, más se va a inclinar a pensar que él también te gusta a ti —le informó Joshua.

Regan alzó la barbilla.

—Y es verdad, me gusta.

—¿A pesar de ser mi hijo?

—Es un muchacho encantador —contestó ella.

—No le gustaría oírte llamarlo «muchacho». Es un hombre joven, con las pasiones y los deseos de un hombre...

Regan se mordió los labios.

—A Ryan le encantan las cosas complejas y le resulta irresistible cualquier tipo de misterio. No puedes culparle de gustarle, lo más seguro es que seas la mujer más compleja que ha conocido en su vida. A eso, si le añades unos enormes ojos violeta y un cuerpo precioso... Puede que mi hijo crea que su inteligencia le protege de que le hieran sus sentimientos, pero aún no se ha dado cuenta de que las emociones no siempre se guían por la razón.

—Me parece que estás exagerando, Joshua. Yo soy sólo una novedad...

—No deja de mirarte cuando cree que no lo ves.

—¿Y qué? Tú no tienes idea de lo que piensa.

—Sé cómo piensan los hombres. Y te aseguro que conozco a Ryan mejor que la mayoría de los padres conocen a sus hijos.

—No creo que piense en mí de esa manera —dijo Regan—. Hablas como si fuera una especie de mujer fatal...

Joshua se enderezó y se quitó las gafas de sol, y Regan deseó que no lo hubiera hecho, porque al verle los ojos le dio un vuelco el corazón.

—Y tú hablas como si no creyeras que gustaras a los hombres...

como si pensaras que, a menos que tú los seduzcas, ignorarán tu feminidad.

—No he venido aquí para que me psicoanalices —le espetó ella con voz espesa.

—Me parece que tienes la garganta seca —dijo Joshua—. ¿Quieres beber algo mientras hablamos de esto?

Joshua hizo una señal a alguien que estaba fuera de la vista de Regan, pero al cabo de unos segundos reconoció a la persona que se les acercó con una bandeja.

—¿Cóctel de champán o zumo tropical, *mam'selle* Eve?

Regan se ruborizó visiblemente al ver aquella sonrisa arrugada.

—Hola, Pierre —dijo Regan con voz débil al tiempo que agarraba la primera bebida que encontró, sin saber qué era.

—Se llama Regan —le dijo Joshua a Pierre mientras aceptaba una copa con un líquido color ámbar—. Eve es el nombre que reserva para las ocasiones en que va de incógnito. Eve, como diminutivo de Evangeline.

Regan dio un respingo y parte del líquido que tenía en su copa se derramó en la chaqueta que llevaba puesta.

—Oh, *mam'selle*, déme la chaqueta para que se la limpie antes de que le deje mancha.

Pierre le quitó el vaso de la mano, la ayudó a quitarse la chaqueta e inmediatamente se alejó.

—Creo que el cóctel de champán te va a gustar más —le dijo Joshua ofreciéndole una de las altas copas.

—¿Cómo sabías que también me llamo Evangeline? —preguntó Regan.

—Preguntando por ahí.

—Querrás decir investigando, ¿no?

—¿Me lo reprochas?

—Espero que no hayas desperdiciado tu dinero —le espetó Regan.

—Eso espero yo también. Sólo me mandan informes pequeños y no muy a menudo. Y, sobre todo, se refieren a hechos, no a sentimientos. ¿Te importaría complementar la información?

Joshua esperó a que le contestara, pero Regan se mantuvo en silencio.

—Con una madre de un fanatismo religioso tan extremo como la tuya y un padre alcohólico, era natural que crecieras en un ambiente

de represión sexual y que estuvieras necesitada de atención y cariño. Debiste de ser carne de cañón para un sinvergüenza como Frances. El descubrió que estabas emparentada con Sir Frank y decidió representar el papel de marido ideal; pero nunca tuvo la intención de ser fiel a esa imagen ideal, ¿verdad?

Regan respiró profundamente. Expuesta con palabras tan frías, la verdad parecía aún más horrible.

—No tienes derecho a...

—Me he encontrado en la misma situación que tú —le interrumpió él con voz queda—. Sé lo que es sentirse engañado, y lo peor es que uno se culpa a sí mismo de no haberse dado cuenta desde el principio.

—No quiero hablar de Michael.

—Está bien. En ese caso, hablemos de nosotros.

Con manos temblorosas, Regan dejó la copa encima de la mesa de cristal en la que estaba la bandeja.

—¡No hay un nosotros!

Joshua dejó su copa junto a la de ella.

—Dime, ¿por qué viniste al apartamento aquella noche?

—¿Por qué no se lo preguntas a tu informante? —dijo ella amargamente.

—Lo que pasó esa noche no está en su informe —contestó Joshua con peligrosa suavidad—. Pero podría solucionarlo con una llamada telefónica...

—Mi compañera de piso es Cleo, era ella quien se suponía que iba a ir al piso aquella noche, pero se puso enferma. Yo la sustituí, pero sin decírselo a nadie. Nadie lo sabía, ni siquiera Derek.

—Eso explica el cómo, pero no el porqué —declaró Joshua mirándola intensamente—. No casa con lo que sé de ti.

—Quizá estuviera muerta de pena —dijo ella sarcásticamente.

Pero Joshua se mostró implacable.

—Es posible. ¿La pena que te dejó la visita de Cindy Carson? No sabías que tu marido tenía una amante, ¿verdad? Te enteraste cuando ella fue a verte.

Regan pensó que habría preferido que la interrogasen sobre su intento de tapar el robo de Michael.

—¿Cómo te sentiste cuando descubriste que llevaba años engañándote? —insistió Joshua—. ¿Cómo te sentiste cuando te

enteraste de que había preferido tener un hijo con ella en vez de contigo?

La furia contenida se destapó bruscamente.

—¿Cómo crees tú que me sentí?

—¿Con el corazón destrozado?

Ella echó la cabeza hacia atrás con gesto desafiante.

—¡No, nada de eso! ¡Pensé que había sido una estúpida por quererlo! ¡Me sentí enferma, enfadada y furiosa!

Regan hizo una momentánea pausa para recuperar el aliento.

—Bien, ¿quieres saber lo que estaba buscando la noche que me acosté contigo? Pues te lo diré: ¡venganza! —Regan lanzó una histérica carcajada al ver la expresión de perplejidad de Joshua—. Lo hice por venganza. Lo hice para demostrarle a Michael que no podía controlarme desde la tumba, para demostrarle que podía ser tan sensual como su amante. ¡El tuvo una amante, pues yo también!

—¿Te acostaste conmigo para vengarte de un muerto? —preguntó Joshua con voz incrédula.

Regan esperó haberle herido el orgullo.

—Me daba igual contigo que con cualquiera.

—Pero no te acostaste con cualquiera; por suerte para ti, te acostaste conmigo.

Regan se llevó las manos a las caderas.

—¿Por suerte? ¡A mí me parece una ironía del destino que me acostara con un hombre con tan poco honor como mi difunto esposo!

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

Se acercó a ella hasta que ninguna distancia los separó, hasta que sus cuerpos sintieron el calor del otro mutuamente.

Regan notó que ahora quien estaba a la defensiva era él.

—¡Sedujiste a la prometida de tu hermano! No te molestes en negarlo, lo sé porque Ryan me lo ha contado.

Joshua lanzó una maldición.

—Puede que Ryan sea un genio, pero eso no significa que sea infalible.

—¿Vas a negarlo? ¿Vas a negar que Carolyn y Chris estaban prometidos cuando tú te acostaste con ella y la dejaste embarazada?

—¡Eso no ha podido decírtelo Ryan!

—No, pero si consideras cuándo ocurrió y de cuánto tiempo está Carolyn embarazada... Esta debería haber sido la boda de Chris y

Carolyn, ¿verdad? Tú debiste ser el motivo de que se enfadaran y de que rompieran su compromiso.

—¿Estás segura? Sabiendo lo que sabes de mí, ¿no considerarías ninguna otra posibilidad? ¿Una posibilidad que no rebaje tanto mi dignidad?

Regan sintió en su propio corazón la profunda ofensa que él sentía. A Joshua le había consternado que se pusiera en duda su integridad.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay alguna otra posibilidad?

—No, nada, déjalo. No tiene importancia —respondió Joshua apretando los dientes.

Pero Regan no le creyó.

Joshua no era como Michael. Este jamás habría arriesgado su vida en un edificio en llamas para salvar a nadie. Michael nunca se había responsabilizado de nada; ni siquiera en vida se había preocupado por asegurar el futuro de su hijo. Pero Joshua actuaba con honor incluso cuando era peligroso hacerlo, incluso cuando era difícil.

Mientras el barco surcaba las brillantes aguas del mar, una luz pareció iluminar la razón de Regan.

Pero… ¿cómo derribar esa barrera de autocontrol y obligarle a admitir la verdad?

—Bien, pues si no te estabas acostando con Carolyn antes de que Chris y ella rompieran, debió ocurrir después. Tras su terrible discusión con Chris, Carolyn debió acudir a ti en busca de consuelo, y tú te aprovechaste de lo vulnerable que se encontraba en ese momento. ¿Es eso lo que esperas que crea?

Joshua volvió a tomar su copa y bebió.

—No espero que creas nada.

¡Mentía!

—¿Está embarazada de tu hijo o del de Chris? ¿O no lo sabe?

Joshua levantó la cabeza.

—Es un Wade y eso es lo que importa.

—¿Y a ti no te importa casarte con la mujer a la que tu hermano ha rechazado?

Joshua acabó de un trago lo que le quedaba de cóctel de champán.

—Regan, déjalo ya.

—¿Qué te pasa, Joshua? No te gusta que se vuelvan las tornas y sea yo la que pregunte, ¿verdad? Quizá tuvisteis un *ménage à trois*… ¿Te

excita compartir una mujer con tu hermano?

—Ten mucho, pero que mucho cuidado con lo que dices —dijo Joshua con voz espesa—. ¡En realidad, lo mejor que puedes hacer es callarte!

Pero Regan no podía parar.

—¿Qué vas a hacer si no me callo? ¿Tirarme al mar para que me coman los tiburones? ¿Qué pasaría con tu honor? ¡Ah, se me olvidaba, no tienes honor! Quizá lo que le pasó a Carolyn fue que la violaste...

—¡Jamás la he tocado! —exclamó él.

—Pero vas a casarte con ella —dijo Regan horrorizada—. Vas a casarte con una mujer que no te quiere y a quien tú no quieres con el fin de darle un apellido al hijo de tu hermano. Como no puedes obligarle a casarse, lo vas a hacer tú por él. ¡Dios mío, es completamente medieval! ¿No te parece que es llevar tu sentido del honor a unos extremos ridículos?

Joshua le puso las manos en los brazos y empezó a sacudirla.

—¡Te he dicho que te calles!

—Pero no me has dicho qué pasaría si no lo hacía —respondió Regan con voz entrecortada.

Despacio, Joshua la atrajo hacia sí.

—Da igual, porque lo que querías era que perdiera el control. Si fueses un hombre...

—Pero soy una mujer. Además, la violencia nunca resuelve nada.

—¡Estupideces!

Al momento, la besó salvajemente. La besó hasta hacerla creer que iba a deshacerse. Después, la levantó en sus brazos y la llevó hasta su camarote.

—Dijiste que no íbamos a hacer esto —protestó ella jadeante mientras se quitaba las sandalias y Joshua comenzaba a desabrocharse los botones de la camisa.

Joshua le puso las manos en el rostro y acercó la boca a la de ella.

—Que Dios me perdone por mentir.

## Capítulo 9

Regan le puso las manos en el pecho y empezó a acariciarle, deleitándose en el redescubrimiento de aquella belleza varonil.

Joshua apartó los labios de los de ella y echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos mientras permitía a Regan acariciarle la piel, ofreciéndose a sí mismo como víctima del placer que ella le proporcionaba.

—Te has acordado de lo que me gusta que me toques así… —gimió Joshua mientras Regan le acariciaba los pezones con las yemas de los dedos—. Sí… así… sigue…

Los músculos de Joshua se contrajeron mientras su pecho se hinchaba.

—Dios mío, haces que sienta…

Pero Regan podía ver lo que sentía en los rasgos de su rostro, podía oírlo en su forma de respirar y sentirlo al palparle el cuerpo. La excitó enormemente verle responder de esa manera a sus caricias, al menor roce de sus manos. Había ocurrido lo mismo en el apartamento aquella noche memorable, el deseo de Joshua la había hecho sentirse la mujer más hermosa y más atractiva del mundo, la única mujer que existía para él, el centro de sus sueños y la respuesta a sus deseos sexuales.

Joshua abrió los ojos y sonrió al ver el enrojecido rostro de ella, con los labios entreabiertos y la mirada sensual.

—Pequeña tirana, me tienes a tu merced, ¿verdad? —la acusó él con voz ronca mientras le acariciaba los brazos y el suave algodón de su blusa—. Te gusta saber que tienes poder sobre mí, ¿no es cierto?

Así era. La satisfacía profundamente.

—Soy yo la que está a tu merced —dijo ella, pasándole las uñas por el pecho—. Soy yo quien ha sido raptada por un pirata. Soy yo la que ha sido arrastrada a las entrañas de este barco…

—Para ser devorada de pies a cabeza —Joshua le puso las manos en el rostro mientras se le oscurecía la mirada—. Pero no lo he hecho totalmente en contra de tu voluntad…

—No, no totalmente en contra de mi voluntad.

Joshua tembló tras la ronca confesión de ella.

—No quiero hacerte daño… —la atormentada admisión fue una concesión a la situación imposible en la que se encontraban—. He hecho una promesa que no puedo romper, hay demasiado en juego.

Regan no pudo decirle que ya era demasiado tarde, que el daño a su corazón ya estaba hecho. No podía cargarle con ese peso sobre los hombros, ya tenía bastante. Los dos sabían que lo que hacían estaba mal, pero no era tan horrible como podría ser si lo hicieran al cabo de un mes, cuando él estuviera casado con Carolyn. Por reprochable que fuese, Regan quería robar un precioso momento más antes de que su conciencia le negara para siempre aquel amor prohibido.

Estaba irremisiblemente enamorada de Joshua. No había ido en busca del amor, pero lo había encontrado sin querer y con una intensidad aterradora. Y no podía hacer nada por evitarlo.

Sin embargo, al contrario que la primera vez, el resultado de su relación era desastroso y Regan estaba preparada para lo peor.

—Lo sé... —le susurró ella, amándolo más por haberla advertido—. Sé que no me vas a hacer daño porque ya sé la clase de amante que eres: fuerte, viril e increíblemente generoso.

Regan le puso los dedos en la cremallera de los pantalones y él le agarró las manos. La besó con ardorosa pasión, y Regan sintió un húmedo calor entre las piernas. El ladeó la cabeza y acarició cada resquicio del interior de la boca de ella, chupándola eróticamente, haciéndola anhelar la posesión total.

Joshua le puso las manos en la blusa, pegándosela al cuerpo.

—Me gusta que no lleves sujetador —dijo él con voz espesa—. La otra noche, en la fiesta, me imaginé tus pezones bajo la seda blanca. Sabía que estaban oscuros y maduros porque los vi despuntar bajo la blusa.

—La culpa fue tuya —susurró Regan arqueando la espalda—, porque sólo al mirarme como me miraste te deseé, a pesar de que fingí no notarlo.

Joshua le cubrió un pecho con la mano.

—Ahora también están duros.

Comenzó a acariciarle un pezón con suavidad; después, con más violencia mientras la miraba al rostro, mientras la veía enrojecer y temblar de pasión.

Joshua tenía una mano en la espalda de Regan, con la otra le subió la blusa para mirarle los pechos.

—Qué preciosidad... —dijo él con admiración.

Empezó a acariciarle el pezón con la lengua.

—Recuerdo lo mucho que te gustaba que te hiciera esto —dijo

Joshua con un ronco susurro junto a la blanca piel de ella—. Me pediste una y otra vez que lo hiciera… Y también recuerdo que tuviste un orgasmo cuando te puse el muslo en la entrepierna mientras te chupaba los pezones.

Y ella recordaba que Joshua utilizó sus palabras tan bien como la boca y las manos. Las piernas le temblaron cuando Joshua le quitó la blusa y luego la falda.

Regan se avergonzó de sus sencillas bragas de algodón blanco mientras él le ponía los dedos en ellas.

—No puedes imaginar lo erótica que estás tan sencilla y natural —murmuró él, y le acarició el suave triángulo de vello negro que las bragas tapaban.

A Regan le latió el corazón con fuerza al verle despojarse de sus ropas con casi la prisa y la tensión de un adolescente. Pero no había nada de adolescente en la forma en que la abrazó.

La cama doble estaba en un rincón del camarote, y cuando Joshua se sentó en el borde e intentó arrastrarla con él, Regan se resistió.

Se arrodilló entre las piernas de él, en la espesa alfombra, y paseó las manos por esos fuertes muslos.

Cuando bajó la cabeza, Joshua se quedó muy quieto, con las manos en los hombros de ella.

—Regan…

Regan levantó el rostro.

—Quiero hacerte el amor… de la misma manera en que me lo hiciste tú a mí.

Las aletas de la nariz de Joshua se movieron cuando Regan cerró la boca sobre él y procedió a procurarle un placer enloquecedor con su suave lengua. La espalda de Joshua se puso rígida, echó la cabeza hacia atrás y apretó los dientes mientras luchaba por contener la explosión con el fin de incrementar el delicioso tormento del deseo insatisfecho. Joshua enterró los dedos en los cabellos de ella; y cuando ya no pudo soportarlo más, sus músculos de acero se contrajeron y un grito gutural se escapó de su garganta.

Sólo entonces Regan le permitió que la hiciera tumbarse con él en la cama y la abrazara.

—Eres una amante increíblemente generosa —murmuró Joshua, apoyándose en un codo para incorporarse—. Puedes haberte estropeado a ti misma la oportunidad de recibir placer.

Ella lanzó una queda carcajada.

—A juzgar por tu actuación aquella noche, lo dudo mucho.

—Tu marido no te satisfacía en la cama, ¿verdad? —Joshua le acarició los brazos y luego bajó la cabeza para acariciarle un pezón con la lengua.

Regan tembló.

—Creía que sí... hasta que estuve contigo. Entonces me di cuenta de que... En fin, con él nunca sentí... nunca tuve...

Joshua la acarició con la mirada.

—Nunca tuviste un orgasmo —ella se sonrojó de vergüenza al ver la satisfacción de él—. La primera vez te mostraste encantadoramente nerviosa, era como si no supieras qué te estaba pasando; pero después te desinhibiste completamente.

Joshua le besó los labios y la acarició hasta verla jadeante e inquieta, hasta tenerla frotándose contra él, hasta hacerla sentir en su vientre la dureza de su excitación.

Joshua la hizo rodar en la cama hasta colocarse encima de ella.

—Logras milagros —le dijo él con voz sensual mientras le separaba las piernas.

Regan sintió la fuerza de él; de repente, se puso rígida.

—Joshua... no te has puesto...

Joshua se quedó inmóvil; después, se miró como si no supiera qué le había ocurrido.

—Joshua, no he tomado la píldora desde que Michael murió. El... no quería dejarme embarazada, por eso me obligaba a tomarla —susurró Regan.

—Oh, Regan, ese hombre era un sinvergüenza que no te merecía. Controlar tu fertilidad era una forma más de ejercer dominio sobre su esposa, una esposa que era moral e intelectualmente muy superior a él. No te pongas triste, alégrate de que los hijos que tengas en el futuro no vayan a llevar sus genes —Joshua le acarició los pechos—. Llegará un día en el que des de mamar a tu hijo, sé que vas a ser una madre maravillosa.

Pero no con él...

Joshua se levantó de la cama y volvió a ella al momento con la protección necesaria. Después, volvió a moverse entre los muslos de Regan.

Joshua se adentró en ella con un poderoso y explosivo empellón.

Continuó moviéndose con un ritmo enloquecedor, haciéndola sentir un placer casi imposible.

Joshua no dejaba de mirarla a los ojos, toda la atención centrada en el clímax que se aproximaba mientras ella se sacudía bajo aquel asalto y susurraba y gemía. Por fin, Joshua la vio desgarrarse por completo antes de que su propio orgasmo destrozara lo último que le quedaba de autocontrol.

Al cabo de unos minutos, Regan se volvió hacia su lado de la cama, de espaldas a él, en un intento por controlar las emociones que amenazaban con escapar de sus labios. Se quedó mirando la pared del camarote, intentando no sentir nada, tratando de encontrar el valor suficiente para enfrentarse a una realidad que no podía cambiar. A Joshua no le gustaría verla llorar, ya aguantaba demasiadas lágrimas de Carolyn.

—Lo siento… —dijo él con remordimiento en la voz mientras Regan sentía la yema del dedo de Joshua recorriéndole la espalda.

—¡Yo no! —Regan agrandó los ojos, negándose a reprocharse aquel momento de gloriosa manifestación física del amor.

—Lo que siento no es lo que hemos hecho, sino no poder ofrecerte más… —dijo él—. Si fuera otra clase de hombre y tú otra clase de mujer, podríamos seguir siendo amantes. Pero los dos somos demasiado orgullosos y sentimos demasiado respeto por nosotros mismos como para vivir en la mentira.

—Lo sé…

Regan sintió la palma de la mano de Joshua en su espalda en el momento en que lanzó un profundo suspiro.

—Chris quería un noviazgo largo; no quería perder a Carolyn, pero ella se negó a irse a vivir con él si no se casaban, y él no se sentía todavía listo para el matrimonio. Cuando Carolyn le dio la noticia de que estaba embarazada, tuvieron una pelea: él la acusó de haberse quedado embarazada a propósito para obligarle a casarse y ella lo acusó a él de querer que abortase. Los dos se dijeron cosas horribles…

—No tienes por qué contármelo —le dijo Regan con tristeza.

Pero Joshua ignoró sus palabras.

—La mañana que tú te marchaste del apartamento, después de la noche que pasamos juntos, Carolyn me llamó por teléfono histérica y me pidió que fuera a verla, que necesitaba ayuda. Chris y ella llevaban discutiendo una semana y Carolyn estaba al borde de un

ataque de nervios. Carolyn no aguantaría criar a un hijo ella sola; es fuerte en muchos sentidos, pero emocionalmente es muy débil. Se había entregado a mi hermano de buena fe y él le había dado la espalda cuando más necesitaba su apoyo. Fue entonces cuando le prometí que no estaría sola... y tengo que cumplir esa promesa. Se lo debo a ella, a Frank y a Hazel por la forma en que acogieron a Chris en su familia.

Joshua respiró profundamente antes de continuar.

—Al margen de lo que sienta por Chris, acordamos que, si nos casábamos, sería un matrimonio de verdad y no un simple trámite para mantener las apariencias. Le prometí ser un marido fiel y hacer lo que esté en mi mano por satisfacerla como esposa. Y el bebé se criará como el hermano, o la hermana, de Ryan.

¡Qué noble por su parte! La amarga exclamación le quemó la punta de la lengua cuando la envidia desafió a sus buenas intenciones al pensar en que otra mujer iba a ser el único objeto de sus cuidados. Sin embargo, le alegró el corazón pensar que la razón por la que no había tratado de ponerse en contacto con ella después de la noche que pasaron juntos no había sido falta de interés, sino la situación en la que, de repente, se había encontrado. Una situación que relegaba al pasado a todas las mujeres previas a Carolyn.

Regan se puso rígida al oír unos golpes en la puerta.

—¿*Monsieur*? Perdone, *monsieur*, pero pensaba que querría saber que ya hemos llegado al muelle. El capitán está a punto de amarrar el barco y su hermano está esperando en el muelle.

—¿Chris? —Joshua lanzó una maldición en voz baja mientras Regan, automáticamente, se apartó la sábana que le tapaba el desnudo cuerpo—. ¿Qué demonios está haciendo aquí mi hermano? En fin, gracias, Pierre, ahora mismo voy. Dile a Grey que no baje la pasarela hasta que no me vea en cubierta.

Joshua se levantó inmediatamente y empezó a vestirse.

—No, tú quédate donde estás —le ordenó él al verla dispuesta a vestirse—. Lo más seguro es que sólo haya venido a preguntarme si puede pasar el fin de semana en mi chalé. Volveré tan pronto como me haya deshecho de él.

Joshua selló su promesa con un beso y, al momento, salió del camarote.

Tan pronto como se quedó sola, Regan se levantó de la cama y fue

hacia la puerta para echar el pestillo. La falda estaba un poco arrugada, pero, como era oscura, con un poco de suerte no se notaría; a la blusa no le salían arrugas. Se vistió inmediatamente y se quedó esperando a Joshua.

Después de veinte minutos, no pudo soportar seguir esperando. Quizá Joshua hubiera ido a llevar a su hermano Chris a su casa. Todos los chalés que daban al muelle tenían alarmas electrónicamente codificadas, y ése podía ser el motivo de que Joshua hubiera tenido que llevar a su hermano. Podía resultarle posible marcharse del barco sin ser vista...

Abrió la puerta del camarote y asomó la cabeza por el desierto pasillo. Todo estaba en silencio. Decidió acercarse a las escaleras para ver si, desde ahí, se oían voces o no.

Acababa de poner la mano en la barandilla de la escalera cuando oyó un ligero ruido a sus espaldas.

—¿Estás buscando esto?

Regan giró sobre sus talones y vio a Christopher Wade en el umbral de la puerta de uno de los camarotes con la chaqueta de ella colgándole de un dedo.

A espaldas de él, encima de la cama del camarote, había una maleta abierta. Regan se dio cuenta de que, fuera lo que fuese lo que lo había llevado a Palm Cove, no tenía intención de ir a casa de su hermano. En vista de la tensión entre ambos, Chris había decidido pasar su estancia en el barco.

—Sí, gracias —respondió ella—. Le había caído un poco de la copa que me estaba tomando y Pierre me la ha limpiado.

—Estaba colgada de la puerta de la ducha del cuarto de baño principal. Sabía que no podía ser de Carolyn porque ella no se pone nada azul marino.

Regan le sostuvo la mirada con dificultad mientras él se la ofrecía.

—¿Quieres que te ayude a ponértela?

—No, gracias, hace demasiado calor —Regan sonrió mientras aceptaba la chaqueta, pero la expresión de Chris permaneció extrañamente fría.

—Vas a tener una marca ahí mañana —dijo él en voz baja, y luego le tocó el principio del escote—. En realidad, vas a tener bastantes marcas.

Chris le paseó los ojos por la garganta y los hombros antes de

añadir:
—Y yo que creía que Joshua era ladrador, pero no mordedor…
Regan dio un paso atrás, apretándose la chaqueta contra el pecho.
—Yo… yo…
—Ahora me explico por qué no quería que me quedara en el barco y prefería que me fuera a su casa, cuando los dos sabemos que soy la última persona a la que Carolyn quiere ver.
—Lo siento —dijo Regan con compasión.
—Vaya, así que ya estás enterada del sórdido secreto de la familia, ¿verdad? —dijo Chris con amargura—. Joshua suele ser más discreto con sus problemas, nunca le habría creído la clase de hombre que le cuenta sus cosas a la mujer con la que se acuesta.
—Ya es suficiente, Chris —interrumpió Joshua, que apareció en ese momento y bajó las escaleras de dos en dos—. No es preciso que te pongas en evidencia más de lo que ya lo has hecho.
—No me estoy poniendo en evidencia.
—Estás insultando a una invitada, pensé que tenías mejores modales. Vamos, Regan, voy a llevarte a la casa.
—¿Por qué tanta prisa? ¿Por mí… o porque te he pillado con los pantalones bajados?
Joshua se plantó delante de Regan, protegiéndola de la mirada de su hermano.
—¡Te estás ganando un puñetazo!
—¿Por qué? ¿Por descubrir la verdad? —dijo Chris con voz llena de cruda emoción—. ¿Por descubrir que no eres tan perfecto como creen todos? Yo ya sabía que eras un manipulador y un sinvergüenza, pero conseguir hacer que Sir Frank te traiga a tu amante para divertiros prácticamente delante de las narices de Carolyn…
—¡No es mi amante!
—¿Vas a decirme que estabais jugando al ajedrez? ¡No me hagas reír! Le has dejado a Regan marcas por todas partes… ¡Incluso huele a ti!
Regan enrojeció de pies a cabeza.
—Maldita sea, Chris…
—¡No, maldito seas tú! ¿Te das cuenta de la humillación que sería para Carolyn si se enterara? ¡Se fía de ti, maldita sea! —el tormento espesaba la voz de Chris—. De mí no, desde luego, pero de ti… Te considera un santo, y a mí un pecador. Y también le gusta Regan, la

considera su amiga… Y todo el tiempo, su nuevo prometido ha estado…

—¡No sigas, Chris!

Chris lanzó una amarga carcajada.

—Había notado que Regan te gustaba, pero conociendo tu sentido del honor, pensé que ibas a limitarte a sufrir y a negarte los placeres de la carne con ella.

En vez de tratar de apaciguar la situación, Joshua, inexplicablemente, decidió añadir leña al fuego.

—O, si no me los negaba, creías que me vería obligado a confesárselo a Carolyn, ¿no es eso? ¿Es eso lo que esperabas que ocurriera, Chris? De ese modo, podrías volver al lado de Carolyn representando el papel de héroe, ¿verdad? Olvídalo. Tuviste tu oportunidad y la echaste a perder. Resulta que he decidido que Carolyn será una maravillosa esposa; además, para un hombre de negocios es una ventaja tener una hermosa esposa de la que presumir en las fiestas.

Para Regan, el comentario de Joshua fue como una puñalada en el corazón. Chris, a su vez, se mostró absolutamente consternado.

—Eres un sinvergüenza. Lo quieres todo, ¿verdad? ¡Pues no te lo voy a permitir! Si le haces daño a Carolyn…

—Si tú mantienes la boca cerrada, no tiene por qué enterarse —le espetó Joshua—. Y ahora, si no te importa, evítanos a Regan y a mí una lección de moralidad.

Durante el trayecto de vuelta a casa de Hazel, Regan se mantuvo en silencio; allí, se retiró cobardemente a su habitación tras la excusa de un dolor de cabeza. No tenía ningún deseo de sentarse a la mesa con Carolyn y oírla hablar de la última prueba del vestido de novia ni del viaje de luna de miel.

Pero no pudo evitarla al día siguiente por la mañana cuando Carolyn entró en su dormitorio.

—¿Qué pasa? —preguntó Regan cuando Carolyn se sentó dramáticamente en el sillón que había al lado de la cama.

—Estoy sangrando —gimió Carolyn.

Regan agrandó los ojos enormemente.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es un aborto?

—No, no es un aborto, tengo la regla. ¡Oh, Regan…! ¿Qué voy a hacer ahora?

—Pero… estás embarazada y…

Carolyn sacudió la cabeza.

—No, no estoy embarazada. Todo ha sido una equivocación…

Regan, que se había incorporado, se dejó caer de nuevo en la cama.

—¿Una equivocación? ¿Pero no te hiciste la prueba del embarazo?

—Sí, pero salió mal. A veces pasa, el médico me ha dicho que a veces ocurre. Después de la prueba, no volví al ginecólogo a hacerme ningún reconocimiento. Pero ayer, empezó a dolerme el vientre y… y fui a la consulta de la doctora que ve a mi abuela. La doctora me palpó y me dijo que no podía sentir nada, por lo que decidió hacerme otra prueba de embarazo y… y salió negativa.

A Regan le dio vueltas la cabeza.

—¡No estoy embarazada! —la histérica exclamación era una mezcla de alegría, tristeza, alivio y desesperación—. Podía haberme ahorrado la pelea con Chris. ¡Oh, Dios mío, no va a volver querer saber de mí nunca más en la vida! Me va a despreciar más de lo que ya me desprecia. ¡He puesto a todo el mundo en esta situación para nada!

Carolyn ocultó el rostro en sus manos y el cabello le cayó como un velo dorado. Después, volvió a alzar el rostro con expresión trágica.

—¡La abuela… la boda…! Regan, por favor, ayúdame… ¿Qué crees que debería hacer?

Regan hizo un esfuerzo por no perder la calma.

—Lo primero que tienes que hacer es contárselo a Joshua.

Carolyn la miró con expresión de pánico.

—¡Oh, no, no puedo decírselo a Jay!

—¿Por qué no? —preguntó Regan alarmada.

¿Acaso Carolyn había dejado de amar a Chris y se había enamorado de Joshua?

—Después de todo lo que Joshua ha hecho por mí, no puedo decírselo. Chris y él nunca habían discutido en serio hasta que yo aparecí en escena; pero ahora, debido a que Jay decidió ayudarme y no dejarme sola, a pesar de saber lo mucho que yo amo a Chris… Oh, Dios mío, ninguno de los dos va a perdonarme… ¡Sería tan humillante! ¿Es que no lo entiendes?

Mejor sufrir una humillación que vivir desgraciada el resto de la vida, pensó Regan. ¿Cómo se le podía ocurrir a Carolyn que podía ser feliz casada con un hombre al que no amaba?

—No, no lo comprendo. Pero sé que no puedes casarte con Joshua manteniéndole en la mentira de que tienes en tu vientre al hijo de su hermano. Joshua no soporta la mentira. ¿Recuerdas lo que le ocurrió cuando se casó con esa mujer que utilizó el embarazo para obligarle a casarse con ella? ¡Carolyn, tienes que decírselo!

—¡Va a pensar que soy idiota y Chris también!

—Por el amor de Dios, Chris es médico, él sabe que estas cosas ocurren a veces.

—En ese caso... creo que primero debería decírselo a Chris. Al fin y al cabo, se suponía que era su hijo... El podrá contárselo a Jay...

Regan la miró con expresión cínica.

—Me parece que a Joshua no le gustaría que se lo contara otro.

Pero el consejo de Regan pareció caer en oídos sordos, y cuando bajó al piso bajo, tenía un auténtico dolor de cabeza, que empeoró cuando Sir Frank le dio la noticia de que Joshua estaba allí, en la biblioteca, y que había ido expresamente a hablar con ella.

—Está en la biblioteca porque ha dicho que quiere hablar contigo sobre algo referente al trabajo.

Tan pronto como Regan entró en la biblioteca y vio a Ryan de pie al lado del escritorio subiéndose las gafas con expresión nerviosa, empezaron a temblarle las piernas.

Joshua estaba de pie, detrás del escritorio, extendiendo papeles encima.

—¿Te importaría explicarme esto? —dijo él con voz gélida.

—¿Qué es eso? —preguntó Regan.

—¡No finjas inocencia! —gruñó él—. Ahora no me extraña que estuvieras encantada de ir al barco ayer, te proporcionó la oportunidad perfecta para dejar a mi hijo en la oficina haciendo tu trabajo sucio. Te felicito por lo sagaz del plan: implicar al hijo y seducir al padre.

Regan no había hecho ninguna de las dos cosas, pero se dio cuenta de que Joshua no estaba de humor para escuchar. Con gesto titubeante, levantó uno de los papeles de la mesa.

—No es posible que no te des cuenta de...

—¡Me doy cuenta de todo! —gritó él—. Has utilizado a mi hijo para cubrir tu delito y has utilizado sus sentimientos por ti para hacerle cómplice de un fraude.

—Papá, ya te he dicho que Regan me dijo que no quería...

—¡Cállate, Ryan, ya estás metido en bastantes líos como para empeorarlo! —después, con el rostro enrojecido por la furia, clavó los ojos en el pálido semblante de Regan—. Me has utilizado para cubrirte… ¡No eres más que una prostituta barata!

## Capítulo 10

—¿Marcharte? ¡No tienes por qué marcharte!

La tajante respuesta de Sir Frank a su confesión hizo que Regan se sintiera algo mejor después del brutal enfrentamiento con Joshua. Este había salido de la casa precipitadamente, después de lanzarle amenazas, mientras Ryan, con gestos silenciosos de disculpa, le hizo señales de que no se preocupara, que él lo arreglaría.

Todo había ocurrido con tanta rapidez, que Regan aún no había tenido tiempo de asimilar la situación ni sus implicaciones. Sin embargo, había vuelto al comedor con la suficiente presencia de ánimo para explicarle a Sir Frank el fraude de Michael y los fallidos intentos de ella por devolver el dinero.

No había mencionado el nombre de Ryan, limitándose a explicar que Joshua había descubierto lo que estaba haciendo. Y se quedó enormemente sorprendida cuando, en vez de acusarla de tratar de cubrir el delito de su marido, Sir Frank y Hazel mostraron comprensión y le dieron su apoyo.

Tras la insistencia de Regan, Sir Frank había aceptado a regañadientes su dimisión, pero estaba protestando de que Regan hubiera decidido volver inmediatamente a Auckland.

—Naturalmente que quiero volver —dijo ella con orgullo—. Confiabais en mí y os he defraudado.

—¡No, tú no nos has defraudado, sino el sinvergüenza de Michael! —gruñó Sir Frank—. Si es por dinero, no te preocupes, hija, yo lo arreglaré.

Regan se aferró al amor propio que le quedaba, con el corazón encogido por semejante muestra de confianza en ella.

—No es necesario, tengo un talón bancario por toda la cantidad del dinero que Michael substrajo. Se lo voy a dar antes de marcharme.

—Vamos, Regan, sabes perfectamente que no vamos a darte la espalda sólo porque te equivocaras al elegir el camino de solucionar el problema —dijo Hazel con dulzura—. Lo que cuenta es tu intención, y la intención no podía ser mejor. Ya te ha costado demasiado caro lo que Michael hizo, así que no tienes por qué avergonzarte de nada.

Regan, sobrecogida por tanta comprensión, tragó saliva.

—Lo siento, pero sé que Joshua no piensa como ustedes. Les he

defraudado doblemente, pero...

—¡Pero nada! —estalló Sir Frank—. Estoy seguro de que Joshua se disculpará cuando conozca todos los hechos.

—Ya los conoce —respondió Regan luchando contra las lágrimas.

—Después de admitir todo lo ocurrido, y teniendo en cuenta que has hecho todo lo que estaba en tus manos por solucionar la situación, en mi opinión eres una santa y eso es precisamente lo que voy a decirle —declaró Sir Frank.

—No se trata sólo de eso —Regan se dio cuenta de que iba a tener que contarlo todo—. La verdad es que también me he enamorado de Joshua. Ya sé que la situación es muy incómoda y siento complicarla aún más... En fin, lo mejor para todos es que vuelva a mi casa.

Su sinceridad se vio recompensada. Sir Frank continuó protestando de que quisiera marcharse, pero Hazel la comprendió y le dio un cariñoso abrazo; después, le aseguró que podrían arreglárselas sin ella, sobre todo ahora que ya se había deshecho de la muleta y tenía mejor el tobillo.

Regan hizo las maletas y se marchó al cabo de una hora. El marido de Alice Beatson, Steve, la llevó a Auckland en coche.

Por suerte, Lisa y Saleena estaban trabajando cuando ella llegó al piso, por lo que Regan se vio libre de aparentar su acostumbrada fachada de serena dignidad y darse el lujo de llorar a lágrima viva por la gran pérdida que había sufrido.

Los siguientes días los pasó tratando de no pensar en Palm Cove. Para entonces, Sir Frank ya debía haber cobrado el cheque que cubría el dinero que Michael había sustraído, pero Regan tenía miedo de que Joshua la llamara para seguir insultándola y exigirle retribuciones por la ofensa personal que, en su opinión, ella le había hecho.

En un intento desesperado por no tener que enfrentarse a la realidad, Regan les pidió a Lisa y a Saleena que dijeran que no estaba si la llamaban por teléfono. No obstante, hizo una llamada, a Cindy, para decirle que el dinero estaba pagado. A partir de ese momento, las ataduras que hubiera podido tener en el pasado con Michael quedaron rotas definitivamente.

Al mediodía del día siguiente, el cuarto día de su exilio emocional, recibió la visita de la última persona a la que esperaba ver: Carolyn Harriman.

—Hola, espero que no te importe que haya venido, la abuela me ha dado tu dirección —le dijo a Regan, a la que sí importaba la visita—. Como no he podido ponerme en contacto contigo por teléfono, he decidido venir, ya que supongo que no te vendrá mal que te levanten el ánimo.

Carolyn sonrió y añadió:

—Mira, he traído unos pasteles para tomarlos con el café. La abuela me ha contado el motivo de tu marcha: todo lo que ese horrible marido tuyo te hizo. Dios mío, los hombres son unos cerdos a veces, ¿verdad?

A Regan le sorprendió ver a Carolyn tan animada y alegre, jamás la había visto así.

Fue a la cocina, seguida de Carolyn, y puso la cafetera.

—Entonces... ¿sigues adelante con la boda? —preguntó Regan débilmente.

—Bueno... más o menos.

—¿Qué quieres decir con eso de más o menos? —preguntó Regan.

—Es la misma boda, pero diferente novio.

—¡Qué! ¿Chris?

—Naturalmente que Chris —Carolyn pareció realmente ofendida por la pregunta; después, sonrió—. Nos hemos prometido hace dos días.

—¿Y Joshua no ha dicho nada?

—¿Qué iba a decir? Es lo que esperaba. ¿Por qué crees tú que sobornó a los de la imprenta para que retrasaran la impresión de las invitaciones de boda? Me ha contado que, cuando me propuso matrimonio, dudaba mucho que tuviéramos que llegar hasta el final. Me ha dicho que sabía que Chris me quería demasiado como para dejar que me casara con otro.

—¡Qué listo! —respondió Regan furiosa.

¡Y había tenido la poca vergüenza de engañarla!

—Tenía razón, ¿no te parece? —Carolyn se vio obligada a defenderlo—. Y de equivocarse, estaba dispuesto a casarse conmigo, así que eso siempre se lo agradeceré. Y hablando de él, no sé qué le pasa, pero está de un humor de perros últimamente. ¡Casi no reaccionó cuando le conté que no estaba embarazada! No le dio ninguna importancia: se encogió de hombros y me sugirió que se lo dijera a Chris inmediatamente. Y eso fue lo que hice. Y después,

estuvimos hablando durante horas, los dos admitimos que nos habíamos comportado como críos, lloramos... y acabamos en la cama.

Carolyn rió de felicidad.

—Oh, Regan, fue maravilloso. Me dijo que sin mí había sido muy desgraciado, que había estado muerto de celos de Jay y que por eso había estado tan insoportable con todo el mundo. También dijo que se daba cuenta de que no había sido justo ni con Jay ni conmigo. Y dijo que me habría raptado delante del altar antes de permitir que su hermano se casara conmigo.

Regan sirvió el café y, como una perfecta masoquista, se puso a comer pasteles mientras animaba a Carolyn a que continuara con su historia. Contenta, Carolyn le contó que Joshua y Ryan estaban aún en Palm Cove, que Hazel estaba mucho mejor, y que había hecho el viaje a Auckland en helicóptero con Joshua porque él tenía unos asuntos que resolver en la ciudad e iba a pasar la noche allí; después, al cabo de unos días, iba a volver a su residencia en la ciudad.

Al marcharse, envuelta en su propia felicidad, Carolyn le dio a Regan una invitación a su boda.

—Chris ha dicho que tienes que venir, que no va a aceptar una negativa.

Nada más marcharse Carolyn, el teléfono sonó y Regan descolgó el auricular. ¡Ya estaba bien de ignorar la realidad!

—¿Sí?

—Hola... Regan, ¿eres tú?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Derek. Derek Clarke.

—Ah, hola, Derek. Lo siento, pero Cleo no está en casa en este momento...

—No, no quería hablar con Cleo, sino contigo. Verás, ha pasado una cosa muy rara...

—¿Sí? ¿Qué ha pasado?

—Pues... Bueno, hay un tipo para el que he arreglado algunas citas y resulta que me ha enviado un mensaje electrónico diciéndome que quiere que le envíe a Eve esta noche. Yo, nada más recibir el mensaje, le he mandado otro diciéndole que no conozco a ninguna Eve y... Bueno, el caso es que me ha mandado otro y me ha dado tu nombre. Por supuesto, yo le he dicho que debía tratarse de una equivocación, pero él ha insistido en que te envíe a ti. Me ha dicho que lo único que

quería que hiciera es decirte que Adam quiere verte en el mismo sitio y a la misma hora. No me ha dicho nada más, sólo que es Adam. Así que... en fin, he pensado que no podía perder nada diciéndotelo.

—¡Está bien, lo haré!

—Al fin y al cabo, por teléfono no puedes darme una bofetada... ¿Qué has dicho?

Regan hizo un ímprobo esfuerzo para que no le temblara la voz al contestar:

—He dicho que lo haré. Mándale un mensaje electrónico y dile a Adam que acepto.

El descansillo de mármol era tan lujosamente frío como lo recordaba; pero esa vez, cuando Regan llamó al timbre, no vaciló.

Le dedicó una sonrisa al hombre que le abrió la puerta.

—Hola, Pierre.

—¡*Mam'selle* Regan! —exclamó Pierre con auténtica sorpresa.

—Bueno, esta noche soy Eve —bromeó ella—. ¿Tengo que darle la tarjeta o no es necesario?

—¡*Mam'selle*! —dijo Pierre en tono de reproche, y ella rió.

En vez de responder, Pierre volvió la cabeza; y Regan, impaciente por el retraso, aprovechó la oportunidad para escurrirse por debajo del brazo de él y adentrarse en el piso.

—Oh, *mam'selle*, me temo que tiene que esperar a que anuncie su visita —Pierre le cortó el paso.

Regan volvió a reír.

—Oh, vamos, Pierre, esta vez no va a decirme que el señor está en una reunión, ¿verdad?

Pierre frunció el ceño.

—En serio, *mam'selle* Re... Eve, le ruego que me permita...

Una profunda voz le interrumpió.

—¿Quién es, Pierre?

Joshua apareció de repente. Llevaba pantalones grises, una camisa blanca y lo que parecían unos planos en una mano. Cuando vio a Regan, se quedó inmóvil, y su rostro mostró absoluta incredulidad.

—¿Regan?

Ella apartó los ojos de él y miró a Pierre, y fue cuando se dio cuenta de su error. Ninguno de los dos hombres habían esperado verla, su llegada les había pillado completamente por sorpresa.

¡ Joshua no había enviado ese mensaje electrónico! Pero ella estaba tan ávida de creer que quería volver a verla, que no se le había pasado por la imaginación que pudiera ser una broma cruel perpetrada por otra persona.

¡Dios bendito!

Perdió por completo la confianza en sí misma bajo la inquisitiva mirada de Joshua, que entonces pareció notar su atuendo: vestido negro, medias negras, zapatos de tacón alto... incluso el mismo bolso de noche que la primera vez.

—¿Regan? —esta vez, la voz de Joshua estaba cargada de duda y excitación.

Regan se sintió sumamente avergonzada.

—Yo... lo siento... ha sido un error...

Al momento, Joshua acortó la distancia que los separaba y, sin darse cuenta, tiró el papel que tenía en la mano.

—¿Por qué dices eso?

Regan trató de retroceder y, al hacerlo, dio un pisotón a Pierre, pero ignoró la exclamación del hombre.

—Yo... creo que me he equivocado de puerta —se inventó ella absurdamente.

Joshua la miró provocativamente.

—¿Has venido a ver a la anciana que vive en el piso de la izquierda o al pintor homosexual que vive a la derecha? —preguntó él con voz seria.

—Piso. Me he equivocado de piso —se corrigió ella rápidamente al tiempo que se llevaba la mano a la garganta.

Lo que resultó ser otro error, ya que aún llevaba puesto el reloj de platino de Joshua.

—¿No te parece que deberíamos aprovecharnos de tu desliz freudiano? —murmuró él—. ¿Por qué no entras a tomar una copa?

Regan sacudió la cabeza violentamente.

—Por favor —le susurró él—. Vamos, Eve, tómate una copa conmigo.

Incapaz de pronunciar palabra, Regan continuó negando con la cabeza, resistiendo la explícita invitación.

—Vamos, hazme compañía un rato; sobre todo, ahora que iba a quedarme sólo porque Pierre se va. ¿Verdad que te ibas ya, Pierre?

Joshua le lanzó las llaves y Pierre las agarró al aire con una mano.

—Que lo pases bien, Pierre, y no olvides cerrar con cerrojo al salir.

Pierre había salido ya cuando Regan se dio cuenta de las implicaciones del mensaje que Joshua había enviado a su mayordomo. Inmediatamente, puso la mano en el pomo de la puerta, pero ésta no se abrió.

—Tienes que comprender que no puedo dejarte marchar —dijo Joshua con voz queda.

—¡No, no lo comprendo! —gritó ella—. Te he dicho que se trata de un error.

—¿Vestida así? No, no lo creo. Has venido a verme, ¿verdad? Y has venido como Eve, porque Eve no es tan vulnerable como Regan.

Regan se dio media vuelta y apoyó la espalda en la puerta.

—¿Qué sabes tú sobre eso?

—¿Sobre ti? No suficiente, lo reconozco. ¿Sobre mí? Menos de lo que pensaba. Creía que lo tenía todo bajo control, incluyéndome a mí, pero estaba equivocado. Estaba absolutamente equivocado.

Joshua se aproximó a ella, aprisionándola con la mirada.

—A propósito, puede que te interese saber que no voy a casarme con Carolyn.

—Ya lo sé, me lo ha dicho ella misma esta mañana... —Regan se interrumpió y se mordió los labios al ver la mirada de él, una mirada llena de deseo.

—Soy un estúpido cínico —continuó Joshua—. La experiencia me había enseñado que era más seguro pensar mal de la gente que pensar bien...

—¿Te estás disculpando? —le interrumpió Regan con voz cortante.

Lo único en lo que podía pensar era en que Joshua no la había invitado a ir allí; al contrario, él creía que ella se había rebajado a ir a su casa.

—No, es mucho más que eso. ¿Por qué no entras y nos sentamos? Es mejor que aceptes que no tengo intención de abrir la puerta... aunque supiera dónde guarda Pierre sus llaves.

Joshua le tendió la mano, pero Regan ignoró el gesto; después, pasando por su lado, se encaminó hacia las escaleras y comenzó a bajar los peldaños. Joshua le permitió que siguiera evadiéndolo hasta que llegaron al salón; allí, le puso una mano en el codo y la obligó a darse la vuelta.

Regan intentó zafarse de él.

—¡No me toques!

—No puedo evitarlo —respondió Joshua agarrándole también el otro codo—, es instintivo. Desde la primera vez que te vi, no puedo estar cerca de ti sin tocarte. Me vuelves loco y, al principio, no estaba seguro de que me gustara. Quería dejar de sentir lo que sentía por ti, no estaba preparado para ello. ¿Pero sabes qué me gusta aún menos, Regan?

Regan negó con la cabeza, incapaz de creer que aquello fuera real y no un producto de su imaginación.

—Lo que me gusta aún menos es que no estés conmigo. Incluso cuando estoy enfadado contigo, te quiero a mi lado.

Regan comenzó a temblar y él se acercó más, tocándole las piernas con las suyas.

—No me gusta saber que te he hecho daño. No me gusta haber dado lecciones sobre la responsabilidad familiar y el honor para después no conseguir respetarte por haber hecho lo mismo: intentar proteger tu honor. Estoy tan acostumbrado a que la gente espere que le solucione los problemas que no supe cómo reaccionar al encontrarme con una persona que no me pedía nada. Debería haber admirado tu valor y tu lealtad; sin embargo, me enfadé contigo. Sabía que no podía cometer un error más, por eso he pasado estos últimos días devanándome los sesos respecto a cómo conseguir persuadirte de que volvieras a verme.

Joshua le apretó los brazos y su voz enronqueció:

—No puedes hacerte idea de lo que acabo de sentir al volverte a ver, Regan, al darme cuenta de que has estado dispuesta a sacrificar tu orgullo para venir a mí, a pesar del desdén con que te he tratado.

—¡No!

Joshua le sonrió con ternura.

—¿Quieres que me calle, ahora que me estoy rebajando ante ti?

—No es necesario.

—Sí, lo es. Para mí, lo es. Tú has cumplido con tu parte, ahora es mi turno.

Por mucho que quisiera dejarle, Regan tenía que aclarar la situación antes de que Joshua continuara.

—Joshua...

Regan volvió la cabeza mientras buscaba mentalmente las palabras adecuadas; entonces, de repente, vio la imagen congelada en

la pantalla del televisor a espaldas de Joshua.

—¿Qué es eso?

Joshua dejó que se acercara al televisor; después, agarró el control remoto del vídeo.

—Eh, espera un momento —Regan le quitó el control remoto de la mano—. ¡Esa soy yo!

Regan tragó saliva, y se acercó más a la pantalla.

—¡Es el vídeo de seguridad de la noche que vine aquí! —exclamó Regan en un susurro mientras se veía a sí misma saliendo del apartamento y dirigiéndose al ascensor.

Joshua lanzó un suspiro.

—Es la única imagen que tengo tuya —dijo él simplemente.

Joshua estaba mirando el televisor, pero Regan estaba observando su tierna expresión. Lo imaginó allí solo, sentado, viendo el vídeo una y otra vez.

—Oh, Joshua...

Regan le rodeó con sus brazos, ávida de protegerlo de la soledad. Fuera lo que fuese lo que Joshua sintiera por ella, Regan lo amaba por los dos.

—En fin, ahora ya sabes lo que siento por ti. Después de aquella noche, estaba dispuesto a ir a buscarte, a descubrir quién eras y a hacer lo necesario para volver a verte —confesó Joshua—. Pero cuando Carolyn me llamó, todo se vino abajo. Y cuando te vi en casa de Hazel, creí que estaba alucinando.

Regan le contó cómo conoció a Ryan y lo del árbol, y Joshua se echó a reír.

—Ahora no me extraña que se quedara encantado contigo. El escondite era su juego favorito de pequeño. Y a propósito de juegos favoritos... ¿llevas algo debajo de ese vestido?

Regan enrojeció de pies a cabeza.

—¿No? —Joshua se echó a reír—. Dios mío, has venido preparada para la batalla, ¿eh, cielo?

Entonces, Regan recordó que tenía que aclarar una cosa y levantó la cabeza.

—Tengo que confesar que no ha sido idea mía venir aquí esta noche.

Entonces, le habló de la llamada telefónica de Derek y del mensaje electrónico que éste había recibido.

—Naturalmente, pensaba que lo habías mandado tú. Creí que eras tú quién estaba dando el primer paso.
—Yo no suelo revisar mis mensajes electrónicos. Es Ryan quien se encarga de...
Joshua se interrumpió en ese momento. Después, se apartó de Regan.
—¡Espera un minuto!
Tardó en volver bastante más de un minuto, pero cuando por fin colgó el teléfono y volvió al salón, los ojos le brillaban con una mezcla de enfado y diversión.
—Ha sido cosa de mi hijo. Al parecer, Ryan tiene complejo de Dios.
—¡No comprendo de dónde le viene eso! —murmuró Regan cínicamente.
Joshua arqueó una ceja.
—Según parece, estaba decidido a emparejarnos.
—Pero... ¿cómo sabía lo nuestro? ¿Cómo sabía lo de Adam y Eve?
Joshua se pasó una mano por el cabello y luego pareció avergonzado de sí mismo.
—El día que perdí los estribos, por la noche, creo que me tomé alguna copa de más y, según Ryan, en el sermón que le di sobre la maldad de las mujeres, mencioné a Derek Clarke y le dije que fue él quien arregló la cita en la que nos conocimos... y creo que también mencioné lo de los nombres...
—¡Me parece que mencionaste demasiadas cosas a un quinceañero! —exclamó Regan enfadada.
—Sí, bueno... Y supongo que su inteligencia le sirvió para imaginarse el resto.
—Pero ¿por qué lo hizo? Sabía que estábamos furiosos el uno con el otro.
Joshua suspiró.
—Precisamente por eso. Creía que era culpa suya, y eso, unido a que Carolyn había desaparecido de mi vida, le animó a hacer lo posible por juntarnos otra vez.
Regan se llevó las manos a las mejillas.
—Debe de pensar que soy una cualquiera.
—Lo que piensa es que eres una mujer preciosa que tiene loco a su padre. A propósito, me ha dicho que te diga que él jamás rompió su promesa de no revelar tu secreto y que lo que hizo no fue un «torpe y

descaminado intento de caballerosidad», sino algo muy inteligente. El problema fue la copia en disco duro.

—De todos modos, ¿qué habría pasado si no hubieras querido verme?

—Cariño, mi hijo me vio borracho hablando de ti durante horas y horas. Te aseguro que no dudaba de lo que pasaría si volvía a verte.

—¿Y qué va a pasar?

—Que jamás voy a dejarte escapar de nuevo.

—Oh...

Una absoluta felicidad se apoderó de ella cuando Joshua la besó.

—Bueno, ¿estás dispuesta a aceptar a mi hijo? —le murmuró él junto a la garganta.

—Ya he aceptado a tu hijo —respondió ella confusa.

—Me refiero como... a un hijo. Creo que todos los hijos de una familia deberían llamar «mamá» a la misma persona —en los brazos de Joshua, Regan alzó el rostro—. ¿Creías que no iba a pedirle a la mujer que amo que se case conmigo? ¿Me tomas por imbécil?

El pequeño rostro de Regan se vio iluminado de felicidad.

—Creo que eres un genio. Y creo que es por eso por lo que te amo.

—Demuéstramelo.

Regan se echó a reír, se quitó los zapatos y le echó una carrera al dormitorio. Mientras forcejeaban juguetonamente encima de la cama, Joshua murmuró:

—La última vez que estuve aquí con Eve, el orgullo le impidió aceptar nada de mí. Espero que esta vez sea diferente.

—¿Aún tienes esa preciosa pulsera? —bromeó ella.

Los ojos de Joshua brillaron maliciosamente.

—No eres alérgica al oro, ¿verdad?

Y cuando Regan negó con la cabeza, Joshua se levantó de la cama, abrió un cajón y empezó a sacar cajas. Después, las abrió y las vació encima del cuerpo de Regan: pulseras, collares y broches cayeron extravagantemente sobre ella.

—¡Joshua!

—¿No te parece suficiente?

Joshua sacó más, provocando la incesante risa de Regan.

—Lo he comprado porque no tienes joyas y no sabía qué te gustaba más. Quiero dártelo todo: mi vida entera, mi amor, niños... todo lo que esté en mi poder darte.

Entonces, sacó un último objeto envuelto en papel. Desdobló el papel cuidadosamente y sacó un delgado anillo de oro con tres muy modestos brillantes incrustados.

—Era el anillo de compromiso de mi madre, y también de mi abuela —dijo Joshua—. Cuando mi madre murió, mi padre me lo dio para que yo se lo diera a mi esposa; pero a Clare le pareció demasiado antiguo y los brillantes demasiado pequeños. Y jamás se me ocurrió dárselo a Carolyn. Aunque no lo sabía, llevaba quince años guardándolo para ti.

—Es precioso —dijo Regan con voz temblorosa. Joshua se lo deslizó por el dedo.

—Sabía que te pegaría.

—¿Porque es pequeño y sencillo? —bromeó ella.

—Porque es exquisito, único y precioso.

Al momento, Joshua echó a un lado las ofrendas que había presentado a Regan con el fin de entregarse al mucho más serio asunto del amor.

—¿Sabes una cosa? Creo que tú y yo hemos demostrado algo... —dijo Joshua antes de llevarse la mano de Regan a los labios.

—¿Qué? —murmuró ella mientras él bajaba la cabeza para darle el regalo más maravilloso del mundo

—La venganza es deliciosa e irresistiblemente dulce...

**Fin**